



PICANTE



Andrea localente



Círculo Rojo
comunicación

Picante



Andrea Iocalente



Primera edición: febrero 2024

ISBN: 978-84-1061-444-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Andrea Iocalente

© De imagen de cubierta: Delabla Comunicación

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A mis queridos amigos,
Yolanda y Fernando.*

*Lo malo del humor inteligente
es que se ríen muy pocos.*

PUESTA EN MARCHA

—¡Ay, Diana, Diana, qué va a ser de tu vida!

Desde hacía un tiempo, cada mañana, Diana se repetía esas mismas palabras mientras se maquillaba frente al espejo (de todo es sabido que las siete de la mañana no es el mejor momento para mirarse al espejo y, francamente, eso no anima a nadie). Era la primera frase con que se enfrentaba al día esa mujer separada desde hacía un año, ama de casa hasta no hacía mucho, con no demasiados recursos económicos porque el cabrón de su ex no le pasaba ni un euro de pensión, y dueña de un perro carlino, gordo y feo hasta la enfermedad y que, además, el muy idiota, no había forma de que aprendiera a hacer caca en la calle. Tres veces al día Diana cubría con hojas de periódico el suelo de la cocina (excepto las necrológicas, que, por respeto, no usaba). Ni un centímetro de suelo quedaba desinformado, pero el muy imbécil se las apañaba para crear un hueco entre el papel y cagar en el gres porcelánico. Se sentaba con el culo fuera de la hoja y la vista clavada en la noticia, como si leyera con sumo interés (tenía predilección por «Internacional» y «Sucesos») y después, ¡plas!: la caquita al gres mencionado (caro como el mismísimo mármol de Carrara). Diana no ganaba para periódicos. Incluso lo había intentado con una enciclopedia de historia universal, y nada. Al tercer volumen decidió llevar al perro a un entrenador, y este, una semana después, lo devolvió diciendo que el animal era gilipollas, que le había mordisqueado la *tablet* (él era más de prensa digital, dijo) y que el chucho le había puesto la casa perdida de mierda.

Odiaba a ese animal, pero era la mascota de sus hijos, que parecían tenerle cierto cariño (cariño que, por cierto, no demostraban sacándolo a pasear a la calle ni limpiando la mierda de la cocina). La opción de sacrificarlo quedaba, pues, descartada: además del amor infantil mencionado, aquella inyección letal costaba un buen dinero. Antes del divorcio, el dichoso perro se llamaba Hércules, pero decidió cambiarle el nombre por Gustavo, como el cabrón de su marido. Por un lado, aquello era una buena venganza, pero tenía su parte mala: el chucho no obedecía por su nuevo nombre y no hacía ni puñetero caso cuando se le llamaba. Más de una vez, en el parque, después de desgañitarse gritando «¡Gustaaavo!», se había acercado a ella algún señor que respondía a ese nombre, mientras el perro, sin dejar de olisquear el culo de algún congénere, observaba a su ama desde lejos extrañado por sus gritos.

Menos mal que tenía a sus tres hijos, pensó Diana mientras se retocaba el perfil de los ojos. «Los tres vándalos», como los llamaba su padre y abuelo materno de los niños. «Gustavito —se refería al mayor— es igual de gilipollas que tu marido», le decía, con no demasiada delicadeza. Después estaba Diana, la luz de sus ojos, y, por último, el pequeño, Juan, fruto, todo hay que decirlo, de una mala siesta de verano. «Este es igual de imbécil que el padre del gilipollas de tu marido». Es decir, el abuelo paterno, o lo que era lo mismo, padre del cabrón de su ex. Ni que decir tenía que papá prefería a la niña.

Diana suspiró profundamente y se le corrió un poco de rímel. Estaba segura de que la personalidad de los hijos, al menos de los suyos, tenía relación directa con el lugar donde eran concebidos. Diana, por ejemplo, lo fue en Punta Cana, en aquel viaje a la República Dominicana que Gustavo ganó por cumplir objetivos comerciales. La niña fue concebida en un resort con

todo pagado, más concretamente en una preciosa cabaña entre palmeras y mojitos. Sin embargo, Gustavito y Juan fueron concebidos —una mujer sabía esas cosas— en lugares algo más rústicos: el mayor, en un pueblo de Palencia, un diciembre, con un frío que helaba hasta el escote y una lluvia torrencial que calaba los huesos; y el menor, en Torre Vieja. Sí, buen tiempo, calorcito, sin lluvia, pero *glamour*, lo que se dice *glamour*, tenía bien poquito; las cosas como son.

—¡Qué cabrón! —exclamó al hierático espejo que le devolvía las incipientes patas de gallo con descaro.

Esa era la segunda frase mañanera (las de la tarde eran más apañadas gramaticalmente). El cabrón, claro, era su exmarido (como ya se habrán imaginado ustedes. *El autor*): Gustavo Gallardo (que de gallardo tenía bien poquito y que se largó con la guarra de su secretaria quince años más joven —también era de imaginar, ¿verdad?—). «Mi hijo es un dandi», repetía su suegra mirándola a ella como si fuera una paleta de los arrabales, la muy... En las camisas de lino que se hacía a medida —«por los clientes», se excusaba él— le bordaban las iniciales G. G. en la pechera y en los puños. G. G., sí, así como suena, muy simpático él. Ya prometía Gustavo cuando, recién casados, durante la cena de Navidad soltó en la sobremesa a sus padres que en la noche de bodas no le costó dar en la diana. ¡Y se lo decía a su madre, que era mujer de misa diaria, y a su padre, sargento retirado de la Guardia Civil! Había que ser idiota. Pues todos los años, entre la sidra y el turrón..., ¡zas!, repetía la gracia. Ni la cara de asco de mamá —que ni sabía disimular la manía que tenía a su yerno ni quería hacerlo— ni papá haciendo añicos el turrón del duro encerrado en su puño sirvieron para que dejara la bromita soez. No era muy listo Gustavo, no. Eso sí, labia tenía mucha. «Verbosidad persuasiva», lo llamaba él. Y vender, vendía como nadie. Tres veces más volvieron a Punta Cana como premio por ventas. Los camareros caribeños ya los conocían. Tan bien vendía que ella —¡qué tonta, madre mía!— lo compró.

—Hay que mirar hacia delante, Diana —le dijo al espejo.

Esa era la tercera y última de las frases matutinas. Siempre las mismas, sin una coma de más ni una de menos. Igual que había gente que empezaba el día con un café, ella lo hacía con esas tres frases.

A lo mejor, pensó mientras se ponía desodorante de bola (mucho más ecológico que el otro; dónde iba a parar), sus amigas tenían razón con aquello del MÉTHER, esa aplicación para buscar pareja. Quizá era el momento de empezar una nueva vida.

—Quién sabe, espejito —dijo con el pintalabios rojo en la comisura de los labios—, tal vez ahí fuera haya un príncipe azul esperándome.

MÉTHER: LA APP DE LAS PAREJAS

—¡Hija, por fin te decides! —exclamó alegre Vanesa—. Ya era hora, porque, a poquito que nos pongamos, sin darnos cuenta nos caen cuatro años más como cuatro puñeteras losas, un par de patas de gallo, aquí y aquí —se señaló—, y una ración de celulitis y nos quedamos a vestir santos y con cara de gilipollas; que es lo peor.

—Sí, es cierto. Y ahora ya no es como antes, ahora se vive mucho. Si te mueres pronto, pues vale, casi mejor, pero imagínate llegar sola a los noventa o noventa y cinco —comentó Ascen. (Esta muchacha, Ascensión Raquet, a la que ya irán ustedes conociendo, es absolutamente idiota. De hecho, no es infrecuente que sus amigas se refieran a ella como «la tonta». Sí, ya sé lo que estarán ustedes pensando: ¡pues vaya amigas!, pero de verdad, créanme, no es peyorativo, es puramente descriptivo. Que por qué hay gente así en el mundo, nos podríamos preguntar. ¿Y por qué existen las avispas? Pues por lo mismo. *El autor*).

—Nosotras te ayudaremos a completar la ficha —comentó Mencía, la amiga orientalista, cursi hasta el dobladillo de la falda y recién llegada de un viaje iniciático por el norte de la India. Allí, con un famoso gurú, había asistido a un curso de nombre *Dharma, karma: el sentido de la vida; encuentro y pérdida*. Sin duda, un éxito: doble objetivo cumplido, porque, en efecto, se había encontrado a sí misma, y en cuanto a la pérdida..., nada menos que siete kilos gracias a una gastroenteritis alimentaria, que casi se lleva al gurú por delante (no en vano era el que más comía).

En efecto, Mencía aquella tarde estaba radiante, y cuando eso ocurría siempre se compraba un bolso de Prada, y ese día llevaba uno de color rosa que era una maravilla. Mencía era *hippie* y super-LGTB, vamos, que se le hacían pocas las siglas. Sus padres eran muy ricos, pero, como trabajaban de vez en cuando, se declaraban a sí mismos socialistas. De hecho, era una de las familias socialistas más ricas de la ciudad; eso sí, votaban a la derecha por aquello de los impuestos y esas cosas (lo cortés no quita lo valiente; ya saben. *El autor*). Mencía prefería decir que era de familia de economía desahogada. Dueños como eran de una cadena de centros comerciales, sí podían serlo, sí.

—Pero ¿de qué ficha hablas? —preguntó Diana con inocencia y una ignorancia impropia para los tiempos que corren.

—De la que te va a describir como la mujer más fantástica del universo y que escudriñará con avidez ese pedazo de hombre que te mereces y que, aunque él aún no lo sepa, existe solo para ti y es el que tú te mereces. Ya verás qué fácil es —comentó Vanesa, la mejor amiga de Diana, inseparable desde el colegio de monjas (bueno, al menos hasta que sor Teodosia, la directora, y a quien todas llamaban sor Teo, expulsó a Vanesa).

—Sí, es superfácil —exclamó Ascen—. Hasta mi abuela encontró pareja. Treinta y ocho años más joven que ella. Después se supo que el muy canalla era un *gigolo* y no estaba con ella por amor.

—¡No me digas! Quién lo hubiese dicho, ¿verdad? —El cinismo de Vanesa solía surgir con Ascen (pero no me dirán ustedes que sin razón. *El autor*).

Mencía, Diana y Vanesa se miraron y sin decir palabra supieron que estaban pensando exactamente lo mismo: aquella historia de la abuela daba un cierto sentido genético a la estupidez de Ascen.

Pero no, aquello de la ficha de fácil no tenía nada. Lo supo el sábado siguiente. La tarde, con café y magdalenas alrededor del ordenador de Vanesa, prometía ser toda una puñetera complicación. En primer lugar, rellenar aquello exigía poner de acuerdo a cuatro mujeres. En segundo lugar, había que mentir, claro (eso era la parte fundamental) y hacerlo bien. «Todo el mundo miente». En eso sí coincidían todas. Después venía el conflicto de la edad. «Pero ¿cómo vas a poner los años que tienes?», exclamó Vanesa. «¿Estás loca?», gritó Mencía. Ascen también dijo algo, pero no la escucharon. En cuanto al capítulo de las fotos, aquello era un mundo absurdo e irreal. Partiendo de una foto de hacía diez años y unos pequeños cambios con un programa informático que convertía a una aldeana serbia en una *miss* Mundo venezolana, consiguieron recuperar un cuerpo, el suyo, sí, ese que había tenido en tiempos pretéritos, ese que venía a coincidir con su primer veraneo en Alicante con sus padres. No fue fácil, no; pero tras una hora no se le veía ni una estría en piernas ni abdomen.

—¡A ver si te crees que el barco y el avión privado que salen detrás de esos merluzos es suyo! —exclamó Vanesa mientras quitaba otra porción de michelines a la mujer de la foto: ella.

—Y ahora... ¡tachán! —exclamó Mencía.

—En busca del príncipe azul —continuó Vanesa.

—Que sea bueno y simpático —pidió Diana.

—¡Que sea rico! —añadió Mencía (la *hippie* socialista, les recuerdo. *El autor*).

—Y que tenga un buen paquete —expresó Vanesa, que de las cuatro era, de lejos, la más casquivana.

—¡Que conduzca un Porsche! —insistió Mencía, que sería muy orientalista y con cierta inclinación hacia el budismo, pero que se pirraba por las cosas buenas y caras.

—Con que sea limpio y trabajador ya vale —añadió Ascen.

De nuevo, las amigas se miraron y guardaron un respetuoso silencio. (En estos casos, qué otra cosa se puede hacer, ¿verdad? *El autor*).

LA PRIMERA VEZ

Había llegado la hora. Meses de espera y esfuerzo y muchos sudores ante el ordenador se concentraban en ese instante: el momento de arreglarse.

«Venga, Diana, no seas chiquilla. Lo primero es lo primero: una buena ducha», se dijo mientras se quitaba la ropa. «Que te llamen lo que sea, menos guarra», añadió recordando las sabias palabras de su abuela, una mujer de principios sólidos.

Se metió en la ducha con cuidado de no resbalar —cuantísimas aventuras como esa se habían ido al traste antes de empezar por culpa de una caída en el baño y la consiguiente rotura de coxis, pensó—. Se enjabonó la cabeza, frotó y frotó y después aclaró con agua hasta no quedar ni un mínimo recuerdo del carísimo champú que había comprado para la ocasión. Su cabello ahora no solo estaba limpio, sino que olía a una mezcla de cítricos, coco y papaya; sí, sobre todo a papaya. De pronto, tuvo la sensación de encontrarse en el interior de una frutería. Ojalá su cita fuera un hombre viajado y acostumbrado a los olores tropicales y caribeños; ¡y que le gustase la papaya!, se dijo, preocupada. Decidió continuar con el cuerpo. Llenó el hueco de la palma de la mano con el no menos caro gel de baño de exquisito aroma a flor de loto y verbena, cien por cien natural, de composición biodegradable y capaz de proteger el manto hidrolipídico cutáneo, además, por supuesto —así se lo aseguró la vendedora de la perfumería—, de hidratar la piel y revitalizar las células cutáneas con el fin, claro está, dijo —«Claro está», dijo también Diana para no ser menos y dar la sensación de que estaba entendiendo algo— de lograr una piel aterciopelada y sedosa y aportar calma y serenidad a la mente. Extendió aquel ungüento mágico desde el tobillo hasta la ingle y en ese mismo instante exclamó alarmada: «¡Cielos!». El grito obedecía a la toma de conciencia del pelambre que cubría toda aquella superficie. «Te estás dejando, Diana. Te estás dejando», se regañó.

No tenía demasiado tiempo y aquella Selva Negra requeriría el suyo. «Tranquila, Diana, siempre hay opciones», se dijo mientras pensaba en ponerse unos leotardos de esos bien gordos. El problema, recordó, era que no tenía leotardos. ¿Los seguirían vendiendo?, dudó. Volvía a la casilla de salida: depilarse. Se echó otro vistazo rápido: no sería fácil; aquellos pelitos incipientes de las pantorrillas que un día fueron incluso graciosos habían crecido hasta convertirse en un auténtico emparrado de pelos gruesos como amarras de atunero, verdaderas enredaderas de pelos encrespados y tan anudados entre sí que ni un marino experimentado los hubiera desatado. «Te estás dejando, Diana, te estás dejando», se regañó de nuevo mientras pasaba la depiladora inalámbrica, que hacía unos ruidos extrañísimos, como si no pudiera con aquello. Le pareció que sonaba igualito que el cortacésped de su padre. Quizá debería haber pedido a Braulio, el portero, una broca del nueve para acabar con aquello, empezó a pensar; pero, al poco, por fin, asomaron algunos claros entre la espesa maleza, lo que la llevó a otra duda: ¿sería capaz el sumidero de tragar semejante cantidad de vello?

Acabó la faena; agotada, pero sin pelos.

«El siguiente paso, Diana, resultará más arduo, si cabe. Lo sabes, ¿verdad?», se dijo (Diana, otra cosa no, pero sincera consigo misma era un rato).

Y sí, la verdad es que cabía, cabía. Se sentó en la banqueta del baño, miró hacia abajo y las vio. Allí estaban las diez. Aquellas uñas de los pies no se doblegarían sin antes luchar con denuedo. De hecho, eran más duras que los pelos. Estaba segura de que si, en ese instante, con los pies desnudos, diese un paseo hasta el salón andando sobre el parqué, la quisquillosa vecina de abajo subiría para preguntar por qué bailaba claqué a esas horas.

Asió el cortaúñas con fuerza, como un templario que blandiera su espada frente al enemigo, y apuntó directamente al dedo gordo. Si vencía a la más fuerte, las demás la temerían, pensó, y después todo sería más fácil. Dicho y hecho, apretó y cortó. Caramba, aquel trozo de uña con el que se podría haber hecho fácilmente un llavero para el coche salió volando por el baño hasta estrellarse contra el cristal de la ventana, que no se partió porque, afortunadamente, era doble. Menos mal, suspiró aliviada, que estaba cerrada y aquel trozo no cayó al exterior, porque Braulio a esas horas limpiaba el patio y a saber qué daños le hubiera causado de estrellarse en su cabeza.

Cuando acabó, aquello parecía un campo de minas bosnio. Se levantó y sorteó los trozos de uñas hasta llegar a la puerta.

Un recogedor llenó. Aquella imagen, lo supo en cuanto lo vio, perduraría en su memoria el resto de sus días.

Le llegaba el turno al maquillaje. Estaba nerviosa como una colegiala adolescente ante su primera fiesta. ¿Se acordaría de cómo hacerlo? Abrió el neceser decimonónico y extendió sobre el lavabo todo su tesoro de embellecimiento. La misma Cleopatra habría estado orgullosa de ella. Una cierta nostalgia la asaltó: muchos de aquellos potingues —en realidad, la mayoría— estaban sin usar. Recordó que había hecho una buena compra de cosméticos el mismo día que el cabrón de Gustavo le dijo que se iba. Y ahí estaban: botes grandes, botes medianos, botes pequeños y hasta botecitos diminutos de pintura como para hacer dos *Meninas* y media.

Una *superinfluencer* se habría desmayado de placer contemplando aquel montón de productos y accesorios de maquillaje: base para pestañas y cejas, fijador, el imprescindible corrector de ojeras, de bolsas e imperfecciones varias (la madre que las parió), decenas de pintalabios de todos los colores, la bruma invisible facial, un set de brochas y pinceles que más de una envidiosa querría para sí, el kit de pinzas para enfrentarse a los pelos en esa callada y desigual lucha diaria, esponjas de diversos colores y tamaños; cómo no, el rizador de pestañas y un par de peines de pestañas plegables. Dos días antes había estado tentada de comprar en la perfumería de la esquina un *highlight patting facial blusher sparkly shimmer natural high gloss powder* para cuerpo y cabello, que le recomendó la jovencísima dependienta, pero como solo entendió las palabras *cuerpo* y *cabello*, no se acabó de decidir. Después apareció otra dependienta, mucho mayor, con arrugas (como deberían ser todas las dependientas), la miró a los ojos, le dio un pequeño kit y le dijo: «Polvo de Hadas».

Esa mujer sí que sabía lo que ella necesitaba: o un buen polvo o una buena hada que la transformara. Aquello sonaba de maravilla. Lo compró, claro, y sin preguntar el precio, aunque luego en casa se arrepintió de no haberlo hecho.

—Polvo de Hadas —repitió frente al espejo—. A ver si es verdad.

Justo antes de empezar el ritual mágico de belleza, algo preocupada, le entró la duda: ¿todas esas cosas tendrían fecha de caducidad, como los yogures? Porque, de ser así, acabaría en urgencias con la piel roja y ardiendo como una guindilla mexicana. Eran todos polvos muy antiguos (la verdad es que le sonó fatal).

—¡Adelante, Diana! —le dijo a la señora indecisa que la miraba desde el espejo. Cogió la brocha del colorete y al hacerlo recordó el sabio consejo de Vanesa. No, a ella no le iba a pasar lo mismo. «No te pongas colorete en la frente», la apremió su amiga.

—Yo un día me lo puse en exceso —recordó que le había explicado Vanesa—, y mi pareja me llevó a su apartamento recién estrenado. Cenamos ostras y de postre fresas con champán. Ya sabes lo de las ostras.

—Sí.

—Y lo de las fresas.

—¿Es verdad? —preguntó Diana, intrigada.

—Lo es —contestó Vanesa con sonrisa maliciosa—. Después me llevó a la habitación en brazos...

—¡Qué romántico!

—No tanto, espera. Me giró en el aire (la verdad es que estaba muy cachas el tío) y me puso contra la pared. Ahí estaba yo: bien pegadita, como un puñetero póster de los Beatles. Lo que vino después no te lo voy a contar...

—Ni falta que hace —añadió Diana.

—Pero, cuando acabamos, no puedes imaginar el pedazo manchón de colorete que había en la pared. Cómo sería que, al poco, se fue de la ciudad por un nuevo trabajo y el propietario no le devolvió la fianza porque, dijo, tenía que pintar toda la habitación.

—Bueno, al menos fue una noche loca de pasión.

—No creas. La pared estaba pintada con gotelé y estuve una semana con la frente llena de puntitos rojos, como si tuviera escarlatina o algo así.

«Bien, pelos, uñas y maquillaje solucionados», comentó Diana al espejo, de regreso de sus recuerdos. Este le devolvió una cara de satisfacción, pero sabiendo que aquello ni mucho menos había acabado. Sí, de acuerdo, algunas batallas ganadas, pero la guerra, la verdadera guerra, estaba aún por llegar porque quedaba el universal, femenino y legendario *¿qué me pongo?*

Decidió empezar por los zapatos. Obviamente, tenían que ser de tacón. «Nada de ir cómoda. Te jodes y vas guapa», le había dicho Vanesa unas horas antes con determinación. Los sacó del fondo del armario y los observó con detenimiento y algo de pavor. Le parecían mucho más altos que la última vez que se los puso y eso había sido, más o menos, en la fiesta de cumpleaños de la hermana de Gustavo, la hijaputa que defendía a su hermanito diciendo: «Mujer, algo habrás hecho tú para que se haya ido con otra». Finalmente, y bien sentada en el borde de la cama, se los puso. «Venga, Diana, ahora en pie. Tú puedes», se animó a sí misma. Lo cierto es que lo necesitaba.

Fue ponerse en pie y un calambrazo le subió hasta la ingle desde el talón de Aquiles —qué bueno estaba Brad Pitt en *Troya*, le vino la imagen de manera inevitable. Y qué buena rima tenía *Troya*, y eso que ella no era muy de poesía—. De pronto, no sentía ni el muslamen ni las pantorrillas, ni siquiera sentía los zapatos.

Llevaba sin calzar tacones de aguja, recordó, desde el día de la firma del divorcio en el despacho de abogados. Había días que no se olvidaban y en aquel se los puso aposta para estar más alta que Gustavo y que la guarra de su amante, por si acaso iba. Y sí, la muy asquerosa fue, pero resultó que hasta con tacones era más alta. La muy asquerosa le sacaba una cabeza con esas dos piernas tan largas que tenía que hasta parecía que las ingles le rozaban el cuello.

Ese pensamiento le hizo mirarse en el espejo instintivamente. «No está mal». La verdad es que nunca había tenido malas piernas y, en cualquier caso, eran dos. Las mismas que la guarra. Que se jodiera, que en número no la ganaba. «Cuídalas bien, hija, cuídalas —le repetía su abuela—, que mira lo que le pasó a la pobre tía».

La abuela se refería a tía Josefa, quien en su mocedad, un malhadado día, fue a las vías del tren —exactamente donde empezaba el túnel— y el tren a Teruel de las 21:30 se le llevó una pierna. Lo que no contaba nunca la abuela, que bien se lo callaba, era que tía Josefa esa tarde no estaba sola en el túnel y que ni apareció la pierna ni tampoco la ropa interior de la tía.

«¿Con escote o sin escote?», se preguntó Diana en aquella jornada preguntona. Otro complicado dilema, otra enmarañada disyuntiva. Ella, que estaba habituada al *sota, caballo y rey*. ¡Qué sinvivir, Dios mío!

Decidió ponerse el vestido sin escote y se plantó frente al espejo, que ese día se estaba ganando el sueldo. Se miró de arriba abajo. Lo cierto era que no estaría mal si el plan fuese ir de colecta con la Cruz Roja, o a merendar rosquillas de anís con don Mariano, el cura que casó a sus padres. Si la viese Vanesa, seguro que cogería unas tijeras de pescado y haría jirones aquel vestido tan modoso y recatado. Se lo quitó con determinación y se puso el del escote generoso y algo audaz. Sonrió. Vanesa estaría orgullosa; su abuela..., ¡hum!, no estaba tan segura; y don Mariano, bueno, don Mariano estaría escandalizado.

Una hora más tarde, el taxi la dejaba en la misma puerta del restaurante: una elegante marisquería de la zona norte de Madrid. Él la esperaba erguido como un centinela ante la puerta del castillo. Le reconoció por las fotos de MÉTHER. La verdad es que tenía buena planta. «Al menos es sincero en cuanto a las fotos», pensó, animada. Quizá algunas canas más, se dijo en el taxi. Tal vez muchísimas canas más, confirmó fuera de él. Bueno, igual con lo de la edad no había sido tan sincero, pero... «Venga, Diana, no pongas pegas antes de empezar, que nos conocemos», se recriminó.

—Buenas noches —dijo él con odontológica sonrisa de clínica privada.

«Buena señal», pensó Diana, que era mucho de fijarse en los pequeños detalles y en las dentaduras.

—Hola —dijo ella, más escueta.

A los dos besos, uno en cada mejilla («un clásico», pensó ella), siguieron las breves presentaciones de rigor (lo malo del MÉTHER era que la ficha era tan rigurosa y exhaustiva que apenas quedaba nada que decirse: tenía la sensación de conocer perfectamente a aquel desconocido).

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Me comería lo que fuese —contestó Diana para, de inmediato, arrepentirse de sus palabras.

—Pero, dinos, ¿triumfaste, o no? —preguntó Vanesa, con su impaciencia habitual.

—Hablamos de muchas cosas, pero, para hacer el cuento corto, empezaré por el final: «Menos con el zapato, te voy a dar con todo», me dijo mientras nos estaban sirviendo el suflé. El muy salido no esperó ni a que se hubiese marchado el camarero, que casi me tira la bechamel en el vestido.

—¡Qué animal! —exclamó Mencía, a pesar de haberse criado con cuatro hermanos mayores.

—Hombre, muy poeta no es —comentó alguien desde el fondo de la cafetería, pero no llegaron a saber quién.

—A lo mejor es que estaba nervioso —dijo la tonta—. El suflé pone nerviosos a muchos hombres, con tanto fuego y esas cosas.

—Esta chica es verdaderamente tonta —susurró Vanesa al oído de Diana.

—Pues si la primera noche, y sin confianza, ya te hace una declaración así, prepárate —intervino de nuevo Mencía.

—Como os podéis imaginar —continuó Diana—, con un borrico así no habrá una segunda cita ni loca.

—¿Y no pasó...? —quiso saber Vanesa.

—Nada de nada —se adelantó Diana—. Pero dejad que os cuente cómo fue esta cena..., ¿cómo llamarla?, sí, quizá *surrealista* sea la mejor palabra. Empezamos con un cóctel y, cuando llegó la cena, él pidió una botella de champán. Cuando el camarero abrió la botella, el corcho salió despedido, voló por los aires y, tras dar un par de vueltas, cayó mansamente dentro de mi escote. «Tenía que haberme puesto el otro vestido», recuerdo que pensé mientras el camarero trataba de sacarlo con la punta de los dedos ante mi cara de estupefacción.

—¡Qué situación más bochornosa!

—Sí, yo no podía dejar de pensar en don Mariano y...

—¡¿Quién?! —preguntaron todas a la vez.

—Ya os cuento otro día. ¿Por dónde iba?

—Por los dedos del camarero en tus tetas —recordó Ascen.

—Eso. Y, además, tenía los dedos helados.

—¿Pudisteis rehacer la cena?

—Así, así, porque al poco, tras partir una cigala, una pata también voló sin que yo me diera cuenta y acabó en el mismo sitio. Vi cómo Felipe —el animal que tenía delante se llamaba Felipe— no dejaba de mirarme el pecho y me azaré. De pronto, señaló con el índice hacia el crustáceo braquiuro y decápodo y dijo: «Tienes una pata de cigala entre las tetas».

—Ni Bécquer lo hubiese dicho de manera más poética —exclamó Mencía.

—Yo no dije ni pío, para que el camarero no tratara de sacarla, claro —explicó Diana.

—Hija, qué querencia: dos de dos al mismo sitio —exclamó la tonta.

—¡Qué va! ¡Tres de tres!, porque la aceituna del cóctel, no sé ni cómo, también encontró amparo y cobijo entre mis maternos pechos. Aquello era como el archivador de un ministerio. «¿Te gusta?», preguntó Felipe. La verdad es que tan nerviosa estaba que no sabía si se refería a la aceituna, a las cigalas o al cóctel. «El pisco *sour*», aclaró. «Sí, mucho. Está muy fresquito», dije.

—¡Hija, qué paleta! Ya no se dice *fresquito*. Ni que estuvieras tomándote una zarzaparrilla en la plaza del pueblo —comentó Mencía, que era la más fina.

—Bueno, a lo que vamos —exclamó Vanesa, siempre tan directa—. ¿Cómo acabó la cena?

—En el asiento de atrás de un taxi —respondió Diana.

—¿Lo hicisteis en un taxi? —gritó Mencía, atrayendo las miradas de dos señoras mayores que prestaban más atención a la conversación del grupo de amigas que a las ensaimadas empapadas en café que desde hacía un buen rato pedían ser comidas.

—No exactamente.

—¡Explícate!

—Eché la pota en el taxi. Todo, todito. La única cigala que quedaba dentro de mí era la del escote.

—¡Ay, qué asco, hija! —protestó Mencía.

—Es que, nada más empezar la cena, me dijo que era un hombre muy viajado y que de Chile se trajo la costumbre de tomar un pisco *sour* antes de comer. «Pues que sean dos», dije yo para hacerme la entendida. No lo había terminado cuando ya me salió el primer hipo. Con el segundo las cigalas parecían sonreírme. A partir de ese momento veía a Felipe mover los labios, pero me era imposible entender ni una palabra de lo que decía, aunque recuerdo que tetas y culo fueron nombrados varias veces.

—Como era hombre de mundo, igual te estaba hablando en otro idioma —comentó la tonta.

—Le dio un billete de cien al taxista para que se le quitara el cabreo y se fue.

—¡Qué mal!

—Al menos me dejó escritos en un papel los ingredientes del pisco *sour*.

—¡Mira, eso que te llevaste! —dijo Ascen.

UN TORNADO SE LLEVÓ MI AMOR

Normalmente, los domingos, si el tiempo lo permitía, las cuatro amigas cambiaban su habitual cafetería por alguna de las terrazas de alrededor de la Puerta de Alcalá con vistas al Parque del Retiro. Después daban un paseo por la calle Serrano hasta la plaza de Colón. Esa combinación de tiendas de marca y naturaleza le encantaba a Mencía, que era quien elegía el lugar a cambio de invitar. Sin embargo, esa mañana dominical había amanecido fría y lluviosa. Nada de tiendas, pues.

—Bueno, chicas, creo que es hora de sincerarme —comentó Mencía, algo abatida, mientras se llevaba a los labios una copa de *champagne*—: yo también usé esa aplicación.

—¿Quééé?!

—¿Tú?! —preguntó Vanesa con sorna.

—Sí, hija, yo. ¿Tanto os extraña? —Mencía empezaba a arrepentirse de su confesión.

—Cuenta, querida —atajó Diana, haciendo una señal admonitoria a Vanesa para que se callara.

—Gracias a MÉTHER conocí a Arthur y el amor me llevó hasta Silvester, un pueblecito encantador de Iowa con gente aún más encantadora. De esas personas que se dicen *buenos días* con una sonrisa angelical y en invierno se ayudan unas a otras para recoger con palas la nieve que se acumula en las puertas de entrada a sus casas y que les impide salir o llegar hasta el garaje para coger el coche.

—¿Jo, cómo nieva en ese pueblecito encantador!, ¿no? —comentó Ascen, que era muy friolera.

—¿Huy!, y no solo nevadas —dijo Mencía—, también hay tornados capaces de llevarse vacas volando, tormentas con fuerza suficiente como para arrancar los árboles desde la raíz...

—Pues sí, sí que es encantador el pueblecito ese —dijo Vanesa con cierto sarcasmo; ella era más de ciudad.

—Y fue precisamente un tornado lo que se llevó nuestro amor.

—Mira, qué original —comentó Diana—. Normalmente es la vecina del tercero o la guarra de la secretaria, pero tú..., un tornado.

—Igual que en *Lo que el viento se llevó* —dijo Ascen—. ¿La habéis visto?

—Calla un poquito, preciosa —le pidió Diana con cariño.

—Vivíamos en casa de su madre... —continuó Mencía.

—Malo —interrumpió Vanesa.

—Era una señora muy mayor, en silla de ruedas, una mujer silenciosa que me miraba fijamente mientras comía —comentó Mencía—. Daba un poco de miedo, la verdad.

—Todas las suegras dan un poco al principio —añadió Diana.

—La casa de Arthur era de esas de madera, como las del cuento de *Los tres cerditos*, con una bandera enorme de los Estados Unidos en el porche. Arthur, el primer día, durante la cena, me explicó qué hacer en caso de alarma por tornados. Yo me alarmé, pero lo que más me desasosegó fue la sonrisita de su madre en el otro extremo de la mesa.

—Malo, muy malo —volvió a comentar Vanesa.

—«Si eso ocurre —me dijo serio—, coge las llaves que hay en el primer cajón de la cómoda de tía Agatha, la que está en el dormitorio». Esto me hizo suponer con buen tino que había dos o

más cómodas de tía Agatha. En esa casa había varios muebles con nombre propio: la lámpara de la abuela Mary, la tetera del primo segundo Andrew, el rifle de tío Michael, la escopeta del primo Tom, la repetidora de tía Olivia... «No lo olvides —insistió Arthur—: coger las llaves es fundamental».

—¡Joder, qué miedo! —dijo Ascen.

—Yo asentí con la cabeza algo atemorizada y seguí escuchando sus palabras mientras la madre continuaba esbozando una leve sonrisa al otro lado de la mesa sin probar bocado.

—¡Malo, muy malo! —repitió Vanesa.

—«Después —continuó Arthur—, sal al exterior, abre las compuertas del refugio subterráneo, entra, cierra y siéntate. Allí encontrarás una manta, una linterna, pilas, el libro de Tom Sawyer (eso me extrañó un poco, la verdad) y dos almohadas con las que protegerte la cabeza». Sonreí. «No creo que pase eso, cariño», dije tímidamente. «Ocurre, te lo juro. Ocurre constantemente y cuando menos te lo esperas», contestó él dejándose, ahora sí, acojonada. La sonrisa de su madre ahora era bien grande.

—¡Jo, qué miedo y qué sitio!, ¿no? —resopló Ascen.

—Dos días después de aquella meteorológica conversación, mientras Arthur y yo desayunábamos en la cocina una taza enorme llena de agua y algo de café, de esos que allí llaman *café americano*, sonó el teléfono. «Debo marcharme», dijo Arthur, tras colgar. «Tengo que firmar unos documentos en el notario. Algo relacionado con el tío Peter». «¿El tío Peter? —me extrañé—. Nunca me habías hablado de él». «Pobre tío Peter —dijo Arthur—. Fue uno de los primeros de la familia en venir a este país, me contaba mi padre con cierto orgullo. Ya anciano, fue ingresado en el Hospital Central de Nueva York y, una vez dentro, no dejaba de repetir una y otra vez: “No entiendo nada, no entiendo nada”. Familiares, amigos y enfermeras se sentaban a los pies de su lecho para hablarle de la aceptación de la inexorable y prematura muerte a los noventa y siete años, pero él insistía en que no entendía nada de lo que decían los médicos. Al final, las enfermeras acababan marchándose al cuarto o quinto intento de tío Peter por pellizcarles los glúteos sin haberle sosegado apenas. Finalmente, gracias a una empleada de la limpieza de origen asiático, averiguaron que el tío Peter, a pesar de toda una vida en Nueva York, no entendía ni una sola palabra de inglés, pero sí se defendía con cierta corrección con el chino cantonés, que había aprendido en un restaurante turístico de Chinatown donde trabajó más de treinta años como camarero y que, finalmente, tuvo que dejar con harta pena porque —al menos eso aseguraba él— le producía alergia el pegamento que usaba para estirarse la piel de los párpados y pegarse un bigote de espirales. Al parecer, eso, junto a un kimono rojo con dragones bordados, era lo que el jefe exigía a los camareros para servir las mesas y disimular su desigual procedencia. “Eso gustal tulistas”, decía el propietario del restaurante pequinés, el señor Xuan Jo, quien, nos contó tío Peter, una noche, durante las fiestas del Año Nuevo chino, en mitad de una borrachera de órdago, confesó a sus empleados que jamás había pisado China y que él, en realidad, había nacido en un pueblecito de la serranía de Guadalajara, en España, y su verdadero nombre era Juan José Cabriola Hinojosa. De hecho, en alguna ocasión, más de un comensal, viéndole aquellas marcadas patillas morenas que le cubrían la mitad de la mejilla y le afeaban el rictus asiático, le había preguntado por su procedencia, a lo que él siempre respondía con un: “Tlabajo llamal. Mucho que hacel cocina”, y desaparecía a la carrera. A tío Peter, enterarse de aquello le dio mucha pena. “Con las de buenas conversaciones que podríamos haber tenido y mira, nos hemos pasado media vida hablando chino”. Al final, tío Peter murió en aquel hospital

sin saber de qué. De viejo, dijeron los médicos. Ya ves. Cuando no saben qué se tiene, es lo que suelen decir».

—¡Hombre, con noventa y siete años! —dijo Vanesa.

—No habían pasado ni quince minutos desde que Arthur había salido por la puerta —continuó Mencía— cuando comenzaron a sonar todas las sirenas del pueblo. No podéis imaginar qué estrépito. Hasta la madre de Arthur parpadeó en su silla antes de volver a sonreír sin dejar de mirarme fijamente.

—Caramba con la tranquilidad de Silvester, pueblecito de Iowa, Estados Unidos de América —comentó la tonta.

—De inmediato, recordé las proféticas palabras de Arthur: «Ocurre, te lo juro. Ocurre constantemente y cuando menos te lo esperas». Dejé sobre la mesa la mierda de café y las tostadas con crema de cacahuete, más asquerosas aún, y me levanté de la silla como un resorte. Tenía que pensar, y hacerlo rápido, pero cuando vi mi reflejo en el cristal de la ventana, no sé, fue como si se me congelara el cerebro. Vi un perro que me miraba. Me alarmé. Después comprendí que era yo. Os lo juro, no es fácil pensar con un pijama de Goofy puesto. Menudo regalito de la madre.

—¡Qué hijaputa! —exclamó Vanesa.

—Sí —afirmó Mencía—, el pijama era para matarla, pero es que, además, incluía una gorra de enormes orejas negras que caían a los lados del cuerpo hasta casi la cintura, y en el pecho, bordada, estaba la cara del chucho de los cojones.

—Eso era para hacer daño —comentó Diana, echando un recuerdo a la madre de Gustavo.

—¡Qué horroroso y qué poco gusto! —dijo Vanesa.

—Sí, pero a Arthur le hacía mucha ilusión que llevase el pijamita regalo de su madre y bueno..., ya sabéis: hijo único, sin padre, madre amantísima...

—Malo, muy malo. —Vanesa, achispada, seguía a lo suyo mientras hacía señas al camarero para que le trajera otra copita. A veces se esforzaba en emular la natural finura de Mencía, pero a ella el champán le sentaba como un tiro.

—Las sirenas no dejaban de sonar —continuó Mencía—. Cada vez más y más fuerte. Era un sonido horrible, como si un coche de bomberos estuviese dentro de la casa. Encendí la radio, pero al poco la apagué porque no entendía nada.

—Los nervios —comentó Ascen.

—Sí, sería eso —dijo Mencía—. Bueno, eso, y que yo soy más de francés.

«Mejor el francés, hija mía, que es el idioma de los diplomáticos. Dónde va a parar», recordó que le insistía su madre siendo una niña. Si supiera ella, pensó, para lo que había usado el francés.

La tensión se dibujaba en el rostro de las cuatro amigas y más aún en las de las dos señoras de la mesa de al lado, ya despreocupadas por completo de las ensaimadas, que flotaban desde hacía rato en la taza de café.

—¡El tornado, Mencía, el tornado! —exclamó Vanesa, nerviosa y mordiéndose las uñas.

—¡Ah, sí! Encendí la televisión. La misma incompreensión que con la radio, pero esta vez con imágenes.

—Más entretenido.

(A que saben quién lo dijo. *El autor*).

—Por fin, reaccioné y subí a todo gas las escaleras que conducían a mi habitación —continuó Mencía—. La verdad es que ni recordaba a qué tenía que subir. Las sirenas seguían sonando.

«¡Joder, esta gente sabe cómo generar tensión!», me dije. Miré por la ventana: enormes nubarrones grises en el cielo. «¡No hay tiempo para cambiarse!», pensé. Tendría que salir de la casa vestida de Goofy. «¿Cuánto tarda un tornado en llegar?», me pregunté. «¿En llegar desde dónde?», me dijo una voz interior. Media vuelta. Bajé de dos en dos los escalones. Las orejas de Goofy me golpeaban las caderas. No era cómodo y seguro que me harían moratón, imaginé. Quizá no debería haberle contado a la madre de Arthur la historia de cuando era niña y deseaba ser abrazada por Goofy.

A ella Mickey nunca le gustó demasiado, con esas orejas y esa voz aflautada. «Este ratón es maricón», decía su padre, algo apartado de los tiempos cambiantes, más liberales.

—Perseguida por las puñeteras sirenas —continuó Mencía—, bajé hasta el *hall*, abrí la puerta y salí lo más deprisa que pude y lo que me permitía el pantalón campana de Goofy. Llegué hasta el refugio subterráneo donde me esperaban una linterna, pilas y las dos almohadas que habría de ponerme a los lados de la cabeza, como si fueran unos auriculares. Francamente, yo dudaba mucho que dos almohadas de plumón protegieran mucho la cabeza ante la fuerza de un tornado gigante, pero, ignorante como era de la cultura americana y de la climatología, no dudaría en ponérmelas por si acaso. Sin embargo, nada de eso ocurrió.

—¿Por qué? —preguntó Diana.

—Sí. ¿Por qué? —preguntó una de las dos ancianas de la mesa de al lado.

—Porque las puertas del refugio estaban cerradas a cal y canto y un candado de los gordos así lo certificaba. «¡Mierda, las llaves!», grité con rabia y un deje de desesperación. Con los nervios había olvidado coger la llave del candado. Ahora sí recordaba a qué coño tenía que subir a la habitación.

—Hija, no te culpes. Eso es la falta de costumbre con tornados —dijo Ascen para dar ánimos.

—Eso me dije yo para no caer en la angustia —agradeció Mencía—. No pasa nada, pensé: vuelvo a casa, subo al dormitorio, cojo las puñeteras llaves...

—De la cómoda de tía Agatha —apuntó Ascen, muy atenta a la historia.

—Eso —confirmó Mencía—, y regreso al refugio. Por cierto, qué fea era esa cómoda. No os podéis ni imaginar. En ese instante, pensé que si Arthur y yo llegábamos a algo sería lo segundo de lo que me desharía en esa casa.

Todas callaron, se miraron y soltaron a la vez una carcajada. Incluso Ascen supo qué sería lo primero. Sin duda, lo del regalo del pijama de Goofy había hecho mella en el grupo.

—«Venga, Mencía, tienes tiempo de sobra», me dije sacando fuerzas de flaqueza. «¿Realmente tienes tiempo de sobra?», preguntó de nuevo esa vocecita interior, malvada y muy negativa, pero no hice caso.

—¡Esa es nuestra Mencía! —dijo una voz desde una mesa cercana.

—¡Vamos! —exclamaron las dos ancianas de la mesa de al lado (Soledad y Consuelo, dijeron llamarse), que pidieron dos raciones de churros para todas.

—Corrí hasta la casa. Ya estaba en el porche y el tornado aún no había llegado. «¡Te jodes, vocecita!», exclamé dibujando en mi rostro una sonrisa maliciosa, pero muy pronto la borré por completo y la cambié por una cara de estupor.

—¿Qué ocurrió? —exclamó Ascen, excitada.

—¿Qué ocurrió? —exclamó Vanesa, más excitada aún.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Diana, a la que desde el divorcio le costaba más excitarse.

—Sí, ¿qué pasó? —preguntó una de las ancianas, que, ya entrada en confianzas, mojaba un churro en la taza de Vanesa.

—¡Me di cuenta de que me había dejado dentro las llaves!

—¡Claro, las del candado! —gritaron todas.

—¡Nooo! ¡Las de la casa! —gritó Mencía.

—¡Oooh! —exclamaron las amigas a la vez.

—¡Oooh! —exclamaron Isabel y Amelia.

—¡Oooh! —se oyó al camarero, que estaba tras la barra.

—En ese instante me sentí engañada por las películas de Hollywood: ¡era mentira! ¡Todo era mentira! Nadie, absolutamente nadie, en los apacibles pueblos de los Estados Unidos deja abierta la puerta de su casa, como se ve en las películas.

—¡Jopelines!

(Sí, amigos, aún hay gente en este país que dice ¡jopelines! En este caso, ya se podrán ustedes figurar quién es. *El autor*).

—Miré hacia el cielo: cada vez más gris; casi negro. El tornado llegaría en un santiamén y yo en la calle. Ya me imaginaba la cara horrorizada de los niños viendo volar y dar vueltas en el cielo a su querido Goofy. Estaba sola y en pijama para luchar contra todo un tornado.

—No parece mucho, no —dijo Ascen, preocupadísima por la vida de su amiga. El hecho de que esa misma amiga estuviese allí presente relatando la historia no parecía impedir lo más mínimo su desasosiego.

—Empecé a ponerme nerviosa, muy nerviosa. Me vino la imagen de una película que vi siendo niña. Había una escena en la que volaban en círculo un par de furgonetas, una vaca y varias hamacas de esas que hay en todos los porches de las casas americanas; sí, de esas mismas casas americanas que *jamás se cierran con llave*.

—¡Vaya sitio para vivir! —dijo alguien.

—La verdad es que como aquí no se vive en ningún lado —dijo otro. No se supo quién, pero era español, porque esa es la frase que siempre dice un español cuando se habla del extranjero. Eso es algo que solo sabe un español y no un extranjero. ¿Y por qué? Porque, sencillamente, no vive aquí. «¡Qué triste es ser extranjero!», pensaron algunos en ese momento, pero callaron por si acaso había alguno en la cafetería. (No hay que hacer daño si se puede evitar. *El autor*).

—«¿Dónde me meto?», me pregunté mirando a un lado y al otro. Vi unos matorrales. Eran altos, pero no parecían demasiado resistentes ante un tornado. Desestimados. «Venga, me ato a uno de los pilares de madera del porche», me dije, pero ni tenía cinturón ni cuerda alguna para hacerlo. Desestimado también. «Qué muerte más tonta», pensé. «Mujer joven del muy elegante Barrio de Salamanca de Madrid, España, muere en un pueblo de Iowa víctima de un tornado. La policía aún no ha esclarecido por qué iba vestida de Goofy mientras volaba», imaginé que dirían los periódicos al día siguiente.

El camarero había dejado de servir a las mesas (tampoco pedía nadie, tal era el interés despertado por la historia de Mencía entre los clientes). Una madre sentada en otra mesa cercana llevaba casi una hora dando el pecho a su niño para que no diese la lata y así poder escuchar el desenlace de aquella pesadilla. Aparentemente, todo correcto, pero el niño en cuestión tenía siete años recién cumplidos, que —estarán conmigo— es una edad más de solomillo con patatas que de teta.

—De pronto vi que se aproximaba un coche; o eso parecía. No estaba segura porque en el techo llevaba una enorme *pizza*...

—¿De qué tipo? —preguntó Ascen.

—De qué tipo ¿qué?

—La *pizza*.

—Margherita, creía por los colores —contestó Mencía, algo extrañada por la pregunta de Ascen—. Salí corriendo, me paré en el centro de la calzada, levanté las manos al aire y empecé a moverlas de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba abajo y de abajo arriba. Como un molinillo.

Mencía no lo sabía, pero en ese mismo instante, Charlie, el conductor del coche que se aproximaba a ella, se preguntaba extrañado por qué un perro enorme ocupaba el centro de la calle y bailaba una extraña danza india. Ya más cerca, Charlie comprobó que no se trataba de un perro grande, sino de una mujer mediana que, a tenor de esos raros movimientos espasmódicos, solo podía estar bajo los efectos de un coma etílico impropio de la hora del día, o bien ser alguna de las animadoras del muy criticado equipo de fútbol local, los Ratones Coloraos. La verdad era, recordó, que no eran muy buenos, y su eslogan, «Winning is a chimera», tampoco ayudaba al ánimo de los muchachos. «Lo importante es participar y construir el espíritu», les repetían una y otra vez el entrenador y el director de la *high school* tras la abultada derrota de cada partido. Sí, realmente ganar era un quimera, y lo más cercanos que estuvieron de una victoria fue aquella vez que perdieron por catorce a cero. El periódico local (el director era el padre del *quarterback*) publicó en su primera página: «Solo quince puntos nos separaron de la victoria». Bueno, sin duda era un forma de ver las cosas, y el lenguaje periodístico ya se sabe que es muy versátil. Era el único equipo del estado que aceptaba jugadores sin experiencia o con sobrepeso, siempre y cuando ellos dieran todo de sí mismos, y sus padres, alguna donación para otra ala de la biblioteca. «De aquí hacia arriba», animaba el entrenador a los muchachotes en las duchas (lugar donde, tras los partidos, quizá permanecía más tiempo del debido). No mentía, no; el equipo ocupaba la última categoría de la liguilla interescolar y más no se podía descender.

Charlie dejó los deportivos pensamientos a un lado y se preguntó el porqué de la nueva equipación con la cara y las orejas de Goofy. Tal vez se trataba de un nuevo patrocinador. Unos veinte pasos antes de llegar a la mujer disfrazada, Charlie frenó su camioneta. La mujer se aproximó corriendo, algo alocada; él bajó la ventanilla y Goofy le explicó la situación. Charlie apenas entendía nada. Todo era muy raro y el nivel de inglés de la mujer dejaba mucho que desear. Había entendido algo de unas llaves y de casas de pueblos con las puertas cerradas (lo de *puñeteras puertas* no lo había comprendido del todo), pero su dedo índice apuntando hacia el cielo y el insistente *help* repetido quince veces durante la caótica conversación le instaron a abrir la puerta del copiloto para que aquella mujer-perro subiera.

—OK —dijo Charlie—. Puede subir, pero antes de dejarla en algún sitio debo repartir las dos *pizzas* que me quedan.

—¡Hija, cómo son los americanos con el trabajo, la verdad! —exclamó Vanesa.

—La primera de las *pizzas* la llevamos a casa de los Sullivan. «Toma, llévala tú», me dijo Charlie, que no estaba dispuesto a darme el puesto de copiloto sin el sudor de mi frente. Como podéis imaginar, toda la familia Sullivan estaba bien guarecida en su escondrijo particular antitornados. Al principio, se negaron en redondo a abrir a alguien que iba disfrazado de Goofy. Tras varios dimes y diretes y la amenaza de comerme allí mismo la *pizza* delante de ellos (de hecho, le di un bocado para que vieran que hablaba en serio), abrieron las compuertas, cogieron la *pizza* con rapidez y volvieron a cerrar. Eso sí, sin darme una mísera propina, los muy rácanos.

—¿¿Cómo se puede desconfiar de Goofy?! —dijo Ascen.

—De ahí nos fuimos hacia la granja de los O’Cooper, en las afueras de la ciudad. Estos, como eran más pobres que los Sullivan, no disponían de un refugio apropiado y se habían encerrado en

el granero atados todos ellos, entre sí y a las vacas, formando un círculo místico algo peculiar. Entre que todos los miembros de la familia estaban de buen ver, en especial la abuela y la madre, y que el número de vacas no bajaba de la docena, reinaba en el ambiente un aire de tranquilidad y confianza que ya lo hubieran querido para sí los roñosos de los Sullivan.

»Y allí que me vi: en un granero en el centro de los Estados Unidos, entre mugidos, pisando caca, vestida de perro y a la espera de un tornado. Y ante esa situación una, claro, se pregunta: “¿Qué coño hago yo aquí?”.

»Creo que ahí empecé a ver que la relación con Arthur era imposible. De inmediato, un mugido me lo vino a confirmar.

»Entrego las *pizzas*, el padre O’Cooper insiste en hacerse un selfi conmigo y con los nietos. Que no, que no, digo yo. Ni caso. Que esperemos un momento, que el abuelo no sale en la foto, dice la madre. En efecto, el abuelo, en silla de ruedas, tiene la cabeza metida entre las ubres de una de las vacas. “Ya estamos”, grita alguien. Me veo rodeada de cuatro o cinco niños y el cuñado del señor O’Cooper, que me pellizca una nalga con disimulo. Preocupada por si me ataban a ellos, o a una vaca, me dejo hacer. “Otra más por si ha salido movida”, dice la abuela desde lejos. Por fin me voy. Aunque tampoco recibí propina, por lo menos me dieron una botella de leche recién ordeñada y un trozo de cuerda para atarme donde fuera.

—Algo es algo —volvió a intervenir la tonta del grupo.

—Cuando acabó el dichoso reparto, Charlie puso rumbo a la pizzería. «Por fin un refugio tranquilo y seguro», me dije. Sí, sí, tranquilo. «¿Puedo usar el baño y quedarme aquí hasta que pase el tornado?», pregunté con la ternura de un personaje Disney. «Bueno, pero tienes que consumir algo», contestó el merluzo de Charlie. Un *¡la madre que te parió!* me salió del alma. «What?», dijo él. A ver quién era el guapo que traducía eso. «Mother», resumí yo, pero perdía toda la gracia, claro. Estaba hambrienta, pero, en ese momento, recordé que no llevaba dinero bajo el pijama. ¡¿Quién lleva dinero bajo el pijama?! De lo que no me acordaba era de cómo coño se decía en inglés *fiar* y, mucho menos, *lavar los platos por no pagar*, que era lo que diría el jefe de Charlie, otro imbécil, en breve. Desde luego, no estaba nada contenta con el curso intensivo de inglés que estaba haciendo en la academia Nothing of Nothing con su profesora, *miss Mary*. Desde luego, no preparaba para las cosas importantes de la vida, como los tornados o los gilipollas, sin ir más lejos.

A esas alturas de la historia, en la cafetería todos callaban y prestaban atención: el niño de siete años había dejado de mamar y la criatura escuchaba con manifiesto interés mientras se zampaba una ración de patatas fritas; la madre, concentradísima en la historia como estaba, había olvidado meter el pecho en el interior de la blusa; el camarero se debatía entre el relato y la teta de la madre; y las dos ancianas no paraban de mojar churros en diferentes tazas (una de ellas hacía rato que necesitaba ir al baño, pero se negaba a abandonar el puesto).

—Al final me tocó fregar, claro —prosiguió Mencía—, menudo era Charlie. Los platos, por el viaje; el suelo, a cambio de un miserable trozo de *pizza* hawaiana; y los baños, por la llamada telefónica que hice a Arthur para que me recogiera. Además, mientras fregaba, no dejaba de mirarme el culo, el muy...

—¡Son todos iguales! —dijo Vanesa.

—¡Qué asqueroso machista! —protestó Ascen.

—¡Sí, todos iguales! —repitió Diana.

—Mujer, es que tú tienes un culo bonito —dijo la tonta.

Todas callaron y movieron la cabeza en dirección al culo de Diana. El camarero asintió desde

la barra.

—Mirad ese que entra —comentó Vanesa, rompiendo la quietud.

—¡Jo, qué bueno está!, ¿no? —dijo la anciana que se estaba haciendo pis desde hacía buen rato.

—Esos bíceps y ese culito son de gimnasio, seguro —exclamó una voz un par de mesas más allá.

—Igualito que el de Richard Gere en *Oficial y caballero* —dijo la madre con la teta fuera.

—¡Es verdad! ¡Clavadito!

—¡Vaya culo bien puesto!

—Ahí hay miles de sentadillas.

—Bueno, chicas, sigamos. Os estaba hablando del asqueroso machista ese que me miró el culo. Pues bien, cuando el tornado pasó (que tampoco fue para tanto, no creáis; esta gente no sabe lo que es el aire de los Llanos de Albacete), Arthur y yo tuvimos una conversación muy seria en el balancín del porche de la casa de su madre y decidimos que nuestra relación no tenía ningún futuro.

—¿Cortaste? —preguntó Diana.

—En realidad, cortó él —confesó Mencía, algo sensible al tema.

—¡¿Él?! ¡Será cabrón! —balbuceó Vanesa.

—Bueno, las cosas como son, un poquito de razón tenía. Arthur dijo que no compartíamos los mismos valores (creo que aludía a Goofy) ni tampoco las mismas cosas importantes.

—¿A qué se refería? —preguntó el camarero, que, definitivamente, se había decantado por el relato en vez de por la teta de la madre.

—Olvidé que su madre estaba en casa durante el tornado.

BRAGAS HUIDIZAS

—Me quité las bragas lentamente —comentó Vanesa mientras encendía un cigarro eléctrico—, al ritmo de la canción que sonaba de fondo en el tocadiscos. La verdad es que Los Panchos no pegaban mucho, pensé en cuanto oí las primeras notas, pero él era, eso me dijo, de ascendencia mexicana, y el Trío Los Panchos le ponía.

—A mucha gente le ponen los tríos —dijo la tonta.

—¿Qué canción era? —quiso saber Mencía.

—*Solamente una vez.*

—Mal título. —Esta vez fue Diana la que comentó la jugada.

—Malo, sí. En ese momento, debí pensar que era premonitorio, pero una no acaba de hacer caso a las intuiciones y así nos luce el pelo.

—Bueno, sigue —animó Diana.

—¡Hum!, ¿dónde estaba?

—Con las bragas en las manos.

—Eso —confirmó Vanesa—. Las apreté dentro de mi puño con fuerza y se las lancé a la cara.

—¡Qué guarra! —exclamó Ascen.

—Fallé.

—¡No jodas!

—Sí, hija. Por poco, pero fallé. Pasaron rozando su cabeza. Le quité la raya del pelo, y hasta el peluquín salió volando en persecución de las bragas.

»Él se agachó lo más rápido que pudo y las cogió. Bueno, primero se puso el peluquín y luego las cogió. Cuando le vi estrujándolas con esas enormes manos de camionero bosnio... Yo no sé qué hormiguo me entró en el cuerpo.

—Pero ¿no era administrativo en un banco? —preguntó la tonta al oído de Diana.

—¡Pssst!, será una metáfora.

—¡Ah!

—Con toda la pasión del mundo concentrada en mi rostro, le dije: «¡Sorpréndeme, machote!».

Se hizo un silencio en el grupo. Ninguna de las amigas se atrevía a decir una sola palabra, nada que pudiera cortar el hilo de la historia.

—¿Y? —preguntó por fin Diana, ansiosa por conocer en las experiencias ajenas algo que la ayudara a encontrar a su *machote*.

—Pues que el muy gilipollas me las lanzó con tal torpeza que se fueron a la calle por la ventana.

—Bueno, sorpresa, lo que se dice sorpresa, sí que fue, ¿no? —dijo la tonta.

—¡Eran mis mejores bragas y las más caras!

—¡Nooo! ¿Las de encaje?

—Esas mismas.

—¡Nooo! —gritaron todas a la vez.

—Se ve que el bosnio no entendía de bragas —caviló la tonta (todo lo que una tonta puede cavilar. *El autor*)—. Igual allí no hay bragas.

—¿Y qué hiciste?

—Lo que toda mujer sin bragas debe hacer: me puse lo más rápido que pude mi bata de guata...

—¿La roja?

Vanesa asintió.

—Y bajé a buscarlas corriendo como una loca. Cinco pisos después y sudando de la cabeza a los pies (aquellas bragas negras se merecían eso y mucho más) me encontraba en la acera.

—¡Qué pundonor el tuyo, hija! —exclamó Mencía.

—Ya me lo decía mi abuela: «Si has de perder las bragas, que sea por un buen motivo; si no, que no te las quiten ni con una radial».

—¡Qué mujer más sabia tu abuela!

—Era otra generación.

—Bueno, el caso fue que la mala suerte quiso que las dichas bragas cayesen sobre el techo de un taxi y quedasen enganchadas al extremo de la antena. Justo cuando salía del portal vi cómo una pareja con dos niños se metía en el taxi y este partía veloz hacia su urbano destino.

—¡Qué bien narra! —le susurró la tonta a Diana con admiración.

—¡Pst!

—Corrí tras él gritando, desesperada y fuera de mí. El taxista no paraba porque ya estaba ocupado y yo le veía cómo miraba por el retrovisor con cara de «¿Qué coño querrá esa loca?». Por fortuna, un semáforo en rojo se alió conmigo y, aprovechando la obligada frenada, me lancé sobre el coche y agarré mis bragas igual que un pobre agarraría un fajo de billetes de quinientos. De esos violetas —aclaró al ver la cara de ignorancia de sus amigas, excepto Mencía, que ya desde bien pequeña veía a su padre esconderlos entre los libros de la biblioteca—. La fortuna no quería sonreírme, la muy hija de puta, y la bata de guata se enganchó con el limpiaparabrisas a la altura de la pechera. Consecuencia: se me salió una teta que se vio estrujada sobre el cristal...

—¿La operada? —preguntó Ascen.

—Las dos son operadas, querida —respondió Vanesa, algo molesta.

—Claro, claro, perdona.

—La cara del taxista era un poema, pero la de la señora, el marido y los dos niños no os podéis hacer idea. El más pequeño empezó a llorar. «¿Por qué llora?», preguntó el hermano algo mayor. «Tiene hambre», exclamó el padre sin apartar los ojos de mi teta antes de casi caer fulminado por la mirada de la madre del niño, es decir, su esposa, que con la velocidad del rayo se sacó su propia teta para dar de comer al hambriento infante, al que, al ver tanta acumulación de alimento y tan a mano, le entró un hambre atroz, rayando la glotonería, y la criatura comenzó a mamar como si no hubiera un mañana. Me sonaban muchísimo la cara y la teta de aquella mujer. Tardé unos segundos hasta que recordé que la había visto en la cafetería no hacía mucho, ¡y también con el pecho fuera! Que, por cierto, nada que ver con el mío.

El taxista, al verse rodeado de tanto pecho, dudaba si mirar hacia delante o por el retrovisor, pues el paisaje era similar y, por no desaprovecharlo, ni pestañeaba. Lástima, pensó mientras tomaba una curva cerrada, su amigo Teodoro no creería una sola palabra cuando se lo contara por la tarde en el bar durante la partida de dominó.

—Por fin —continuó Vanesa—, me pude quitar el limpiaparabrisas de la bata y me despedí del taxista y de la simpática familia con una amplia sonrisa. No estoy segura, pero juraría que el marido me tiró un beso disimulado aprovechando el cambio de pecho de su señora esposa. Cuando subí a casa, antes de abrir la puerta, escuché que sonaba *Ya es muy tarde*, también de Los Panchos.

—Mal título.

—Malo, sí. El muy gilipollas, nada más verme, me dijo que tenía prisa y que teníamos que acabar. «¿Acabar?», pregunté yo con los brazos en jarras, una teta fuera por el roto en la bata de guata roja y esa voz de verdulera que me sale a veces cuando me cabreo.

—Sí, la conocemos bien.

—Lo demás ya podéis imaginarlo: que si vete de una puñetera vez (eso, yo), que si no entiendo qué te han hecho a ti Los Panchos (eso, él), que si a ver si os calláis (eso, el vecino), pues que sepas que la guata ya no se lleva (eso también él, y me hizo daño).

—¡Qué cabrón el bosnio!

—Sí, eso sí que me dolió. El muy gilipollas..., ¿qué sabrá él de batas? Como veis —continuó Vanesa—, la velada no fue lo que esperaba, pero... ¿tú que hubieras hecho?

—Yo —dijo Diana— es que no tengo discos de Los Panchos, pero te aseguro que voy a guardarlos todos, porque alguno creo tener de Pimpinela y hay una canción que se titula *Qué ganas de no verte nunca más*. Por si acaso.

—Muy erótico no es —apuntó la tonta, esta vez con buen criterio—, pero, con la mala suerte que tienes, igual le das uso.

YO ANTED EDA GUAPA

La verdad es que aquel programa que se llamaba *Yo antes era guapa*, por el que desfilaban personas que habían pasado por algún tipo de cirugía estética con escaso éxito o que se habían puesto en manos de auténticos manazas del bisturí, tenía algo que enganchaba. El mal ajeno siempre atraía, claro, pero había algo más. Quizá fuera esa sensación que quedaba, al final del programa, de aceptación de la arruga, de tolerancia a esa tímida lorza incipiente y a ese entusiasta michelín que empezaba a asomar y que ya ninguna blusa era capaz de tapar, ni siquiera las que no eran ceñidas.

El caso era que a Diana le encantaba y siempre que podía lo hacía coincidir con la plancha, una actividad que odiaba, pero que se le pasaba volando viendo las penalidades ajenas y las chapuzas de los facultativos de turno.

«No me opero ni de coña», se juraba con la determinación de un samurái mientras ponían los anuncios y corría hacia la basura para tirar (en el recipiente destinado a papel, por supuesto. *El autor*) el montón de publicidad sobre *lifting* facial, blefaroplastias, rinoplastias, otoplastias, abdominoplastias, inyecciones de colágeno y liposucciones varias que había acumulado en las últimas semanas y reposaban en el revistero. De pronto, todas esas palabras sonaban amenazantes y ni siquiera las tetas de su vecina —la asquerosa del tercero; sí, la de los treinta y pocos— le parecían ya tan perfectas y tan turgentes (bueno, turgentes quizá sí).

«Yo anted eda guapa», decía entre lágrimas e hipos la mujer invitada esa noche al programa, Candelaria Sereno. Bueno, o eso creían haber entendido los espectadores, porque en realidad aquellos labios del tamaño de una banana cubana no le dejaban pronunciar con demasiada claridad, en especial las erres y ni que decir tiene de los fonemas labiales. Que ya ni el perro le hacía caso, decía la pobre. Se refería al pedazo dóberman de cuarenta kilos que llevó al programa y que tenía acojonada a la presentadora y a los dos cámaras. Al parecer, acostumbrado como estaba el chucho a obedecer a base de silbidos, desde la nefasta operación no hacía ni caso a aquellos sonidos tibios que apenas salían de los labios de su ama. Él, que de por sí era de naturaleza algo violenta, se había comido ya tres caniches en el parque mientras su dueña se desgañitaba intentando que el aire que salía de entre sus belfos se pareciera mínimamente a un silbido de los de antaño. Nada, esfuerzo baldío. Ya nadie quería sacar a sus perros cuando ella estaba en el parque, claro, y aquel *bullying* canino les estaba afectando a ambos. A ella, porque se sentía sola y desplazada en el ahora solitario parque; y al perro, porque había engordado doce kilos («Los caniches no son precisamente comida de régimen, señora», le dijo el veterinario) e iba camino de engordar otros tantos si la mujer no recuperaba el silbido, porque aquel perrazo no tenía pinta de hacerle ascos a ninguna raza.

Por el programa no solo pasaban mujeres; también algún que otro desgraciado varón pululaba por allí, víctima del atropello de algún matarife disfrazado de galeno.

Ese era el caso de Desiderio Pajero.

El hombre, que a lo largo de su juventud había sufrido lo que nadie sabía en forma de escarnio y burla a causa de la cortedad de su miembro viril, contó que, tras ver en una página de Internet (no dijo cuál) publicidad sobre cirugía de aumento de pene, se decidió a llamar a aquella clínica

que parecía tan seria y tan limpia. Él, afirmó, era una persona muy aseada (la verdad es que llevaba el borde de las mangas y el cuello de las camisas que daba gusto verlos).

Que si era cuestión de alargamiento o de engrosamiento, quiso saber Puri, la entrevistadora, visiblemente interesada, mientras paseaba la vista de los ojos de Desiderio a la extraña túnica blanca que vestía.

—Incremento del pene en general, visible en longitud y grosor —respondió Desiderio, y Diana casi se quema con la plancha.

—¿Cómo lograrlo? —Esta vez fue Alexis quien preguntó.

Alexis era el otro periodista que presentaba el programa junto a Puri, que también parecía interesado. Al parecer, lo de la burla y el escarnio estaba más extendido de lo que se creía.

—Gracias a una novedosa técnica llamada EEP (*Enlargement of Erectile Penis*). Bueno, eso es lo que me prometieron en la clínica —dijo Desiderio—. Gracias a esa técnica —continuó el invitado al programa mientras en el plató se hacía un silencio inusual. Se había ganado toda la atención del público, en especial de las señoras, lo cual no dejaba de ser curioso, porque no parecía que fuese un problema que las afectase— me aseguraron que lograría un sustancial incremento, tanto en reposo como en erección, de mi... —Desiderio se señaló con el índice sus partes—. ¿Se puede decir *polla* en televisión? —preguntó mirando hacia Puri.

—¡No! —gritó la presentadora.

—¡No! —gritó Alexis.

—¡Oooh! —murmuró el público.

—¡Grrr! —gruñó el chucho de Candelaria.

—Pues entonces, diré *pene* —continuó Desiderio.

Puri, Alexis y el público resoplaron. El perro no, claro. El muy cabrón siguió gruñendo.

—Señor Pajero, háganos de esa técnica, por favor —dijo la entrevistadora.

—En primer lugar —contestó Desiderio, que esperaba la pregunta—, se libera el ligamento suspensorio del pene (lo cierto es que se veía que la llevaba bien preparada); después, para dar pie a una mayor longitud en erección, se aporta piel sana mediante un colgajo.

Muchas personas de entre el público —sobre todo hombres— torcieron el gesto al oír esa fea palabra: *colgajo*. De hecho, se pudo escuchar otro «¡Oooh!» generalizado.

—Por último —continuó Desiderio—, se logra incrementar el grosor gracias a la lipotransferencia de células madre parenquimatosas.

El entrevistador no había entendido nada, por supuesto, pero no pensaba dejar marcharse a Desiderio sin verle el pito. También él había sufrido el escarnio y la burla en su época escolar, y él, a quien le encantaba el baloncesto, hubo de abandonarlo por no pisar más los ingratos vestuarios del instituto.

—¿Qué fue, señor Pajero, lo que le animó a ponerse en manos de esta clínica en concreto? —preguntó Alexis, bolígrafo en mano.

—Las fotos —contestó rápido y sin sombra de duda.

—¿Qué fotos? Díganos, por favor. Nos tiene en ascuas —dijo Puri algo dramática, mirando hacia la cámara número 2, algo alejada ese día por culpa del perro.

—Una de las enfermeras me mostró una foto del antes y el después de un paciente que había pasado por sus manos, por las del doctor quiero decir. Era un caso real de alargamiento y engrosamiento de pene. La expresión de su rostro fue lo que me animó a tomar la decisión.

—¿Qué cara tenía ese cliente, Desiderio?

—No, la del cliente no, la de Viviana, la enfermera, mientras contemplaba aquellas fotos.

—¡Ah! —contestó Alexis. Después de eso, se dijo, aquel hombre no salía de allí sin enseñarle sus partes pudendas.

—Al día siguiente les envié el formulario y dos fotografías tipo carnet: una de frente y otra de perfil. Esto fue lo más complicado.

—¿Por qué? —preguntó Puri, extrañada.

—No resulta nada fácil hacerse una foto del pene subido a una banqueta que da vueltas en el interior del fotomatón.

—Ya me hago cargo —dijo Alexis, pensativo.

—Hasta cuatro veces me caí y de dos me libré porque me agarré a la cortinilla.

—Bueno, pero aquí está usted, Desiderio —apuntó Alexis—, en nuestro programa, ante nuestra querida audiencia. ¿Por qué? ¿Cuál es su queja?

—Un problema administrativo, adujeron ellos. Que si un papeleo mal gestionado, que si un fallo del ordenador, que si se fue la luz... Mil excusas pusieron. Lo que importa es que, el día de la intervención, al doctor le dieron una ficha equivocada y...

La cámara número 1 enfocó el par de lágrimas que caían, lánguidas, por las mejillas de Desiderio Pajero.

—Concretamente, la otra ficha era de una tal Amalia Borceguí —indicó Pajero, apenado—. Desconozco cómo se encontrará esa señora ahora, ni el calvario por el que estará pasando, pero mírenme a mí.

En ese momento, Desiderio Pajero se levantó de su asiento, desató lentamente la túnica blanca que vestía, tipo Demis Roussos, y mostró a las cámaras (que ahora sí que se acercaron a pesar del perro) dos hermosos y turgentes pechos (no tipo Demis Roussos, sino tipo la señora de este). Las pantallas del ochenta por ciento de los televisores del país se habían llenado de pronto con las dos tetas de Desiderio (que automáticamente dejó de ser deseado, claro). Ni siquiera las de la asquerosa del tercero eran mejores, pensó Diana antes de exclamar un «¡Que se joda!», que le salió del alma y que hizo que se quemara un dedo con la plancha.

Los ¡ohhh! del público no se hicieron esperar. Unos de admiración, otros de cierta decepción (en especial, dos señoras de la primera fila con caras de pelanduscas). Alexis se levantó de su asiento de forma dramática, tirando los papeles de la entrevista al suelo. Ya no había razón para ver el pito de Desiderio esa tarde. Puri, sin embargo, se prometió a sí misma que no volvería a su casa sin antes haber dado un buen apretón a las tetas de aquel hombre y pedirle el teléfono de la clínica. Mientras, a Candelaria Sereno, la otra entrevistada, la dueña de Atila, hacía buen rato que nadie le hacía caso (sus labios bananeros estaban muy lejos de despertar tanto interés como los pechos de Desiderio), pero ella aplaudía con entusiasmo al ver que había casos peores que el suyo (ya se mencionó unos párrafos más arriba que el mal ajeno tenía mucho tirón en este país. *El autor*) y decía cosas a unos y a otros, pero nadie la entendía.

—Pero ¿y de lo otro? —quiso saber Alexis, que no era hombre que se rindiera con facilidad.

—Lo otro sigue como la capucha de un boli Bic —contestó Desiderio Pajero, visiblemente consternado.

—Pues sepa usted, señor Pajero —dijo la presentadora cuando los ánimos en el plató se calmaron—, que no es el único que ha sufrido en sus carnes este tipo de desgracias y avatares. Me pasan mis compañeros de redacción este reportaje escrito que dice que en los Estados Unidos un hombre llamado Arthur Littlething ha solicitado al hospital donde fue intervenido que se revierta la operación. Vamos a ver esas imágenes, compañeros —comentó, haciendo una señal a

los de realización, a quienes llamaba compañeros en público y de todo en privado, la muy tirana —. ¿Sí? Adelante, compañeros —repitió, esta vez con cierta impaciencia.

«Yo solo quiero que me dejen como estaba», repetía un hombre de mediana edad una y otra vez a las puertas de lo que parecía un tribunal.

Al parecer, el hombre, organista de profesión en la iglesia evangélica de los Hijos del Evangelio en Pensacola (Florida), mientras ensayaba en el órgano recientemente traído desde la ciudad de Heidelberg en Alemania, fuera por los nervios, fuera por la novedad del enorme instrumento, algo hizo mal con la tapa que provocó, para su desgracia, un accidente que le hizo perder el pene (perder, se entiende, en el sentido de daño irreparable del miembro, porque el pene, de hecho, apareció debajo del taburete donde ensayaba, pero en un estado francamente malo).

«Ha perdido el órgano por culpa del órgano», repetían nerviosos y atribulados al llegar al hospital los de la ambulancia a los facultativos, que se miraban entre sí sin entender nada. De entrada, aquel trabalenguas no ayudó mucho y se perdieron minutos esenciales.

Tras varias explicaciones y treinta y seis horas de intervención quirúrgica, los médicos lograron trasplantarle el órgano de otro hombre (se entiende el órgano referido al pene y no órgano como instrumento musical). Se trataba de un reo de la prisión del condado que había fallecido ese mismo día. Tampoco resultó fácil cuando dos enfermeros enviados por el hospital se presentaron en la enfermería de la prisión solicitando el órgano del recluso donante.

«Que no toca ningún instrumento y menos un órgano», repetía incansable el vigilante encargado del conflictivo pasillo H, donde estaba la celda del número 2765, exluchador de lucha libre americana. Y mientras decía aquello, recordaba dónde acabó la flauta travesera de otro de los reos y lo difícil que resultó sacarla. No quería ni pensar en eso mismo pero con un órgano.

Que por qué deseaba regresar a ese estado de eunuco al que lo habían llevado el destino y aquella pianola gigante, preguntó el periodista al señor Arthur Littlething antes de entrar en la sala del tribunal.

—Es que, cada vez que me acuesto con mi mujer, tengo la sensación de que me la está pegando con otro —fue la sincera respuesta del organista (organillero, le llamó el ignorante periodista, que era, además, un inculto musical).

Como no podía ser de otra manera, el serio periodismo científico, siempre ávido de la verdad —la verdad verdadera, no la otra—, hizo que la cadena de televisión enviara un reportero hasta Pensacola (también era mala suerte lo mal que rimaba el nombrecito del lugar, pero cuando el destino se tuerce, se tuerce y no hay más), donde entrevistó a los simpáticos lugareños, vecinos, amigos y conocidos del organista accidentado que, huelga decirlo, desde el mismo día del accidente había sido víctima de escarnio entre sus correligionarios, que serían evangélicos, pero tenían muy mala leche, la verdad.

—Y a usted, señora, ¿qué le pareció eso de la operación? —preguntó el reportero (que era becario, claro, y aún no acababa de construir de manera brillante las preguntas).

—La envidia de Pensacola, oiga —dijo a la cámara una de sus amigas, también evangélica y, además, del coro.

—¡Cómo toca ese hombre! —dijo otra, con cara de pelandusca y que, al instante, se llevó un par de miradas de odio nada evangélicas: la de la esposa del organista y la de su amiga.

Diana acabó de planchar la última blusa, la rosa, la que había decidido llevar a su próxima cita. La levantó al aire, la observó y dejó escapar un suspiro:

—Miedo me da —susurró antes de doblarla.

¡OLÉ!

—Perdonad, chicas —dijo Vanesa, jadeante, nada más entrar en la cafetería—, es que vengo del juicio por la loca esa que vive encima de mi apartamento.

—¿La china? —preguntó Diana.

—Sí, esa. Se llama Chún-Darata —explicó Vanesa al resto— y toca el trombón en la banda municipal de música, y como trabaja en la tienda con sus padres hasta las doce de la noche, ensaya a las tantas la muy hijaputa.

—¿Y cómo ha ido? —preguntó Mencía.

—Bastante bien. —Vanesa pidió un café solo por señas—. Aún no había acabado la jueza la pregunta cuando ella empezó a gritar: «Ta loca la vecina. Ta loca...».

—¡Jo con la china!

—«Haga el favor de guardar silencio mientras yo hablo», la recriminó la togada dando golpes con el martillo de madera sobre la mesa. «Loca de lemate», insistía la china moviendo los brazos arriba y abajo y haciendo tales aspavientos que me pareció llegó a moverse el flequillo de la jueza. «Una cablona», gritó, señalándome con el dedo.

—Lo rápido que aprende esta gente las palabrotas, ¿verdad? —comentó Ascen.

—«Señora Chun... (la jueza tuvo que leer dos veces los datos del documento para cerciorarse del nombre de la china). Señora Chun Darata», acabó por decir la togada, cada vez más cabreada y levantando voz y martillo al mismo tiempo.

—¡Una jueza comunista!

(¿A que ustedes ya saben cuál de las cuatro amigas hizo la pregunta? *El autor*).

—«Ella levienta mi tombón a polazos», protestó la china sin dejar de señalarme. «¡Que se calle, coño!». La jueza estaba fuera de sí. «Luego ella tilal mi tombón patio interior, la muy cablona», no se amilanó la trombonista, que no estaba menos furiosa.

—Pues si chilla así, qué no hará con un trombón en la boca —apuntó Ascen.

—Por fortuna —continuó Vanesa—, la jueza vivía justo encima de una escuela de jazz. Más tarde, acabado ya el juicio, en un apartado, me susurró que odiaba el puñetero soniquete del saxo y entendió mis argumentos perfectamente. La china se fue a su casa con una buena multa, el trombón hecho añicos, dando patadas al aire y la numerosa familia tras ella (eso se sabía porque todos eran chinos y llevaban algodones en las orejas).

—¡Que se joda! —dijo Mencía, que no hablaba mucho, pero que era muy firme en sus palabras.

—¡Eso, que se joda! —Esta vez fue Ascen.

—Bueno, chicas, pero dejemos de hablar de mí y vamos a lo importante —exclamó Vanesa dirigiéndose a Diana—. ¿Ya has encontrado a tu príncipe azul?

Diana sonrió, bebió un sorbo de café y calló un instante.

En realidad, estaba desesperada. Hasta el momento, todas las citas, todas, habían sido un auténtico desastre. Empezaba a pensar que el problema estaba en ella. A pesar de lo que decía Vanesa, no creía que existiera una media naranja esperándola, y mucho menos un príncipe azul. Ni siquiera azul clarito. Aquella aplicación, MÉTHER, basada en un algoritmo (eso le habían

dicho), era un timo, un engañabobos para que ninguna mujer cayera en la desesperación por no encontrar un hombre con el que compartir su vida. En el fondo, qué poco habían cambiado las cosas, pensó mientras pedía a Jacinto otro café con un leve gesto de barbilla. «Como no espabiles..., a vestir santos, como tu tía Encarna», le repetía su abuela. Había llegado a la triste conclusión de que la gente se emparejaba simplemente para no estar sola. Después venía el día a día, el tirar hacia delante, la inercia, el acostumbrarse al otro, el hacer tuyas sus manías. Lo importante era encontrar a alguien con quien hacerse vieja, hasta ese instante en que, mientras paseas con tu anciana pareja de la mano, las parejas jóvenes te miran con candidez. Sabes que están pensando que el amor eterno existe, pero tú sabes que, en realidad, vas de la mano para no caerte. ¡No es amor, queridos, es inestabilidad!

—Bueno, di, ¿qué tal? —insistió Vanesa ante el ensimismamiento de su amiga.

—Voy de mal en peor.

—¡No desmayes, Diana, no desmayes! —la animó Mencía.

—Una prima mía se desmayó y luego murió —dijo la tonta.

—Desde luego, eres un hacha dando ánimos, querida —la regañó Vanesa.

—Es que el último fue de lo peor —comenzó a contar Diana—. Me invitó a un tablao. A mí no me gusta el flamenco, ya sabéis, pero insistió tanto que no pude negarme. Parecía un hombre muy impetuoso, pura testosterona, y a mí, la verdad, me gustan más los sensibles, los que lloran de vez en cuando, tampoco mucho, claro; de esos que te hablan de sus sobrinos... Y este era más tipo..., ¿cómo decirlo? —Diana se llevó la mano a la barbilla para pensar.

—¡Tipo machote! —exclamó Vanesa, a quien los llorones le gustaban poco, poco.

—Sí, exacto —confirmó Diana.

—¿A qué se dedica? —quiso saber Mencía, siempre tan práctica.

—Me dijo que había tenido hasta no hacía mucho una empresa de desalojo de okupas que se llamaba El Garrote Vil, pero que la había vendido porque le aburría hacer todos los días lo mismo. «Dar de leches a la gente acaba hartando, ¿sabes?», dijo con toda normalidad mientras se tomaba un doble de cerveza de un solo trago, seguido de un puñado de aceitunas.

—¿Con hueso o sin hueso? —preguntó la tonta.

—¡Ay, hija!, ¿qué importa eso? —protestó Vanesa.

—Es que me gustan las buenas descripciones. Enriquecen la historia.

—Con hueso. Lo recuerdo porque los escupió con fuerza y fueron rebotando hasta llegar al escenario. A punto estuvo después de pegársela una de las bailaoras cuando pisó uno de ellos.

—Un impresentable, vamos —comentó Mencía, a quien, como era orientalista, no le gustaban las aceitunas. Era más de té rojo, curri y cardamomo—. O sea que está sin trabajo —insistió, porque, ya lo hemos dicho, era una chica muy práctica.

—No, qué va. Al parecer, con el dinero de la venta de la empresa de desalojos rápidos montó otra de desratización con métodos ecológicos y naturales.

—Ah, por lo menos le interesa la ecología y...

—Bueno, en realidad me dijo que aquello consistía en encerrar a una veintena de gatos en jaulas. Cuando llevaban seis o siete días sin comer ni un yogur y un par más bufando, se comían hasta las propias uñas, me aseguró. En ese momento, los transportaban hasta el local por desratizar y los soltaban en su interior. No dejaban ni un roedor vivo. En una ocasión, en una nave industrial de la periferia, se comieron a los dos *rottweiler* que vigilaban y dejaron magullado al de seguridad, que se salvó por los pelos.

—Menudo ecologista —protestó Mencía, amante de los gatos—. Seguro que quiso pagar él la

cena, ¿a que sí? Otro asqueroso machista de extrema derecha. —Estaba en una fase algo insoportable últimamente. Cuando tenía estos brotes marxistas-leninistas, sus padres solían llevarla una semana a Nueva York de compras. Aquello la ayudaba a centrarse.

(Es que las compras en Nueva York calman los nervios a cualquiera. *El autor*).

—Me jugaría lo que fuese a que en su casa no tiene peces ni pecera (una cosa no se entiende sin la otra, claro, pero llegar a esa conclusión y hablar al mismo tiempo sería demasiado pedir a Ascen. *De nuevo el autor*). He leído que la gente que tiene peces es paciente, tolerante y sosegada. Debe de ser porque mirar peces durante horas calma el espíritu.

—Pues no, la verdad es que muy sensible no parecía —continuó Diana—. Tras vender esa empresa («odio los gatos», me confesó) puso otra que se llamaba Luz y Labor.

—Mujer, qué nombre tan bonito, tan romántico y tan poético.

—Eso mismo pensé yo. «¿Cómo se te ocurrió?», le pregunté. «Porque en esa empresa se trabaja de sol a sol», dijo entre carcajadas y dándose sonoros palmetazos en los muslos.

—¡Qué cabrón! —Esta vez fue Jacinto, el camarero, quien saltó. Hay que decir que llevaba dos años sin subida y estaba muy sensible con el tema laboral.

—¡¿Cómo?! —preguntó Diana, con la indignación de un sindicalista.

—Pues eso —contestó él—, que, mientras hay luz, ahí se curra como mulas. Y al que no le guste..., ¡a tomar por culo! Y, además, sin contratos ni Seguridad Social ni pollas de esas. Todo más negro que el carbón.

Esta última frase la acompañó de un par de risotadas y otro par de palmetazos en los muslos.

—¡Será cabrón! —La que lo dijo fue Mencía, de espíritu neoliberal y tendencias socialistas, como sus hacendados progenitores.

—Bueno, continuo —dijo Diana—. Llegamos al tablao y había cola para entrar. ¿Acaso creéis que eso le detuvo? No, en absoluto. Dio tres empujones a un par de parejas coreanas que estaban los primeros en la fila, un billete de veinte euros al portero y entramos.

—Todo sutileza —comentó Vanesa.

—Nos sentamos y, nada más hacerlo, me miró fijamente a los ojos, me puso una manaza en la rodilla y dijo: «La tengo más dura que un moái de la isla de Pascua».

—Mira, por lo menos es culto —comentó la tonta.

—Pero ahí no se paró el poeta.

—¿Hay más?

—Lo hay: «Te voy a comer el chirri como si fuera un helado de macadamia, pero sin la macadamia», me soltó.

—¡Toma! Eso es puro Siglo de Oro español —exclamó Mencía, que era una chica muy leída.

—¡Qué guarro! —dijo una señora mayor cercana a su mesa.

—¡Qué dulce! —dijo otra algo más alejada, amante de los helados y con las pilas del sonotone a medio gastar.

—Lo que yo no entiendo es lo de la macadamia sin macadamia —comentó Ascen—. Digo yo que será por la glucosa.

—Sí, seguro, será por eso —contestó Vanesa—. Esta tía es gilipollas —susurró al oído de Diana—. Me pone enferma.

—Aquella cita tampoco iba a funcionar, me dije —comentó Diana a sus amigas tras un suspiro profundo.

—«Espero que no pienses que voy muy deprisa», me dijo a continuación. «Es que yo soy un hombre..., hombre. Ya sabes: de los de antes».

—Sí, de los de antes del Cuaternario —dijo Mencía con los rojos enrojecidos por la rabia.

—¡Qué tarugo! —dijo la tonta.

—Pues a mí me recuerda al toro de Osborne. —Esta vez fue Vanesa la que habló y no quedó muy claro entre la concurrencia que el tono fuera de desprecio.

(En cualquier caso, estaba claro que el tiempo del macho, macho, había muerto. Era el tiempo de los sensibles y un poquito llorones. Esos eran los que ahora se llevaban el gato al agua —la gata en este caso—. *El autor*).

—De pronto —prosiguió Diana—, los focos se concentran en el guitarrista sentado al fondo del escenario. Apenas habían empezado a sonar las primeras bulerías, o malagueñas, o lo que fuese aquello, apareció un niño en el tablao. Tendría unos doce años y era rubio como un vikingo. Camisa blanca con cuello de pico, pantalón negro... Parecía un John Travolta de *Fiebre del sábado noche*, pero en enano. Daba un poquito de grima, la verdad. De repente, empezó a taconear como un loco con los brazos en alto.

—Ni cuatro taconazos dio la criatura cuando mi acompañante gritó: «¡Niño, coño, vete de ahí!». Imaginad. Yo, muerta de vergüenza.

—Pero ¿estaba borracho?

—No lo parecía, pero ya se había tomado cuatro dobles de cerveza. Cada uno de un trago —contestó Diana.

—Ese hombre no tenía garganta, tenía una alcantarilla en la boca —apuntó Ascen.

—«¡Que te vayas, chaval!», vociferó otra vez. «¡Pssst!, por favor», le dije, intentando que no metiera más la pata. Ya se podía oír el murmullo de algunas mesas atrás. «Pero ¿no ves que no sabe bailar? Mírale, si no tiene ritmo el muy cabrón —insistió—. Seguro que es extranjero». «¡Calla, por favor!», le rogué sin éxito. «¡Ese rubio que se vaya a tomar por el culo! —bramó con rabia, lanzando al escenario unas cuantas olivas—. Seguro que es ruso», añadió Francisco, que era como se llamaba el cavernícola. El nombre, me contó, se lo había puesto su padre, que se llamaba Antonio José, pero que había luchado en la División Azul. Se levantó la manga de la camisa y mostró un enorme tatuaje en el antebrazo con el dibujo de dos tanques y una metralleta disparando sobre Lenin. Le reconocí por la perilla y el bigote.

—¡Vaya espectáculo! Pobrecilla —se lamentó Mencía.

—Pues sí, la verdad. Muy desagradable.

—¿Y cómo acabó aquello?

—Pues ni idea —contestó Diana—. Yo me fui cuando el guitarrista le estaba propinando el tercer golpe en la cabeza con la guitarra hecha ya añicos. Parecía un roquero de Metallica destrozando la eléctrica contra el suelo. Resultó que era el padre de la criatura y llevaba muy mal lo del color rubio del pelo. No en vano él tenía el pelo negro como el carbón, y su esposa, una de las bailaoras, era una guapa morenaza que no os podéis ni imaginar. Aquellas negruras se ve que traían al guitarrista por el camino de la amargura, y el hombre alguna duda tenía sobre la paternidad del rubiales, duda que tampoco fue por completo satisfecha por las explicaciones del doctor Astas, ginecólogo de su señora y rubio como un querubín.

—Tampoco el apellido del galeno era como para confiar, la verdad —dijo la tonta, esta vez con bastante acierto.

—El caso es que el guitarrista, que no se acababa de creer aquello de las leyes genéticas de un tal Mendel, descargó toda su furia y frustraciones en la cabeza de Francisco.

—¿Y allí lo dejaste?

—Allí mismo —contestó Diana—. Descalabrado en mitad del tablao y recibiendo por todos

lados. Le pegaba el guitarrista, que había cambiado de guitarra (a la otra no le quedaban ni las cuerdas), le atizaba el niño rubio, que sería pequeño, pero pegaba patadas en las pantorrillas con saña de adulto y dejó a muchos atónitos, en especial a las dos parejas coreanas, que, finalmente, habían entrado y se lo estaban pasando de miedo haciendo un sinfín de fotos; y zurraba también la madre del serafín, la cordobesa, que era de mucho pegar ella, y lo hacía con el tacón de uno de sus zapatos.

—Pues esa gente, acostumbrada a taconear, sabe lo que se hace con los pies —comentó la tonta, que ese día parecía estar más lúcida que de costumbre.

—Allí —continuó Diana— la única que no atizaba era una bailaora entrada en años, con moño blanco y profuso bigote, que contemplaba la escena desde una esquina mientras daba palmas y gritaba: «¡Dale, niño! ¡Ay, dale, dale!». Esa mujer sí que sabía cantar.

—Bueno, por lo menos aburrirte, lo que se dice aburrirte, no lo hiciste, ¿no? —preguntó Ascen.

—¡Lo pasé fatal! —comentó Diana, cariacontecida por sus repetidos fracasos.

—¿Te ha vuelto a llamar? —quiso saber Mencía.

—Sí, pero le dije que somos incompatibles, que ni me gusta el cante jondo ni las aceitunas. Esto último le pareció una traba insalvable. Dijo algo así como que era una cosa muy nuestra, muy patriótica; que no comer olivas era de rojos, gritó, y colgó. De verdad, chicas, me parece que esto no es para mí —concluyó Diana con cierto tono de pesimismo, refiriéndose a MÉTHER.

—Pues claro que es para ti, cariño —se apresuró a intervenir Vanesa, que veía cómo su amiga se desesperaba por momentos—. Esto es para ti, para mí y para todas; lo que ocurre es que hay muchos gilipollas y, en ocasiones, tienden a concentrarse, pero alguno habrá que te merezca, ya lo verás.

—¿Algún gilipollas? —preguntó, cínica, Diana.

—Tú ya me entiendes. No es tan difícil.

—Bueno, en realidad —apuntó la tonta—, hace poco leí en una revista un artículo que decía que el noventa y siete por ciento de los hombres que se apuntan a estas aplicaciones lo hacen para follar, y el resto, solo un tres por ciento, para encontrar pareja seria. Es decir, debe de haber solo tres tíos en toda esa web que quieran algo serio.

—Gracias, cariño —contestó Diana—. Tú sí que sabes levantar la moral en los peores momentos.

—De nada —respondió Ascen con esa cara entre inocente e idiota que solo ella y alguna que otra persona más en el universo (muy muy pocas) sabían poner.

—Esta tía es gilipollas —murmuró Vanesa—. De verdad que no puedo con ella.

—¡Pssst! Calla —la recriminó Diana.

LA JAPUTA (¡OIGA, Y ES UN PESCADO!)

—Perdonad el retraso, chicas —se excusó Diana—. Es que Madrid está de locos con esto del Día del Orgullo Gay. Venía andando por la Castellana y a un policía no se le ha ocurrido otra cosa que decir por el megáfono: «Atención, por favor, todos los de la acera de enfrente crucen la calle». No podéis ni imaginar el tumulto y el caos que se ha organizado con cientos de personas cruzando a la vez.

Las tres amigas rieron con ganas.

—«¡Japuta!» —exclamó Diana nada más sentarse, causando gran sorpresa y ganándose la atención de las presentes.

—Hija, qué forma de empezar la reunión —dijo Vanesa, a quien casi se le cae el café a la falda por el exabrupto de su amiga.

—Pues eso mismo pensé yo cuando me dijo «¡Japuta!»: menuda forma de empezar la cita.

—¿Otro *rarito*?

—Otro.

—Mira que llamarte eso sin conocerte ni nada, el muy... —iba a protestar Vanesa.

—Bueno, en realidad —se adelantó a explicar Diana— no era ni un taco ni un insulto. Al momento me estrechó la mano muy educadamente y se presentó. «Ernesto Palometa», dijo que se llamaba, pero que, como a la palometa, ya sabes, el pescado, también la llaman japuta, así era conocido en el cole, con ese mote, y así se quedó: «el Japuta».

—¡Jo, qué fuerte! —exclamó Mencía.

—Por un instante me vino una imagen a la cabeza: yo, casada con ese hombre, y abriendo un sobre con una invitación de boda que decía: «Sra. de Japuta».

—¡Jo, qué fuerte! —exclamó esta vez Vanesa.

—Fueron unas décimas de segundo, pero supe que no podría volver a verle. Además, me llevé la mano a la nariz porque, de repente, me vino un olorcillo extraño que no supe reconocer, pero que me recordó al rodaballo con patatas a lo pobre que hacía mi cuñada en Nochebuena.

—¡Huy, qué asco! —exclamó Ascen, que en ese momento entraba en la cafetería y se incorporaba al grupo.

—Hola, Ascen, siéntate —la invitó Diana, mujer ella de buen corazón.

—Perdonad el retraso, chicas...

—¡No, mujer! ¿Retraso tú? —interrumpió Vanesa con una ironía a millones de años luz de la malicia de Ascen, lo que le hizo recibir un buen rodillazo por parte de Diana.

—¿Eh? Bueno... —continuó—. Es que vengo de ver a mi abuela en la residencia.

—¿Qué tal se encuentra? —quiso saber Diana.

—Cuando la dejé estaba con un grupo haciendo trabajos manuales con plastilinas, lapiceros y unas cartulinas de colores que cortaban con unas enormes tijeras de pescado. Cuando me despedí de ellos desde la puerta me saludaron con las manos, la mayoría con aparatosos vendajes en los dedos.

—Diana nos estaba contando sus peripecias de la última cita —comentó Mencía.

—«Yo vendo pescado y tengo pescadería propia en el mercado», dijo el Japuta con ese orgullo empresarial que suele llevar en la mayoría de los casos a acabar la frase levantando la barbilla y poner morritos.

—Pero ¿en el MÉTHER decía que era pescadero? —se extrañó Vanesa.

—¡Nooo! —aclaró Diana—. Claro que no. Decía que era empresario.

—¡Cómo confunden los muy cabrones! —exclamó Mencía con rabia feminista.

—La tienda se llama De la Mar el Mero —dijo el Japuta mientras pelaba una gamba con la destreza de un orfebre hindú.

—¡Caramba, qué nombre más original! —Diana pensó que, o decía eso, o decía lo de *y de la tierra el cordero*.

—Los vendo de mar. —Diana supuso que se refería a los pescados—. Nada de río. Los ríos son una mierda —dijo—. Y todos frescos fresquísimos, ¿eh? —recalcó con la tercera gamba en la boca. Diana pensó que, con esa pericia pelando crustáceos decápodos, o espabilaba o esa noche no se comía ni una gambita.

—Claro, frescos. No esperaba menos de ti —dijo—. ¿Y qué pescados vendes? —preguntó para que hablara y dejara de pelar gambas como si le fuera la vida en ello.

—Me gusta que me lo preguntes —respondió él, animado—. Tenemos atún, bacaladilla, bacalao, besugo...

—¡Huy, ese tiene muchas espinas! —interrumpió Diana, que empezaba a tener una buena media y atacaba una cuarta gamba (sin ponerle mayonesa, para no perder tiempo).

—El mismo, sí. También tenemos bonito, anchoa y boquerón, caballa, cabracho, breca, brótola, congrio, fletán, gallo, jurel, que mi abuela lo llamaba chicharro...

—¡Cómo son las abuelas!

—Lenguado... —continuó.

—Jamás imaginé que en el mar hubiera tanto pez distinto, pero ya veis —dijo Diana a sus amigas—. Siempre se aprende algo nuevo.

—Es lo que tiene conocer gente —dijo la tonta—. Igual novio no pillas, pero adquieres una cultura bárbara.

—Merlán, merluza, mero y palometa...

—¡Guau! —Diana se expresó tirando de onomatopeya para demostrar su admiración por la fresca memoria del Japuta, tan fresca como su pescado.

—¡Japuta! —continuó él.

—¿Perdona? —exclamó Diana, sorprendida. No acababa de acostumbrarse a la palabrita dicha así, tan a la cara.

—Sí, ya sabes: palometa y japuta son lo mismo. Pero yo, por lo de mi apellido que te conté, prefiero decir *japuta*. Me es más familiar —añadió.

—Claro. Es comprensible. —Diana se preguntó si a ese chico no le gustaría su amiga Ascen.

—Rape, pez espada —siguió imparable el Japuta—, que seguro que tú lo llamas emperador, ¿a que sí? —preguntó, animado.

—De toda la vida —asintió Diana, que ya no tenía ganas ni de gambas.

—Salmonete, raya...

Raya la que se habría metido ella en ese momento, pensó, con tal de aliviar el hastío y el dolor de cabeza que se le estaba levantando. Pero como, además, ella nunca había consumido esas

cosas raras, se limitó a pedir otra cerveza; esta vez con alcohol.

—Sardina, tiburón... —continuó el insufrible pescadero.

—¡Anda, como la película! —dijo Diana para hacer una gracia y con el morro lleno de espuma de cerveza.

—¿Eh?

No tenía mucho sentido del humor el pescadero, pensó Diana. Al parecer, todos sus dones se habían concentrado en esa prodigiosa memoria marinera que poseía.

—Y seguro que se me olvida alguno —dijo al fin el Japuta, acabando la lista cuando el camarero traía las dos tartas de queso.

—Bueno, hijo, tampoco te preocupes. Por uno o dos peces que falten...

—¿Eh?

(Que no, que no tenía humor el muchacho. Qué le vamos a hacer. *El autor*).

—Bueno, Ernesto...

—Llámame Japuta, por favor —interrumpió.

—Bueno, Japuta, pues muy bien —dijo Diana mirando el reloj de pulsera caro que se había puesto para la ocasión, junto con sus zapatos caros también—. Se ha hecho un poquito tarde y mañana seguro que tienes un millón de peces que vender y esas cosas...

—Pero me faltan los otros.

—¿Qué otros? —preguntó Diana, alarmada.

—¡Los de río!

—Si esos me has dicho que no los vendes —objetó.

—Pero también me los sé —contestó Ernesto, feliz y dispuesto a su enumeración, que bien podría llevarse la vida de Diana por un ataque de ansiedad—. ¡Camarero, un pacharán! —pidió para aclararse la boca, supuso ella.

—Que sean dos —gritó Diana, imaginando que en la carta no habría pistolas cargadas que pusieran fin a aquello.

—De todas formas, de río hay menos —aseguró el muy Japuta.

—Dios bendito —susurró Diana con el pacharán en los labios. Jamás pensó que le causaría tanta alegría saber que los peces de río eran poco numerosos.

—Allá van: ¡los de río! —exclamó él, alegre.

—Venga, que esos no llevan sal —fue lo único que la desesperación permitió decir a Diana. Después se bebió el pacharán de un solo trago y pidió otro con un gesto al camarero.

—Anguila, [carpa](#), [lamprea](#) y perca.

—¡Qué pocos!

—Espera, que ahora vienen los de piscifactoría.

«Me lo temía», se dijo Diana mientras se echaba al coleteo el segundo pacharán. De un solo trago.

—[Dorada](#), lubina, [rodaballo](#), [salmón](#), [trucha](#)...

—Lo que son mariscos —dijo Diana—, mejor ni los mientes, que soy muy alérgica —mintió.

—Diez minutos después, estábamos saliendo por la puerta del restaurante. Me acompañó a casa en su coche, que, por cierto, olía que daba asco a pescado —no sé si de mar, de río o de piscifactoría, pero olía—, y, nada más ponerme el cinturón de seguridad, mis rodillas empezaron a temblar enérgicamente cuando Ernesto me dijo que en el mismo mercado, un par de tiendas

más allá, su primo Sebastián trabajaba de carnicero. “Carnes rojas, blancas, de vacuno, de ave, de conejo...”.

»Cuando el Japuta llegó al conejo (en sentido figurado, claro), grité: “¡Nooo!”, y calló.

—Menos mal —dijo Ascen—, por fin un hombre que sabe lo que es un *¡no!*

—Bueno, ¿y cómo conseguiste levantarlo de la silla del restaurante y largarte de allí? —quiso saber Mencía.

—Tiré de manual —contestó Diana guiñando un ojo a Vanesa—: visita al baño, aviso de emergencia a la canguro para que, cinco minutos después (ni uno más), me llamara con voz de alarma diciendo que uno de los niños, el más pequeño de los tres (el *tres* hay que decirlo con fuerza para que suene con claridad y retumbe en la sala y se oiga hasta en las cocinas), ha vomitado los guisantes con patatas cocidas de la cena y, además, al perro se le ha soltado la tripa en mitad de la cocina. A continuación dices, con cara de madre responsable y mujer limpia y hacendosa donde las haya, que lo sientes muchísimo, pero que tienes que marcharte y que, por supuesto, si quiere puede ir contigo y tomar el cafetito en tu casa. En ese instante, no falla: el letrero luminoso que hay en sus ojos y que dice «Esta cae hoy» se apaga cuando dices que el cafecito os lo vais a tomar no en el salón, sino en la cocina. «¿En la cocina? ¿Donde el vómito?», preguntará él. «Sí, ahí mejor, para no despertar a los niños», respondes tú con cara de tonta. La velada ya está muerta. Como mucho, te acompañan a casa, pero subir, ninguno sube. Eso de imaginar el café cortadito con pestazo a vómito del niño no marida con el «Esta cae hoy».

—Nunca falla. Se lo he enseñado yo —dijo Vanesa, orgullosa y con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Bueno —continuó Diana—, eso y que te imaginen con los taconazos y el traje rojo bien apretado dándole a la fregona y recogiendo la mierda del perro. Eso es mano de santo. Esa visión cargada de erotismo y sensualidad no tiene parangón.

—¡Qué egoístas son todos! —dijo la tonta, indignada—. ¡Y tú ahí, recogiendo sola!

—Pero..., de verdad —comentó Vanesa al oído de Diana—, ¿de dónde habéis sacado a esta chica? ¿Tú sabes si tiene estudios?

—¡Psssst, calla! —la regañó Diana.

PLATAFORMA VECINAL

«A CORRER A TU PUTA CASA»

Mencía llegó esa tarde a la cafetería roja, sudorosa y enfadada.

—¡No hay quien viva en mi barrio! —exclamó.

Diana, Ascen y Vanesa se miraron sin decir una palabra: el barrio en cuestión era uno de los mejores de la ciudad y pijo hasta decir basta.

—Todos los domingos tenemos que soportar algún evento deportivo: carreras populares, Día de la Bicicleta, Día del Monopatín, Día del Amor a los Perros, Día del Amor a los Gatos, Día de las Embarazadas en Chándal... ¡Estamos hartos! Los ricos también tenemos un límite, aunque sea más alto —aclaró.

—¿Y qué vais a hacer?

—Hemos creado una plataforma que se llamará A Correr a tu Puta Casa, de la que, os adelanto, soy la presidenta. He encargado tres mil pasquines que se han repartido por los buzones y coches del barrio para acabar con las carreritas dominicales de los cojones.

A pesar de su muy esmerada educación internacional y políglota, a Mencía en ocasiones le salía (no lo podía remediar) esa vena chulesca y reivindicativa de su madre y que su padre no logró erradicar nunca. Se habían conocido en la universidad; en realidad, en la cafetería de la universidad. Él estudiaba Derecho y Economía en una privada, pero fue allí con un amigo y la vio; ella estudiaba Filosofía (que ya me dirán ustedes *pa* qué), llevaba fular con dibujos estampados y fumaba algún porro de vez en cuando.

—¿Por qué quería ser filósofa? ¿No quería trabajar? —preguntó Ascen cuando supo la historia, y lo hizo con esa inocencia tan suya.

—Pobre papuchi —comentó Mencía con un suspiro—. Qué solo se quedó cuando mamá se fue con aquel *hippie* gallego que tocaba la gaita en un grupo que se llamaba Falo Contigo. «¡Qué instrumento tan idiota y qué mal nombre para un cornudo, hija mía!», me decía con más pena que enojo. Nunca se lo perdonó.

—¿Que lo dejara? —preguntó Vanesa.

—No, que se fuera con el gaitero.

—¡Anda, como la sidra!

—Ya salió la tonta. Si no dice una gilipollez, revienta —comentó Vanesa.

—Menos mal que tres meses después volvió —continuó Mencía.

—¿Se acabó el amor?

—No, se acabó el dinero. Lo de los conciertos de gaita no acababa de cuajar y, según le dijo a mi padre, las horas de ensayo en casa eran horribles. «Un sinvivir», fueron sus palabras. Cuando una mañana él se despertó, abrió la ventana y vio la gaita flotando en la ría, fue el signo definitivo para cortar la relación.

—Bueno, continúa con tu plataforma —le pidió Diana.

—Lo cierto es que la plataforma parecía funcionar, al menos al principio. De hecho, la primera acción para reventar las carreritas dominicales fue un éxito rotundo. Más de trescientos vecinos bajaron a la calle una hora antes de que los corredores pasaran. Cada vecino llevaba debidamente

camuflada bajo el chándal (nadie tenía, claro, pero acordaron comprarse uno de marca esa misma semana) una botella de aceite de oliva virgen. Los había de todo tipo, pero la mayoría eran de picuales provenientes de los olivares nacidos a los pies de Sierra Morena, aceites intensos, persistentes y de fuerte aroma, pero a la vez delicados y sofisticados... En definitiva, unos aceites de calidad que, con el debido disimulo, vertieron sobre el duro y oscuro asfalto.

»¡Teníais que ver cómo caían los corredores! Grandes y chicos; hombres y mujeres; púberes e impúberes; pobres y paupérrimos... Todos se iban al suelo al llegar a nuestro magnífico barrio, cuyas aceras se llenaron de zapatillas de deporte desemparejadas, dorsales multicolores y botellas de agua semivacías...

—¡Lo que bebe esa gente no tiene nombre! —interrumpió Ascen—. A veces pienso si, como es gratis, muchos no correrán por beber.

La segunda acción de la plataforma, les contó Mencía, no tuvo tanto éxito. Ese domingo, los vecinos del elegante barrio decidieron salir con sus perros a la calle y soltarlos al paso de los corredores. En un principio, la idea funcionó: algunos perros, al verse libres de correas y ataduras, atacaron a todo el que corría o iba en chándal sin marca (algunos perros fueron entrenados para eso durante semanas). El griterío y el caos fueron notorios: rodillas, pantorrillas, espinillas se vieron mordidas y arañadas. Por el contrario, resultó todo un estímulo para los corredores más cansados, que, aun creyendo que no podían más, hicieron de tripas corazón y había que verlos galopar a lo largo de la Castellana como auténticos gamos con los perros detrás. Más de un récord se batió sin saberlo aquella mañana. Con lo que no contaban los ilustres vecinos fue con que, como el noventa y cinco por ciento de los perros del barrio eran de raza *teckel*, al acabar la barahúnda no hubo forma de saber de quién era cada perro. Hasta una semana duró aquel barullo, en el que los pobres chuchos tuvieron que convivir con familias desconocidas durante esos días y más de un falso dueño se llevó un mordisco.

—Tras esas experiencias —comentó Mencía— se contemplaron otras ideas, como sembrar de chinchetas y clavos el lugar de la meta o quemar contenedores al paso de los participantes. Esto lo propuso una vecina nueva que venía de Barcelona y ya traía la costumbre, pero nos vio la cara, y la mujer, muy prudente, no insistió. Al final decidimos contratar una *performance* de treinta y seis personas y las tuvimos dando vueltas al chalé del alcalde durante un mes. No podía ni meter el coche en el garaje, so pena de atropellar a alguna. Fue caro, pero efectivo. Al final, la plataforma A Correr a tu Puta Casa venció y se llevaron las carreras a un barrio popular cuyos vecinos, al parecer menos pacientes y algo más adustos, a la primera carrera matinal comenzaron a lanzar piedras y tiestos desde sus balcones a los corredores (la Policía municipal, incluso, llegó a contabilizar tres machetes y dos cuchillos de cocina). No contentos con eso, nos copiaron la idea de los perros, pero en ese barrio eran más de *rottweiler* y mastines que de *teckel*. Aquella carrera acabó en las urgencias del hospital con siete corredores con heridas leves y cinco municipales —que corrían mucho menos— con heridas graves. Bueno, pero dejemos de hablar de cosas banales y vayamos a lo importante: Diana, ¿cómo fue tu cita con el italiano?

—«Cuando vi tu foto y tu historia me dije: Separada, dos hijos, madre trabajadora... Esta mujer lleva sin echar un polvo una eternidad». Esta fue la presentación del merluzo que me tocó en suerte —dijo Diana, dejando con la boca abierta a sus amigas, a las dos señoras mayores de la mesa de al lado, que ya se habían convertido en fijas de las tertulias, y a Jacinto, el camarero—. ¿Qué os parece?

—Mujer, algo de razón, lo que se dice algo de razón, no le faltaba —comentó Vanesa.

—¡Hum! —asintió Mencía.

—¡Hum! —asintió Ascen.

—¡Hum! —asintió Jacinto.

—Sí, de acuerdo —Diana no podía rebatir lo irrefutable—. Tal vez algo de razón tuviese, sobre todo en lo del polvo, pero, en cualquier caso, no se pueden decir así las cosas, y menos en una primera cita.

—Bueno, al menos era italiano, ¿no? Me encantan los italianos y... —dijo Ascen.

—De Teruel, me confesó al poco.

—Pero MÉTHER decía... —Vanesa se sentía un poco responsable de los fracasos de su amiga. Al fin y al cabo, ella era quien más había insistido en usar esa aplicación.

—Sí, sí, lo sé, el dichoso MÉTHER decía otra cosa —interrumpió Diana—, pero aún estábamos en los *antipasti* y Fabrizio me reveló que, como era un enamorado de Italia y vivió y trabajó allí de cocinero, decidió cambiarse el nombre y...

—¡Vivió en Italia! —El entusiasmo de Ascen era real.

—Solo mes y medio.

—¡Ah!

—A duras penas sabía decir *ciao* —comentó Diana.

—Qué casualidad, hay un chef llamado Fabrizio que ha escrito... —empezó a decir Vanesa. Diana calló, sonrió y bajó la mirada.

—¡¿Qué?! ¿Es él? —gritó Vanesa.

—El mismo.

—Y, dime, Fabrizio —preguntó Diana cuando su acompañante le dijo que se dedicaba a la cocina—, ¿cómo fueron tus inicios en el competitivo mundo de la gastronomía?

—Y tan competitivo, ya lo creo —contestó él mirándola fijamente. Diana se percató de que tenía ojos de cigala: saltones—. A poquito que te descuidas, te comen. ¡Ja, ja, ja! —Rio con ganas su propio chiste, se atusó el pelo engominado con un peine de nácar y se llevó el puño a la barbilla. En su poco natural pose se notaba que aquel cuerpo tenía más horas de espejo que de fogón.

En realidad, Fabrizio Cantamattine, más conocido en su pueblo turolense como Jacobo García Espósito, era un cantamañanas de tomo y lomo que, durante el primer año de carrera universitaria de Medicina, lejos de asomar un solo pelo por clase, se dedicó a cocinar para sus seis compañeros de piso. Aquellos eran años difíciles y revueltos, y a los muchachos, entre huelgas, cargas policiales, manifestaciones pacíficas, manifestaciones no pacíficas, cogorzas nocturnas y resacas matutinas, apenas les quedaba tiempo para estudiar y menos aún para cocinar. Pronto aprendió que el estado generalmente ebrio de sus colegas hacía que cualquier bazofia alimentaria fuese aplaudida y considerada como una *delicatessen* por un público tan borracho como entregado.

Empezó a cobrar a sus amigos tres euros por plato y al cabo de seis meses se dio cuenta de dos cosas: era el más rico de los siete y no tenía ningún futuro en la medicina (sus repetidos mareos ante la presencia no ya de sangre, sino de una mera bata blanca, no auguraban nada bueno para sus venideros pacientes).

Su aventura culinario-empresarial fue cobrando fuerza (los domingos llenaba la casa; incluso algún residente de primer año se hizo asiduo) hasta que, por fin, abrió su primer restaurante. Se trataba de un restaurante de fusión de comida hindú-aragonesa. El lugar, sus raíces, la plaza mayor de su pueblo natal, más en concreto frente a la iglesia de don Armando; lo que se dice a

tiro de piedra del templo (y nunca mejor dicho). Le puso como nombre Restaurante l'Amore, cosa que no gustó al párroco, algo chapado a la antigua. Allí decidió poner en práctica todo lo aprendido en su época estudiantil, sus cuatro grandes secretos que marcarían su futuro profesional. El primero de ellos era que todos y cada uno de sus platos deberían incluir como aderezo una copita de coñac o de ron añejo. Asimismo, y en la misma línea alcohólica que buscaba adormecer el sentido del gusto, sus comidas habrían de empezar por los tradicionales chupitos de la casa y no dejarlos para el final. El tercer punto del autoaprendizaje fue que, con un buen montón de especias y otro de picante (el picante a espuestas), cualquier comistrajo asqueroso pasaba por bueno. El punto cuarto era el más interesante, al menos económicamente hablando: ese buen puñado de picante en la comida hacía que la gente bebiese agua hasta reventar, agua que él cobraba a cinco euros la botella, y que rellenaba del grifo por las noches. Los clientes acababan la comida rojos como guindillas e hinchados como toneles. Salvo rara excepción, como aquella en que una familia bengalí celebró el cumpleaños del abuelo en el restaurante y, acostumbrados como estaban al picante, no pidieron más que una botella de agua para el niño; y de las pequeñas. Y el muy cabrón ni siquiera se la bebió entera. Menos mal que no volvieron.

En el pueblo, tras unos meses de incertidumbre en los que, incomprensiblemente, no acabó de cuajar su plato estrella —pollo al chilindrón con curri y guindilla—, cerró. Hasta cuatro las aguantó bien, pero tras la quinta pedrada recibida en plena calle de algún desaprensivo que nada sabía del arte del buen comer, decidió largarse (nadie es profeta en su tierra; ya se sabe). Se fue a la capital: Teruel. Sin duda, era una apuesta arriesgada, pero un paso más para llegar al merecido triunfo: Madrid. Allí, en una ciudad con cuatro millones de habitantes, con que los clientes vinieran una sola vez a su restaurante (nadie repetía) ya le salían las cuentas. Jo, que si le salían. Se iba a forrar vendiendo agua de grifo.

El día de la partida solo se veía a don Armando en la plaza. Serio como una patata, las mejillas aún rojas (había cenado en su restaurante un par de noches atrás) y, en su puño, lo que parecía un canto rodado de tamaño más que considerable. Si susurrar palabrotas era pecado, aquella mañana le supuso a don Armando una buena temporada en el purgatorio.

En Teruel las cosas no le fueron mejor; es más, se casó. Por falta de medios, la aún feliz pareja hubo de vivir en casa de la madre de la novia (mal asunto), una señora viuda con sobrepeso y una mala leche infinita que en cuanto podía le tiraba la cayena y el cardamomo a la basura.

Su aventura marital duró casi tan poco como el primer restaurante. Divorciado, no tuvo más remedio que aprender a cocinar (esta vez de verdad) y, como ahora lo que comía era para él, no usaba ni un poquito de picante. Además, como no tenía televisión ni radio (la pobreza suele ser un gran estímulo para la creatividad. De hecho, la mayoría de los grandes escritores han sido pobres), le dio por escribir dos libros que se convirtieron en auténticos *best seller* en el país (¿lo ven?). Al poco, le surgió la oportunidad de asistir a un programa de televisión de gran audiencia donde los invitados, además de hablar de sus libros, hacían el ridículo (era una condición que imponía el programa a los invitados; lo de hacer el ridículo, quiero decir). Los títulos de los libros de Fabrizio eran *Alta cocina para inútiles* y *Yo cocino para follar*, que se convirtió en el manual de cabecera de los solteros que vivían solos (para los que vivían con sus padres había otro libro, titulado *Cocina asquerosa para que tu hijo se vaya de casa*, más del uso de las madres, claro, y de un autor que se estaba haciendo de oro).

—«No importa lo que tú sepas: importa lo poco que saben los demás». Así empieza —dijo la famosa presentadora— el primer párrafo de *Alta cocina para inútiles*. Y lo hace con una

seguridad aplastante. «Tú empieza la frase por *cardamomo* —continúa nuestro invitado en la página 10— y nadie dudará de tu sabiduría culinaria; comienza la conversación por patatas o calabacines y serás la irrisión de la mesa». Señor Fabrizio Chiantamattine —preguntó la entrevistadora, famosa feminista, tratando de disimular su enojo—, ¿de verdad usted cree esto que escribe?

—Hola, buenas noches. Bueno, al parecer, por las ventas, los consejos que aparecen en mis libros están siendo seguidos, y con éxito, por miles de hombres en todo el país —contestó Fabrizio, con cierta chulería.

—Si me permiten —comentó la entrevistadora mirando a la cámara—, voy a leer algunos de estos «con-se-jos»: «Ya antes de la cena», dice el señor Fabrizio en el capítulo 3 de *Yo cocino para follar*, «mientras le estás quitando el abrigo a tu cita en el recibidor, debes acercarte a su oído y, apenas rozándole el lóbulo, susurrar: “¿Prefieres *foie* o *paté*?”».

—Esta pregunta tan sencilla —interrumpió el chef— las desarma. ¿Por qué? Porque, sencillamente, no saben la diferencia. Ella dirá que le da igual, que le encantan los dos, pero, en realidad, no tiene ni puta idea. —La periodista se revolvió en su asiento—. En ese instante —continuó Fabrizio—, tú le dices que mejor *foie*, pero que si no le importa le vas a añadir unas gotitas de oporto para rebajar el sabor graso. Ella asentirá en reverente silencio. Casi está en el bote. —La periodista, de nuevo, se revolvió en su asiento—. Además, comentas que ese vino marida muy bien (fundamental, amigos —dijo mirando a cámara— usar el verbo *maridar*) con el *sauvignon* que estabas abriendo justo antes de que sonara el timbre de la puerta. No hay que olvidar decir que ese toque de oporto no es creación nuestra, sino de nuestro querido amigo François, que nos lo enseñó en su *loft* de París junto al Sena. Un toque de humildad siempre gusta a las mujeres —comentó Fabrizio, cada vez más suelto, mientras la periodista ya no es que se removiera en el asiento; es que daba saltos—. Amigos míos —Fabrizio se dirigía a la cámara con la soltura de Brad Pitt y George Clooney juntos—, se trata de optimizar lo real con poesía y darle una pátina de decoración suntuosa.

—En realidad —dijo Diana a sus amigas—, Fabrizio me confesó que él usaba un vino barato del supermercado de la esquina al que añadía los restos del de la cena anterior para que no se echara a perder, pero, claro, de esto no dijo ni pío en la tele. Y el detalle del oporto era una verdad a medias, porque quien se lo enseñó realmente (esto lo admitió después del segundo cóctel) fue un tal Paco, amigo de la infancia, que vivía en un estudio enano junto al Manzanares y a quien durante el desayuno se le cayó la copa de vino encima de la tostada de pan untada (a falta de mermelada de fresa) con un paté de esos malos que llevan los niños al cole en el bocadillo.

—Pasemos a otra cosa —invitó la presentadora, que veía cómo se le estaba yendo de las manos la entrevista—. El mundo de los vinos merece un capítulo aparte en los libros de este joven chef. «Los caldos», como él los llama en sus páginas.

—Bueno, vamos a ver —dijo Fabrizio—, entender, lo que se dice entender de vinos, aquí entienden dos. El resto, ni pajolera idea, pero a ver quién es el guapo que lo confiesa en una mesa. Pero nosotros, amigos —vuelta a mirar a la cámara—, a lo nuestro, porque aquí también triunfamos. —La entrevistadora puso cara de horror—. Primero se le pregunta a la chica si prefiere garnacha o *cabernet sauvignon*. Normalmente eligen la primera porque es más fácil de pronunciar y, además, no a todas les gusta el francés. —Imaginen ustedes la cara de la presentadora—. «Muy buena elección», dices con una sonrisa cómplice. Yo también lo prefiero, porque los taninos son más suaves y no se añejan con el tiempo. Con lo de los taninos tienes el

tema de los vinos resuelto. Te acabas de convertir a sus ojos en un *sommelier* profesional reconocido.

—Yo no daba crédito a las confesiones de Fabrizio —comentó Diana al corrillo que se había formado en torno a la mesa en la cafetería— y, aunque no era mi tipo, la verdad es que me caía simpático y era muy ameno.

—Huelga decir que yo —continuó Fabrizio— soy más de cerveza fresquita y bien tirada, pero para el folleteo, en mi humilde opinión, toca vino, no hay otra, el que sea, pero bien presentado: su cortacápsulas, su bomba de vacío, su aireador de vinos, el vertedor antigoteo..., el mismo que en su día te preguntaste al pagarlo «¿para qué coño quiero yo esto?» y, mira, por fin lo vas a amortizar, y a lo grande. Y, por supuesto —continuó—, la pieza fundamental: un decantador para que el vino «respire». Que tú piensas mientras lo llenas que ya puede respirar las horas que le salga de los cojones, porque el sabor no va a cambiar por nada del mundo; o, al menos, eso te ha asegurado el chino de la tienda, que sabe de vinos mucho más que tú.

—Y después de todo esto —preguntó la entrevistadora levantando el libro en el aire con cierto desprecio—, ¿qué?

—Después, amigos míos —contestó Fabrizio sin dejar de mirar hacia la cámara—, ¡a follar!, que ya toca y os lo habéis currado, pero bien currado. Vamos, que muy mala tiene que estar la comida preparada que habéis comprado en el súper para que esa noche no triunféis cual torero en Las Ventas.

—«¡Eso es mentira!», me gritó la presentadora, visiblemente enojada —dijo Fabrizio a Diana, relatándole su experiencia en el programa televisivo mientras le mostraba con el móvil el vídeo de la entrevista.

—¿Esa no es...? —iba a preguntar Diana.

—Sí, Andrea Pelaje —se adelantó Fabrizio.

—¿La que se hizo millonaria gracias a unos anuncios de crema de depilar?

—La misma —contestó Fabrizio—. Yo no quise contestar, pero se cabreó aún más cuando dije que esos libros eran de eficacia probada y que las citas salían bien folladas y bien cenadas. Casi le da algo.

«Bien comida y bien follada», se oía decir en el vídeo al periodista que dirigía el programa, que hasta ese momento no había intervenido y que, sin duda, quería pinchar a su compañera, que entraba al trapo como un miura cabreado. «Esta, señoras y señores, bien podría ser la sinopsis de lo que va para *best seller* mundial», oyó Diana que decía el presentador (quien, desde luego, pensaba comprarse ambos volúmenes en cuanto acabase el programa, amén de un buen par de sartenes nuevas).

Diana no se lo podía creer: tenía delante al famoso chef Fabrizio Chiantamattine. La cita no había comenzado muy bien, y además no era su tipo —ni quería galanes ni un *latin lover*—, pero al menos había sido una velada agradable. Sus amigas se pondrían contentas... ¡Fabrizio Chiantamattine, nada menos!

EL HOMBRE IDEAL

—En un mes y medio —comenzó a contar Diana en tono de cierta desesperación— he desechado a un frutero (no me importó, ya sabéis que soy poco de fruta), a un maestro fresador...

—Claro, por la misma razón —interrumpió Ascen, la tonta.

—Esta chica no deja de sorprenderme, ¡joder! —exclamó Vanesa por lo bajini mientras se quitaba la gabardina empapada; fuera diluviaba.

—... un apicultor algo rústico —continuó Diana— y, sobre todo, muy agrio y crítico en sus comentarios...

—Sería por la ponzoña. Eso lo da la profesión —comentó de nuevo la tonta.

—Di que sí, cariño: conoces un apicultor y conoces a todos —añadió Vanesa con su habitual sarcasmo.

—Después, un comadrón.

—Pero ¿hay de eso?

—Pues sí. Cuando terminó de explicarme el quinto parto con fórceps le dije que era hipocondríaca y me fui simulando arcadas y un incipiente mareo. Eso sí, después de zamparme las gambas con gabardina. Pareja no encontraré, pero he engordado cinco kilos desde que me apunté a MÉTHER.

—Igual se pensó que estabas embarazada.

—Oye, pues sí que va a ser verdad que esta chica es gilipollas —comentó Mencía a Vanesa. Vanesa asintió.

—Ya lo veis: no tengo suerte con las citas. Tal vez sea yo la culpable y...

—¿¿Culpable?! —exclamó Vanesa—. De eso nada, querida. Tú no tienes la culpa de nada y no quiero oír ni una palabra al respecto. —Vanesa parecía estar a punto de estallar—. Culpables ellos. ¿Es que ya no quedan hombres normales en el mundo? Acaso tienes la culpa de que ese, ¿cómo se llamaba?, el oledor.

—Tomás.

—Eso, Tomás. ¿Acaso es culpa tuya que fuese inspector de olor de axilas?

—Era majo.

—Sí, muy majo. Pero ¿te imaginas besar a alguien que ha metido su nariz en..., no sé, ciento veinte o ciento treinta sobacos ese día? O que te diga durante la cena: «¡Qué bien huele eso!».

—Es verdad. ¡Qué asco, hija! —comentó Mencía, que era, con mucho, la más escrupulosa del grupo.

—No, no tengo suerte.

—O aquel otro.

—¿Cuál?

—Ese que era inglés. El del gato.

—Cat.

—Como Stevens —dijo la tonta, que ese día estaba sembrada—. ¡Qué bien cantaba ese hombre!

—Eso es. No me jodas. ¿Cómo se puede llamar uno Cat y dedicarse a...?

—En realidad, era ingeniero técnico experto en ciencias agrícolas y alimentarias y...

—¡Qué ingeniero ni qué leches! Era un tío que se dedicaba a catar la comida de los gatos y de los perros.

—Como un *sommelier* —puntualizó Ascen.

—Sí, igualito. ¡No te jode! —Ese día Vanesa no recibiría ninguna medalla por su paciencia, no—. Pues imagínate darle un besazo con lengua al *sommelier* y que se te quede la boca con sabor a pienso para *golden retriever*.

—Y hablando de perros y gatos —dijo Mencía—, imagino que no habrás vuelto a hablar con el veterinario, ¿no? Un tipo que se pasa una cena entera hablando del conejo de su cuñada no merece una segunda oportunidad.

—¡Mujer!, dicho así parece cualquier cosa.

—Es que hay que medir las palabras —continuó Vanesa en apoyo de Mencía—. Hay que escucharse un poquito cuando se habla para no ser un gañán de libro. Después de decir que había lavado con champú el conejo de su cuñada y que, a pesar del esfuerzo, porque el pelo era muy fosco, al final le había quedado suave como un peluche, no me digas que no era como para pensar cualquier cosa.

—Sí, lo cierto es que me sorprendió cuando dijo que estuvo acariciando el conejo de su cuñada todo el tiempo que duró *Pretty Woman*.

—Un tío al que le gusta *Pretty Woman* tiene que tener algo bueno, ¿no? —comentó Ascen.

—Ya, pero recuerda la vergüenza que pasaste cuando dijo que, después de aquella experiencia, no sabía si podría volver a vivir sin tener cerca el conejo de su cuñada.

—¡Qué fuerte! —dijo la tonta—. A saber lo que diría la cuñada. Y, sobre todo, su marido.

—Idiota. Es idiota del todo —susurró Mencía al oído de Diana, que se encogió de hombros.

—¿Tampoco te fue bien con el «maduro»? ¿Cómo decía la ficha de MÉTHER?

—«Maduro, culto y bien formado». Esas eran las palabras exactas.

—Desde luego, como tarjeta de presentación, no era mala —comentó Vanesa—. Jacinto, por favor, ponme un cafecito —pidió al camarero (que, no lo habíamos dicho todavía, pero, desde luego, no tenía nombre de camarero. De hecho, tenía una licenciatura de letras —de ahí lo de Jacinto— con poca salida laboral —de ahí lo de camarero—).

—Para mí, un té negro —pidió la tonta—. ¿Se puede decir *té negro* o es *té de color*?

—Esta ni siendo hija única habría sido la preferida —exclamó una de las ancianas de la mesa de al lado, que, en general, solían ser personas muy prudentes.

—Bueno, sigamos. Nos habíamos quedado en «maduro, culto y bien formado» —dijo Vanesa, mezclando cada una de las palabras con un profundo suspiro—. Dinos, ¿era o no era verdad lo que decía la ficha?

—¡Pssst...! Lo cierto —respondió Diana— es que el hombre, mentir, lo que se dice mentir, no mentía.

—Explícate, bonita.

—Maduro, desde luego, lo era. Vamos, que llegamos al restaurante a la vez y en la misma puerta le dejé pasar sin saber que era él. Realmente era maduro, pero más de edad que de profundidad.

—Pero, vamos a ver, ¿cuántos años tenía el carcamal?

—Setenta y nueve años, me dijo, pero yo creo que alguno se quitó.

—¡Joder!

—En cuanto a lo de culto, también decía la verdad. Estaba muy leído el hombre.

—Con esa edad perfectamente pudo conocer a Cervantes en persona. —Esta vez fue Mencía la que habló mientras se arreglaba con la lima una uña rota.

—¿Y lo de bien formado?

—Bueno, estirado sí que iba, eso sí, porque llevaba, me dijo, un aparato en la espalda que le enderezaba la columna vertebral y que apenas le rozaba la cadera porque iba sujeto a la parte de atrás del braguero.

—¡Qué erótico! —comentó Vanesa.

—Además —continuó Diana—, la garrota...

—¡¿La garrota?! —interrumpió Vanesa, que no salía de su asombro y cada día se sentía más culpable por haber animado a su amiga con todo aquello del MÉTHER.

—Sí, la usaba por la prótesis de rodilla y porque, además, le permitía apoyarse y parecer más... ¿cómo decirlo?

—¿Vertical? —dijo la tonta, esta vez con pleno acierto.

—Eso es: vertical.

—Pero la próstata la tengo muy bien —dijo el «maduro» acompañante de Diana con el orgullo cincelado en su rostro y levantando ligeramente la voz (en una mesa cercana había una pareja de octogenarios que quedaron ciertamente abatidos; y es que la envidia es muy mala, señores). «Como una canica la tiene usted, don Armando», me dijo el urólogo. Se refería a la próstata, ¿eh? —aclaró rápidamente, al percatarse de que los octogenarios sonreían maliciosamente.

—Qué cosas más bonitas te dice tu doctor —comentó Diana, que ni por asomo hubiese imaginado que la palabra *próstata* saldría durante la cena—. A mí, mi ginecólogo no me dice esas cosas.

—Lo importante es el corazón —continuó el hombre la anatómica conversación, dándose unos golpecitos con el puño en el pecho a la altura de la cavidad torácica que alberga tan vital órgano.

—Eso, eso, brindemos por tu corazón sano —comentó Diana para intentar poner fin a la conversación, que, la verdad, le daba un poquito de asco.

—¡Y que dure el *stent*! —dijo levantando la copa en el aire frente a la cara de horror de Diana, que se veía practicando un boca a boca antes de llegar a los cafés.

—¡¿*Stent*?! Caramba, no le faltaba de nada a don Armando —comentó Vanesa, quien, definitivamente, se sentía culpable de las desventuras de su buena amiga.

—¡Jo, vaya planazo! Si llegas a más y le pasa algo en la cama, no sabrías si llamar al SAMUR o a un ferretero, con tanta quincalla que lleva el pobre hombre en el cuerpo —dijo Ascen.

—Entonces, ¿por qué decía en la ficha lo de «bien formado»? —quiso saber Mencía.

—Se refería, me confesó antes de que la dentadura postiza se le cayera en el gazpacho, a su fantástica formación académica: dos carreras, un máster en Alemania, un doctorado en Arqueología... Pero que, claro, como en su vida profesional había estado en contacto con tanta antigüalla y tanta momia, se había hartado y ahora las prefería algo más jovencitas.

—¿Cómo te libraste de él?

—Le dije que buscaba pareja para tener unos cuatro o cinco hijos y formar una familia numerosa.

—¿Y?

—Que si no me conformaba con los doce sobrinos qué él podía aportar al feliz matrimonio, me preguntó mientras bostezaba. Es que a partir de las diez le entraba sueño, se excusó, pero que comiendo se recuperaba y aguantaba por lo menos hasta las once y media. A partir de ahí, ya no

era persona, dijo. No tengo suerte, chicas. No la tengo. Qué le voy a hacer. No es fácil encontrar al hombre ideal. Ni siquiera uno que sea un poco normal. Uno con quien compartir tus problemas, tus emociones; un hombre que te escuche hasta el final, que te pregunte y se interese por tus sentimientos; un hombre sensible, que llore y le gusten los niños, que aprecie a tu madre y a tus amigas. Bueno, mejor esto no.

—Sí, sí, claro —contestó Mencía—. Y que sea ordenado, y que no le guste el fútbol, y que no tenga barriga cervecera ni las uñas de los pies como mejillones.

—Que aporte estabilidad a la relación —esta vez fue Vanesa la que se unió a la lista ideal de Mencía—, que sea divertido, amable, que te abra la puerta del coche... ¡Eso no existe, cariño!

—Mi tío Ramón era así, pero murió —dijo Ascen con pena.

Todas callaron para no darle alas a la tonta. Solo el camarero, siempre atento a la conversación del grupo de amigas, lanzó un leve suspiro y un tímido «Siento su pérdida». Tendría carrera, pero tampoco es que fuera muy espabilado Jacinto, no.

—Un hombre en el que puedas confiar, romántico y a la vez pasional, que no se duerma ni se pea nada más acabar el acto. Que sea buen conversador, te apoye en tus proyectos y se acuerde de las fechas especiales. Un hombre que pida perdón..., ¿os imagináis? —preguntó Vanesa, que, teatralmente embelesada, observaba el techo de la cafetería.

—¡No! —contestaron todas al unísono, excepto Diana. Hasta las ancianas de la mesa de al lado, con años de experiencia en la materia, se apuntaron al *no* rotundo en silencio, pero moviendo las cabezas de lado a lado. Solo el camarero calló y decidió escurrir el bulto durante unos minutos.

—¡Ah!, y que sea detallista —añadió Diana, que, en lo más profundo de su ser, aún creía que ese hombre existía en algún lugar del planeta; aunque, claro, si vivía en Nueva Zelanda, o en Papúa Nueva Guinea, tampoco es que le sirviera de mucho.

—¡¿Detallista?! —exclamó Soledad, una de las ancianas, que no pudo contenerse—. Eso, hija mía, sí que es imposible.

—Y que te dé las gracias por prepararle la cena, ¡no te jode! —comentó Vanesa, que veía cómo su amiga del alma se perdía en un abismo de sueños imposibles y se quedaba a vestir santos como las señoras de pueblo.

EL PODER DEL CIRUELO

Esa tarde ninguna llegó puntual a la cita en la cafetería. De hecho, la sala parecía un desierto. Tan solo estaban don Ernesto, en su habitual mesa de la esquina junto a la ventana, que leía el *ABC* (don Ernesto era de derechas desde el 39, año en que perdió la guerra. Ni que decir tiene que a don Ernesto no le gustaba perder y decidió no hacerlo más), y Jacinto, que, tras la barra, leía un apasionante libro sobre los diálogos de Platón que a muchos, incomprensiblemente, les habría parecido aburrido (ya ven).

La razón de aquellas ausencias y tardanzas no era otra que *El poder del ciruelo*, la serie de moda que había logrado que las tiendas abriesen más tarde, que las manifestaciones en la Facultad de Políticas se suspendieran y que las pocas nodrizas que quedaban en casas bien dejaran por un rato de dar el pecho. Ricos y pobres, viejos y niños, incluso gente de izquierdas y de derechas compartían su gusto por aquella cautivadora serie que había logrado unificar al país más que los Reyes Católicos.

En la memoria de los españoles y españolas estaba grabada a fuego aquella primera escena donde se veía a los lejos, entre las altas y nevadas montañas tibetanas, un templo; un templo tibetano, sí. En un interminable *zoom* no apto para cardíacos y menos para cardíacos impacientes, la cámara se iba acercando poco a poco hasta un hombre de rostro curtido por el viento, un semblante baqueteado por los años, una faz surcada por profundas arrugas..., vamos, lo que en España vendría a llamarse un hombre viejo y de campo, pero que allí lleva el nombre de venerable-anciano-sabio-monje-budista (lo que indica que esa gente será de cultura milenaria, pero abreviar no sabe). El hombre aparecía tumbado en un sencillo lecho formado por paja y tablones de madera y de aspecto más que incómodo. El anciano no se encontraba solo: le rodeaba un grupo de jóvenes monjes de rostros menos curtidos por el viento, menos baqueteados por los años y muchísimas menos arrugas. La imagen no daba pie a la imaginación: sin duda, se trataba de los acólitos que acompañaban en su último adiós al gran monje, a su honorable y querido maestro llamado Pata-Chán, quien estaba en un tris de dar su postrer suspiro. Pronto ante él se presentaría la gran oportunidad esperada durante largos años: liberarse de la existencia terrenal y alcanzar la iluminación donde no había cabida para el sufrimiento y donde todo era compasión y sabiduría. El premio parecía más que notable, pero, aun así, su cuerpo parecía resistirse a dar ese último paso, a pesar de que todos los monjes a su alrededor rezaban para que se muriese (en el mejor sentido de la palabra, claro).

En esas estaban cuando, de repente, Pata-Chán abre los ojos como una lechuza y les dice que ha tenido un sueño, donde lo ha visto. «¿A quién?», pregunta con mucho tino Shâ-Gaz, uno de los discípulos más avezados. «A él», responde Pata-Chán, que era hombre de pocas palabras y tampoco ayudaba mucho a dejarse entender, la verdad. Todos los monjes se miran entre sí, excepto el que probablemente había de ser su sucesor, que seguía rezando en una esquina con rabiosa fe para que el gran monje la espichara pronto.

«¿A quién?», preguntaron de nuevo al unísono con cierta impaciencia (no en vano era la hora de la sopa de arroz caliente con bizcocho y galletas, que parecerá poca cosa, pero que en aquellos lares, con el frío que hace, no era nada desdeñable). «Al elegido», susurró el cada vez más

anciano Pata-Chán. Todos se miraron entre sí (menos el egoistón, que ya se pueden imaginar ustedes lo que seguía haciendo en la esquina) y se encogieron de hombros. De pronto, Pata-Chán, el gran monje tibetano, abrió un ojo y, viendo la cara de memos de sus discípulos, gritó: «¡Aquel que en el pecho lleva grabado el fruto del ciruelo!». Al que nosotros, para simplificar y de aquí en adelante, llamaremos «el del ciruelo».

Un gran *hummm* retumbó sobre las enyesadas paredes. Nadie entendía una palabra de aquel galimatías *premortem*.

—Un gran..., ¡cof, cof! —tosió el anciano—, ciruelo... ¡Cof, cof!... Un ciruelo grande. ¡Cof, cof! —tosió de nuevo.

Caramba, aquello dejó a los acólitos más extrañados si cabía (y en realidad sí que cabía). Si ya sin tos no era nada fácil entender a aquel hombre que tenía la puñetera manía de hablar con refranes y acertijos, imaginen con espasmos y tos cavernosa. Los jóvenes monjes no pillaban una y se miraban entre sí confundidos, ofuscados y patidifusos.

De inmediato, todos los ojos fueron a posarse sobre el más joven de ellos: el monje recién llegado. Apenas llevaba doce años allí (no sobraban las vocaciones en el templo precisamente). Por su nombre, todo parecía indicar que el gran maestro hablaba de él. Se llamaba Pi-Chah.

Pero ¿cómo podía ser que fuese él el elegido?, parecían preguntar sus rostros estupefactos y sus bocas abiertas.

De pronto, Pata-Chán abrió el otro ojo, vio la cara de idiotas de sus alumnos, a los que, de tener ocasión, suspendería de inmediato, y, leyendo sus pensamientos (no hay que olvidar que era sabio), sacó fuerzas de flaqueza y exclamó:

—El elegido ha de ser aquel que porte el fruto del ciruelo en el pecho —añadió, aclaratorio (o eso pensaba él), el anciano moribundo.

Cómo le habría gustado en ese instante soltar un *¡coño!*, o un *¡me cago en la leche!*, pero, como era monje y, además, tibetano, no podía y se quedó con las ganas.

Todos suspiraron aliviados, en especial el hermano Pi-Chah, que no se veía de jefe de todos aquellos monjes tan serios. De hecho, se estaba pensando muy seriamente su continuidad en el templo porque se aburría como una ostra.

—El ciruelo es símbolo de fuerza, de vigor, de orgullo y de integridad moral —dijo el anciano en un leve susurro apenas audible.

Los jóvenes e inexpertos monjes se quedaron asombrados. Realmente nunca habrían supuesto que un ciruelo diera tanto de sí.

—Recordad, hijos míos: ¡el fru..., el ciru..., pecho! —exclamó Pata-Chán antes de morir. Ahí es nada.

Con tan escueta información, después de la sopita caliente, el aturdido grupo de acólitos se dispersó a lo largo y ancho del mundo en busca de quien habría de ser su nuevo jefazo como si de una campaña de cazatalentos se tratase.

Tras meses de búsqueda por peligrosas selvas, estrechas cañadas, innumerables pueblos, comarcas y ciudades, llegaron a conocer un mundo insospechado hasta ese momento para todos ellos, incluido algún que otro antro de perdición repleto de bellas y casquivanas mujeres de vida disoluta.

No fue un viaje fácil. De hecho, sufrieron varios retrasos en el camino y algunas crisis vocacionales (precisamente por culpa de los antros de perdición y las bellas mujeres de vida disoluta mencionadas). La más gorda (estaba cantado) fue la del monje Pi-Chah, pero, tras luchar contra tentaciones varias, llegaron a su meta y lo encontraron. Lo hallaron, sí; al del ciruelo, lo

cual tenía su mérito (no me dirán ustedes que no). ¿Y dónde fue el feliz encuentro?, se preguntarán, ansiosos de saber. Pues nada más y nada menos que en una playa de Benidorm. Allí donde es tan fácil perder la toalla, el tabaco, el móvil y, sobre todo, el tiempo; ellos, sin embargo, vinieron a hallar a su ciruelo. ¿Fue suerte? Tal vez. ¿Fue el destino? Vaya usted a saber.

El caso era que el futuro mandamás del templo tibetano, aquel día, se había metido entre pecho y espalda un arroz con bogavante que no se lo saltaba un gitano en buena forma y media botellita de tinto de La Rioja. Fruto de la pesada digestión, le sobrevino el sueño y durmió una siesta de las de baba y ronquido en la tumbona fuera del alcance de la sombra del árbol. ¿Qué árbol?, querrán ustedes saber. Pues un ciruelo, claro está. Sí, ese pequeño árbol perteneciente a la familia de las rosáceas, originario del Cáucaso y propio de climas templados. No sabía ese *Prunus domestica* la que iba a liar. El ligero viento que hacía las delicias de las abrasadas espaldas (en especial de las de los enrojecidos germanos) batió las ramas del árbol. No mucho; solo lo suficiente para que, desprendido, cayera mansamente sobre el durmiente pecho su fruto: una ciruela con sus hojas verdes y todo. El sol levantino y la nívea piel (lo que viene a llamarse blancucha tirando a macilenta) de Sinesio, que así se llamaba el individuo yacente, cumplieron el resto del oráculo.

A la hora y media de iniciar la siesta, Sinesio abrió los ojos, se incorporó lentamente (ya se dijo que el arroz con bogavante era de órdago) y se sentó en el borde de la tumbona como buenamente pudo, haciendo resbalar hasta el suelo el fruto del ciruelo dichoso. El sol había hecho su trabajo y todo él era un puro tomate murciano (de esos bien rojos, para ensalada), excepto, claro está, la silueta de una ciruela con sus hojas y todo, tan blanca como la nieve del Himalaya dibujada en el enrojecido y más bien rollizo pecho de Sinesio. Aquello, las cosas como son, habría engañado a cualquiera, no solo a los monjes, porque, a todas luces, parecía una marca de nacimiento, un estigma ancestral, un signo del destino..., qué sé yo cómo llamar a ese manchurrón blancuzco.

Cuando el monje Guah, el menos profundo de todos ellos y con una más que dudosa carrera por delante, lo vio, no tuvo la menor duda. Miró a Pi-Chah, señaló con su dedo índice la tumbona de Sinesio y hacia ella que se fue galopando como una exhalación (también influyó en la resuelta carrera el hecho de que se estaba abrasando los pies con la arena).

Sinesio, después del susto que le provocó ver cómo dos señores calvos y enrollados en túnicas de color azafrán se abalanzaban sobre él, escuchó con detenimiento (tanto que dio para un capítulo entero de la serie) la extraña historia, profecía incluida, y, finalmente, dijo que sí, que aceptaría aquella encomienda que el destino le había preparado (también es cierto que, mientras asentía, pensaba en qué hacer para mantener aquello blanco. Se le ocurrió que con títex valdría, pero no estaba seguro de si en el Tíbet se podría comprar con facilidad. Bueno, seguro que algo se le ocurriría sobre la marcha).

Acto seguido, los dos monjes, exultantes de alegría por el trabajo bien hecho, decidieron darse un baño. Guah se desprendió de sus ropajes azafranados y salió corriendo hacia la orilla. Sin duda, su desnudez causó sorpresa entre el nutrido público playero, pero, cuando le siguió Pi-Chah, lo que causó fue admiración y hasta, por qué no decirlo, cierta envidia.

Tras rechazar Pi-Chah dos ofertas de trabajo para cine de adultos y pagar la multa por escándalo público a los municipales, cogieron el coche de Sinesio y los tres se encaminaron hacia la delegación de Alicante del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Ser bedel nunca había sido su vocación, así que, tras solucionar el finiquito (algún rifirrafe hubo por el tema de las vacaciones, los moscosos y las bajas laborales), se dirigieron a la estación de tren.

Sinesio estaba contento y esperanzado con ese futuro prometedor que parecía abrirse ante él. Al fin y al cabo, nada especial dejaba atrás. Solo faltaba saber dónde estaba el Tíbet.

Los siguientes ciento dos capítulos de la serie se centraron en la infinidad de reglas a las que tuvo que someterse Sinesio en el templo y en el complejo aprendizaje que el puesto le exigía. Lo primero, claro, fue afeitarse el espeso bigote (nunca se había visto en aquellos lares un venerado maestro con mostacho y Sinesio más bien parecía un Pancho Villa con toga que un monje). Fue duro, sí, pero oír con qué admiración y devoción lo nombraban «el del ciruelo» le compensaba con creces el esfuerzo. De todos recibía cariño y respeto... Bueno, de todos no. Había un monje de mirada aviesa y algo antipático que procuraba alejarse de él y que cuando le miraba lo hacía con cierto resquemor y hasta envidia. Al parecer era uno, le contaron, que no paraba de rezar en una esquina el día que murió el venerable Pata-Chán.

Sinesio se encontraba bien. Sí, de acuerdo, faltaba playa, se echaba de menos el botellín bien fresquito en la terraza, el fútbol los domingos, el *Marca*, los lunes y, lo peor, hacía un frío de cojones, pero él sentía que ese puesto había sido creado para él: horas sentado sin hacer nada, mirando al vacío. Tras varios años en el Ministerio, él de eso sabía más que nadie y no había quien le hiciera sombra. Recordó cuando, siendo muy joven, una gitana en el Parque del Retiro le leyó la mano y le dijo —a cambio de cinco euros, eso sí— que le veía un futuro prometedor. Pues acertó la zíngara. A ver qué compañero del cole había llegado tan alto: nada menos que 4900 metros sobre el nivel del mar. Ahí quedaba eso.

Con razón no había nadie en la cafetería. En el capítulo de esa tarde, a Sinesio se le acababa el último bote de tìpex que había comprado antes de partir hacia el Tíbet. La verdad es que apenas blanqueaba y se secaba muy pronto. Cómo se arrepentía de haberlos comprado en un chino por ahorrarse dinero. Pero ya era tarde para lamentaciones y se veía en la tesitura de hacerse con algún material que blanqueara aquel supuesto estigma. Es cierto que la túnica cubría su pecho, pero en un descuido se podía abrir, mostrar la realidad y poner fin a las tres comidas calientes al día (que, además, eran lo único calentito en ese lugar). Si volvía a España, sería el hazmerreír del Ministerio. Aquello no era una opción. Así pues, sumido en esas tribulaciones y esa congoja, en el capítulo se le veía caminar entre las atiborradas calles de la capital buscando una tienda (lo malo es que allí todas eran de chinos). Entraba y salía de ellas frustrado: o no había o no le entendían. Aquello se estaba poniendo emocionante, y más aún cuando la productora había dejado caer que Sinesio, en una de esas tiendas, conoce a Luzi-ah, una joven preciosa tibetana que despierta en Sinesio los instintos menos monjiles que un monje pueda imaginar. Desde ese día, bajaba a la ciudad cada tarde. Que si unos folios, que si unos calcetines de lana, que en el templo hace un frío que pela (eso la tibetana no pareció entenderlo, pero se rio mucho porque era muy buena vendedora). A todo esto, los monjes, que estaban habituados a aburrirse como monas en el templo, estaban encantados con el nuevo gran maestro, que los sacaba de farra un día sí y otro también (no sabían ellos lo que era una farra de verdad, claro).

Sin duda, esa tarde, antes de escuchar las frustrantes citas de Diana y las surrealistas barbaridades de Ascen, charlarían sobre los imposibles y prohibidísimos amores de Sinesio y la tendera tibetana, apostarían sobre las perversas intenciones del monje egoistón y discutirían airadamente qué tipo de pintura —temple, plástica, a la cal, al cemento, esmalte graso, esmalte sintético o lacada— era el más idóneo y duradero una vez aplicado sobre la piel humana para conservar aquel ciruelo en el pecho del apreciado protagonista.

¿Qué harían ellas sin esa serie?, se preguntaban. ¿Qué haría España sin esa serie?

Por fortuna, la cadena televisiva estaba rodando los siguientes ciento cuarenta y dos capítulos. Los espectadores tendrían la posibilidad de ver a Sinesio convertido en un anciano eligiendo a su discípulo sucesor en el lecho de muerte, y continuaría haciéndose de oro uno de los principales patrocinadores de la serie: la empresa «Pinturas Ciruelo: lo mismo pinta paredes que pinta suelos», que cotizaba en Bolsa desde hacía ya tres meses y cuyo director aparecía en las listas de Forbes España; que no es poco.

Lentamente, la cafetería comenzó a llenarse y el bullicio ocupó el sitio donde antes reinaba el silencio. Nadie entraba sin algún comentario u opinión sobre Sinesio, el templo o la tendera. Al poco, el ambiente se animó y Jacinto no daba abasto con los cafés, los churros, ya algo grasientos, y las tostadas con mantequilla y mermelada de fresa o melocotón (a los que la pedían de otro sabor los miraba mal y se la ponía de fresa).

—Bien, pues ahora que nos hemos puesto al día en los asuntos tibetanos, te toca contarnos cómo van tus citas —dijo Mencía, muy animada esa tarde; algo relacionado con una finca en Extremadura que papá había vendido, o comprado, no lo sabía muy bien, pero era algo bueno.

—Era un noble o un grande de España, ¿no? —preguntó Vanesa, mientras se untaba la mermelada de albaricoque. (Sí, lo sé, pero es que a Jacinto le gustaba Vanesa y se la guardaba solo para ella. *El autor*).

—Pues, como podéis imaginar, fue otro puritito desastre —respondió Diana.

—¡Ay, hija, qué mala follá tienes!

—Me llevó a un restaurante de lujo donde nada más sentarme me pusieron un cojín bajo los pies.

—¡Qué cómodo y qué fino! —dijo Ascen.

—Cuando me trajeron la carta, pedí otra en castellano. ¡Qué vergüenza! La que me habían dado estaba en español, pero no entendía nada: *curry massaman* con puré *robuchon* a las cinco especias con matices autorales del chef, tiradito de pesca blanca con salsa *nikkei* y chalaquita y ceviche cítrico con perlas de tapioca, *usuzukuri* de salmón ora king, pencas de acelga y *velouté* ibérica al palo cortado...

—¡Qué manía con lo de poner palos para comer, hija! —comentó Ascen, que era más de huevos fritos con chistorra que de menú de degustación.

—¡No entendía ni una palabra! —continuó Diana—. «Pedimos directamente el menú, ¿verdad?», me preguntó él, caballerosamente, al ver mi cara de idiota. «Vale», dije yo, sintiéndome paleta de pies a cabeza.

—¡Pues en buena hora! Seguro que estaba todo crudo —dijo Ascen, que era un poco tiquismiquis con la comida y sabía lo que se decía—. En esos restaurantes no saben lo que es el butano.

—Y que lo digas —asintió Diana.

—Háblame de ti —dijo Diana mientras trataba de incrustar en el cojín, de manera disimulada, una gamba cruda de Garrucha con la ayuda del tacón de su zapato y pensaba al mismo tiempo qué hacer con las otras cuatro que le esperaban en el plato tal cual habían llegado al mundo marino: cruditas, cruditas.

—Bueno, ya te he dicho que me llamo Dodigo —dijo él.

—¿Dodigo? —preguntó Diana extrañada ante tal nombre; aunque, después de tantas citas, lo cierto es que ya no se sorprendía con cualquier cosa.

—No, Dodigo. Mida, te lo anoto en la tablilla. La llevo conmigo a todas horas. Ed muy útil. Do-di-go. Ya está. Mida.

—Ah, Rodrigo.

—Sí, Dodigo Damúdez Domán. ¿Te lo edquibo?

—No hace falta. Te llamaré Rodrigo a secas. ¿Te parece?

—Pedfecto.

—¿Y a qué te dedicas? —quiso saber Diana.

—De profesión soy otodinoladindólogo. ¿Te lo edquibo?

—No hace falta —contestó Diana—, que se van a pasar las gambas y hay que comerlas bien cruditas. Eso es de garganta y oídos, ¿no? —quiso confirmar.

—Sí, eso. Pedro mid aficiones son la numismática, sobre todo monedas de odo, y la filatelia. Ed madavilloso y apasionante, ¿no te padece?

—Bueno, yo soy más de cine de comedia y de series, algún libro romántico de los de llorar y esas cosas. Las monedas solo las uso para el parquímetro.

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí que edes divetida tú!

—Ya ves. —Esto Diana lo dijo tomándose de un trago la copa de vino blanco. Intuía que necesitaría ir bien cargadita, porque la cena prometía.

—¿Te atraen los glandes? —preguntó Rodrigo.

—¡¿Perdona?! —¿Estaría ante otro enfermo del sexo?, se preguntó Diana.

—Que si te intedesan los glandes —repitió Rodrigo.

—¡¿Qué?! —volvió a preguntar Diana, dispuesta a darle un tortazo, levantarse de la mesa procurando que no cayeran al suelo a la vez todas las gambas crudas acumuladas en el hueco de la falda y marcharse de allí a zancadas cuanto antes.

—Sí. Te sodpendedía sabed cuántas mujedes se sienten atdaídas por los glandes. Un montón. A podillo.

—¡Pero ¿tú qué dices?! —

—Que soy glande. Glande de España. No had leído completa la ficha del MÉTHED, ¿vedad?

—¡Qué susto! Igual eso sí me lo tenías que haber escrito en la pizarrita esa que llevas contigo a todas partes.

—¡Ja, ja, ja! Sí que edes divetida, sí. Soy un glande de Edpaña. De la casa de Córdoba. Ed un linaje nobiliadio español muy antiguo.

—¡Ah!

—¿Te gudtan lad gambas cudas? —preguntó señalando el plato de Diana con dos bigotudas gambas aún esperando precipitarse al suelo—. Yo no las sopodto. Me dan un adco hodible. Siempe lad pido pada ved si me atevo a comedlas algún día, pedo siempe lad dejo. Toma, cómete lad mías si quiedes. A ti veo que sí te gudtan.

—Bueno, chicas, como podéis imaginar, esa relación no podía ir más allá de aquellas gambas.

—Pues parecía majo —comentó Mencía, a la que le encantaban los títulos.

—Y, además..., ¡un noble! ¡Un noble de verdad! —dijo Vanesa.

—¡Pssst! No me veía yo compartiendo mi vida con un *glande*.

—Mujer, si es muy *glande*, ¿por qué no? —dijo Vanesa con malicia.

—¡Hija, qué guarra eres! —dijeron a la vez Diana, la tonta y las dos ancianas de la mesa de al lado.

«PASEN, PASEN»

La tarde era gélida. El vaho en los cristales de los ventanales de la cafetería apenas dejaba ver la calle. Los clientes, sin desprenderse de sus abrigos y bufandas, agarraban las tazas de sus cafés con ambas manos para calentarse y daban pequeños sorbos dejando que el calor del líquido templara aquellos huesos destemplados. Los que estaban en la barra cercana a la puerta de la calle buscaban con la mirada algún signo que indicara que una mesa estaba a punto de quedarse libre y así abalanzarse sobre ella como un pirata lo haría sobre un cofre del tesoro. No era fácil sentarse aquella tarde y los que ocupaban las preciadas mesas estaban dispuestos a defenderlas con sus vidas.

—Bueno, cuéntanos, ¿cómo fue el fin de semana romántico? —preguntó Vanesa.

—Sí, venga. Nos tienes que nos comemos las uñas hasta con esmalte. ¡Cuenta, cuenta! —rogó Ascen.

—¿Dónde te llevó?

—A Ciudad Real —respondió Diana, con voz de hartura.

—¡Ah! —dijo Vanesa.

—¡Ah! —dijo Ascen.

—¡Ah! —dijo Mencía.

—¡Ah! —dijeron Consuelo y Soledad, las ancianas de la mesa de al lado.

Sin duda, Ciudad Real no les parecía un destino muy estimulante. Ya ven.

—Os cuento... —comenzó Diana.

—Pues sí, hija —interrumpió Vanesa—, porque nos has dejado como la tarde: heladitas.

—Después de una opípara fabada...

—Pues muy romántico no empezó, ¿no? Anda que no dan gases las judías blancas. Un tío mío... —empezó a decir Ascen.

—Luego hablamos de los gases de tu tío, cariño —cortó Vanesa—. Ahora, mejor nos centramos en el fin de semana de Diana, ¿vale?

—Pues eso, que después de la cena en el restaurante asturiano A Folgar que Son Dos Días...

—¿Ahí te llevó? Seguro que era una indirecta. ¡Será guarro!

—Sí, hija. Esa misma cara puse yo cuando vi el letrero al entrar, pero luego supe que en bable *folgar* significa ‘descansar y pasarlo bien’.

—¡Ah! Menos mal.

—Cuando acabamos, hinchados como dos globos aerostáticos, nos fuimos andando al hotel. «Así nos baja la cena», dijo él. Después de casi una hora, porque nos perdimos, llegamos.

—Anda que perderse en Ciudad Real...

—«¿Una última copita?», me propuso antes de entrar en su habitación mientras yo hacía ademán de ir a la mía.

—¡Hummm! —susurró Vanesa—. Con una copita empieza todo.

—No te creas. Nada más servir las copas se tomó la suya y se fue al baño escopetado...

—¡Las judías! —interrumpió la tonta.

—Como tardaba un poco, yo aproveché para ir a mi habitación, que era la de al lado, y me puse el camisón cortito de satén negro brillante. Regresé y decidí esperarlo apoyada en la barandilla del balcón en la posición sensual que mejor permitía el relente nocturno. Para aportar más picante a la situación, solté uno de los tirantes y me lo metí en la boca para chuparlo con voluptuosidad. Mala idea. Lo introduje en demasía y me dio una arcada que ni os cuento. Cómo sería que hasta miró el conductor del camión de la basura que pasaba en ese momento. Me saqué el dichoso tirante, pero un hilito se quedó dentro y...

—Otra arcada —acabó la frase Vanesa, más acostumbrada a llevarse cosas a la boca.

—¡Hija, qué poco erótico! —comentó Mencía.

—Es que no pude evitarlo —se lamentó Diana, a quien, al recordarlo, le vino otra arcada.

—Bueno, ¿y qué más? —quiso saber Vanesa ante el silencio de su buena amiga.

—Pues nada más: ahí acabó todo.

—¿Quéééé?!

—Lo que oís —dijo Diana—. No sé si fueron las fabes, o la copita, o el levantarse muy rápido del váter, pero mientras venía hacia mí... Os recuerdo que mi camisón negro, mi Chanel del 5 de fragancia icónica e intemporal y yo, los tres juntitos, estábamos en el balcón preparados para ese primer beso apasionado que todo buen amante espera después de gastarse un dineral en percebes... Sí, no os lo había dicho —comentó, ante la cara de sorpresa de sus amigas—, antes de los judiones cayeron unos percebes del tamaño de chuletones.

—Hay que ver lo que pueden hacer los hombres por agradar en la primera cita. Después, ya casados no les sacas ni unas quisquillas, pero esa primera cena es inolvidable.

—Mientras se aproximaba hacia mí lentamente, su cara volvió a recordarme a alguien —continuó Diana—. Ya me lo pareció en el restaurante, pero no sabía a quién. En esas estaba yo, preguntándome dónde antes había visto ese rostro, cuando ocurrió.

—¿Ocurrió? ¿Qué ocurrió?! —Vanesa estaba al borde de un ataque de nervios.

—El síncope —contestó Diana.

—¿Un síncope?

—Sí, eso es. Le dio un síncope. Se le pusieron los ojos en blanco como los de un eremita en su cueva, la piel macilenta como una vela de *spa*, y las gotas de sudor le caían por la frente y el cuello. De pronto, se desplomó sobre la cama. A partir de ahí fue el acabose: llamada al 112. «¿Sííí? Un momento. Espere». Espero cinco minutos. «Dígame». Petición de ambulancia. Quince minutos dando datos. Me saco el tirante de la boca porque «no le entiendo nada», dijo la señorita. Me quito el camisón. Veo que aún tiene el precio. Mejor, me digo, aún estoy a tiempo de devolverlo. Me pongo una camisa de Desi, que así se llama el desmayado. Al rato, un buen rato, luces amarillas y parpadeantes en la calle. Me asomo. Es la ambulancia. ¡Toc, toc! Llaman a la puerta. Abro. Es el médico. ¿Solo uno?, me pregunto. Sí, solo uno y, además, no es médico, es otra cosa que ahora no me acuerdo. «Entre usted», digo, educada. «Gracias». «Buenas noches». «Buenas noches». No veo camilla alguna. Desi espabila y abre los ojos; solo un poco. Responde a preguntas sencillas. «¿Puede andar?». «Sí», dice, mientras se agarra a duras penas a la cómoda. Bajamos a la calle en ascensor (ya dije que de camillas, nanay). Nos metemos en el vehículo. Yo, detrás. Desi de copiloto. La ambulancia no se pone en marcha. «Toca empujar», dice el ATS. ¡Eso, ATS!, que no me venía antes. Sonríe pensando que es una broma. Dejo de sonreír cuando veo la cara seria del ATS, que tiene unos huevos como los de un buey de tiro. Y ahí estamos el ATS y yo empujando —en mi modesta opinión, creo que más yo que él— y Desi al volante. Jodido, con friolera, blanco, sudando goterones, pero al volante, como un campeón. Miro al

ATS, que, además de tener un cuajo increíble, me guiña un ojo. Quiero darle un tortazo, pero me temo que la ambulancia se vaya hacia atrás y perdamos lo ganado. «La noche no está saliendo bien», me digo con paciencia benedictina. Para quitar hierro le pregunto que qué tal la vida del ATS. Me dice, algo indignado, que no es un ATS, es decir, un asistente técnico sanitario; que él es un DUE. Es decir, un graduado universitario en Enfermería, lo que viene a llamarse un enfermero, vamos. Pregunto la diferencia. Me mira como si fuera una ignorante. Después me dice que ambos hacen lo mismo por falta de personal. «Este tío es gilipollas», pienso, pero me callo para no ofender y para que no deje de empujar. Desi, sin querer, pone en marcha la sirena. Horror. Se empiezan a abrir las ventanas de los edificios colindantes. Los vecinos se asoman. Los vecinos se quejan. Algunos insultan al ATS, o al DUE, o al enfermero, yo qué sé, lo que sea. Uno de los vecinos, el más cabrón de todos, nos tira un cubo de agua encima. No falla porque es un primer piso. Me empapo. Solo falta, pienso, que se me corte la digestión con la cantidad de judías que he comido. La camisa mojada, los pezones como los pitones de un Miura. El enfermero (dejémoslo ahí) no quita ojo. Temo que deje de empujar y se me abalance. «Todavía puntúo esta noche», me digo por decir y no caer en la desesperación. La ambulancia arranca, pero la sirena ya no hay quien consiga apagarla; a saber dónde ha tocado Desi. Isidro, que así se llama el merluzo de ATS que nos ha tocado en suertes, conduce sorteando objetos que caen desde diferentes ventanas: cojines, almohadas, un pijama, varios tiestos, libros (pocos, la verdad; cada vez se lee menos en este país), cremas y geles de dudoso uso... Por fin, llegamos al hospital. Digo *por fin* porque antes de hacerlo paramos en una gasolinera para repostar y el del cuajo ha ido al baño. No, no era pipí. Ha comprado lotería de Navidad y un *Playboy* con póster especial desplegable de una rubia en pelotas y casco de bombero. Lo sé porque lo ha desplegado antes de arrancar. Con dos huevos, sí señor. Pues eso, cuarenta y cinco minutos después del síncope en el hotel llegamos a la recepción del hospital. «Buenas noches», escupe una enfermera adusta y con algo de bigotito en la comisura de los labios. No se la ve con vocación. «Buenas noches». «Buenas noches». «¡Cómo viene usted!», dice. «Caladita», digo. Nos dejamos de conversaciones profundas y pide datos. «Nombre». Desi no contesta. Está aturdido y blanco. Intento recordar si era tan blanco antes del síncope, pero no me viene la imagen. «Nombre», vuelve a pedir la enfermera. Desi continúa en su mutismo. Lo hago yo por él. «Se llama Desi», digo. «¿Desi?», pregunta la sanitaria enarcando una ceja. Desi introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta (es lo único que introdujo aquella noche; lo juro), saca la cartera y de ella el DNI. Me lo da. Lo cojo y... ¡Cielos!, me quedo petrificada y tan nívea como él (bueno, quizá no tanto). En ese momento, hubiera gritado, pero en los hospitales, y menos de noche, no se grita; tampoco en los de Ciudad Real. Por fin recordé dónde había visto esa cara. En realidad, Desi no era Desi. En realidad, Desi era el hombre de aquel programa llamado *Yo anted eda guapa*.

—¡¿Quééé?! —preguntaron las tres amigas a la vez.

—¡¿Quééé?! —preguntó Jacinto, el camarero, que se había acercado a la mesa con un plato de patatas fritas para poder oír mejor—. Por cuenta de la casa —susurró.

—¡Desi, nuestro Desi, queridas, era Desiderio! ¡Desiderio Pajero! El que salió en la tele. Al que en la clínica le habían puesto por error dos tetas como dos melones de Villacónes en vez de alargarle el pito.

Todas asintieron. Con lo del pito ya recordaban.

—Pero ¿en la habitación del hotel tú no se las viste?

—Ya no las tenía —contestó Diana—. Con lo que ganó en el programa, la indemnización y un par de donaciones, se las volvió a quitar y con lo que le sobró se alargó aún más el pito.

—¿Y...? —preguntó Vanesa, intrigada por el resultado de dicha operación.

—Nada vi. Ya sabéis: síncope, ambulancia... ¿Continúo con lo del hospital?

—Sigue, sigue, por favor —dijo Jacinto, que se había sentado junto a ellas y se estaba comiendo las patatas fritas. Las dos ancianas de siempre (ya saben: Sole y Consuelo) también se aproximaron: Soledad se puso al lado de Diana, porque no oía bien; Consuelo, al lado de Jacinto, porque le encantaban las patatas.

—«Es un síncope», afirma en cuanto lo ve el médico de urgencias, que huele a anís de Chinchón que te mueres. «¡Cinco a la grande y a la chica!», se oye. La frase proviene de un box de urgencias. El número 3 más concretamente, el que tiene echadas las cortinillas verdes. El médico toma la tensión a Desi. Doce de alta, siete de baja. «Como un campeón», dice el galeno. «Cinco más a la grande», exclama alguien en el box. Ha pillado. «Electro, análisis completos y mejor pasar la noche ingresado, para observar cambios», aconseja el facultativo con la prisa de quien lleva tres reyes y caballo y quiere echar un órdago.

—Menos mal, por lo menos alguien pilló esa noche —comentó Ascen, pero nadie dijo nada.

—«Pero ¿qué hago yo aquí?», me pregunto una vez que me veo sentada en una silla de escay en la habitación. Además, con mala conciencia, porque en realidad lo que me apetecía era marcharme de allí cuanto antes y dejar al señor Pajero con sus desdichas, su síncope y su bata de hospital que le hace enseñar el culo. Me quedo. Soy así de tonta. Entra una enfermera. «Para poner una vía», dice. Es muy joven; demasiado parecen decir los aterrorizados ojos de Desiderio. Pincha y no una, sino hasta cuatro veces. Sí, es muy muy joven. Desiderio parece un novillo en la suerte de banderillas. La chica tampoco acierta a la quinta y Desi empieza a temer por el descabello final. «No te pongas nerviosa», le dice, paciente, sacando fuerzas de flaqueza. «Es la primera vez», aclara la joven, acalorada y con un ligero temblor en las manos; temblor que no ha pasado desapercibido para el enfermo, que lo observa con un nudo en la garganta. Ahora quien tiembla es él y no es para menos. La aguja parece un junco en día de galerna. Desi se pone pálido. Sí, más aún. Al final la aguja entra, pero el antebrazo es el mapa de la isla del tesoro. Todavía la chiquilla no ha recogido los utensilios de matarife cuando entran en la habitación dos auxiliares para cambiar las sábanas. Desi se levanta. El culo al aire. Esas batas hacen perder la dignidad a quien las lleva, independientemente de su condición social o estatus económico. Con las sábanas están cuando hace su aparición una limpiadora. «¡Hola, compañeras! ¡Pa retirar papeleras y *pasá* la frego!», grita innecesariamente. ¿Sordera? No, más tarde pudimos comprobar que hablaba así. Es poner en el suelo el cubo y mentar la palabra *frego*, y uno de los auxiliares cae redondo al suelo, desmayado. Desi, aún sentado en el borde la cama, lo sujeta en el último momento. «Ictus no es, porque reflejos tiene», comenta la de los análisis, que se ha percatado del ágil movimiento del paciente, más digno de un acróbata del Circo del Sol que de un señor recién salido de urgencias. «Es por la alergia al amoniaco —explica el colega del desmayado—. Le pasa siempre», añade. «¡Pues qué finolis es el compañero, ¿no?», comenta la limpiadora con ironía, retintín y nula empatía. «Parece que no hay *feeling* entre limpiadoras, enfermeras y auxiliares», pienso desde mi silla observando aquel vodevil. Se abre la puerta. Es la doctora Serena Resquemor. No se presenta, pero eso dice la placa sobre el abultado pecho («seguro que operado», me digo con cierta envidia y algo sensible al tema, no lo niego). Observa callada bajo el dintel. Imposible entrar, parece pensar. Ve a lo lejos al enfermo. No lo he dicho, pero Desiderio Pajero en ese momento estaba tirado en el suelo en el centro de la habitación junto al cuerpo del auxiliar (se ve que fue demasiado esfuerzo lo del salto para cogerlo). La doctora se acerca y duda a quién atender primero: al paciente o al auxiliar tendido. Es un hospital privado y

se decide por el primero: es decir, el cliente de pago. La limpiadora, y esposa de sindicalista (no tardó en presentarse como tal), critica la decisión de la facultativa, pero de paso recuerda que, en la última subida salarial, los auxiliares fueron injustamente beneficiados. Se lo contó su marido. Que sí, dice al ver las caras de unos y otros, que es verdad que Vicente a veces bebe más de la cuenta y que en muchas cosas miente, pero que en los temas del sindicato no, que para eso es muy serio su Vicente. Cuando ya crees que en aquel improvisado bazar turco no cabe nadie más, se abre la puerta y tras un *buenos días* (ya está amaneciendo, veo por la ventana) entra otro auxiliar para quitar la vía puesta, que al parecer no había que poner y era para el de la habitación de al lado. El celador aprovecha para lanzar una pullita a la dirección del hospital: «Poco personal, compañeros, y pasa lo que pasa». «Pues ya me extraña que se equivoquen —exclamo yo desde mi sitio con toda la ironía del mundo—, porque otra cosa no, pero organizado, lo que se dice organizado, este hospital está muy bien». El auxiliar saca de su bolsillo una cuchilla y se abre paso entre la muchedumbre hasta llegar a Desi (lo de ir bien armado ha funcionado siempre en los tumultos), quien, tras el desmayo, ya está de nuevo en la cama, aunque algo mareado. El auxiliar levanta la cuchilla al aire, dispuesto a rasurar las partes pudendas del paciente y dejarlo como el cuello de un pollo —palabras textuales del auxiliar— de cara a una inminente operación de fimosis en el quirófano 2 con el doctor Tajo, operación que Desiderio Pajero declina con vehemencia por innecesaria y, sobre todo, por sus pésimas experiencias en los quirófanos. El auxiliar no se deja convencer fácilmente y decide comprobarlo. Él es un profesional como la copa de un pino, asegura. Mete la cabeza entre las sábanas y contempla las partes bajas de Desi advirtiéndole que, en efecto, aquello ya fue podado en su día y no hay donde tajar más. Aclarado el tema, saluda a la concurrencia como un torero, enfunda el estoque y se va en dirección a la salida. Con tanta gente le llevará un rato, piensa, pero saldrá. Mientras tanto, la doctora Serena Resquemor, en dirección contraria, se hace fuerte entre el gentío y a empujones llega hasta la cama del enfermo. Tampoco ha sido tarea fácil. Suda con profusión, pero ella no es menos profesional que el auxiliar. Ausculta el velludo pecho de Desi con detenimiento, quizá con más detenimiento del debido. Dos golpecitos suenan en la puerta. Alguien llama. Se hace un silencio casi sepulcral. Todos nos miramos preguntándonos si cabrá alguien más en la habitación. La limpiadora, intrigada, deja sus quehaceres en el baño y asoma la cabeza. El auxiliar que quedaba en pie, compañero del otro tendido, se pregunta si no deberían poner un cartel en las puertas con el aforo de cada habitación. Lo propondrá a los compañeros en la siguiente reunión sindical. «Pasen, pasen», dice alguien. La puerta, finalmente, se abre. El camarote de los hermanos Marx era un desértico claustro cisterciense comparado con aquella caótica habitación ejemplo de trashumancia. «El desayuno», proclama con buena fe Amparo, que así se llamaba la señora que traía la comida. Se oye un murmullo de aprobación. Hay hambre. Mujer y bandeja apenas caben, pero se les hace sitio creando un estrecho pasillo humano en un santiamén. Para esas cosas, celadores, auxiliares, limpiadores y personal médico sí que trabajan en equipo. Cuando por fin llega la bandeja hasta el enfermo, faltan la mantequilla, el pan, el yogur natural desnatado y alguien ha echado mano al embutido —salchichón dijeron que era—. A la sopa también se ve que le han dado un tiento, pero no ha gustado.

—Es que en los hospitales suele estar sosa —comenta Ascen.

—No solo a la sopa, también a Amparo le han dado un tiento, en las nalgas más en concreto. Como es activista marxista-anarquista-revolucionaria y cabecilla sindical del personal de cocina, protesta, pero tampoco mucho (no recordaba cuándo fue la última vez que alguien..., bueno, eso).

Todas las miradas se vuelven hacia el auxiliar tendido en el suelo, que ahora está de rodillas junto a Amparo y parece totalmente recuperado, el muy bribón.

»Una alarma suena. Todos miran sus relojes con sincronización de *marine*. “Las ocho”, dice alguien. Al parecer, es la hora del cambio de turno. Salen como una exhalación dándose empujones unos a otros: la limpiadora esposa de sindicalista, Amparo (que, además, se marcha con una galleta en las manos. Creerá que no la hemos visto, la muy...); el auxiliar tendido, ya totalmente rehecho y diciendo obscenidades al oído de Amparo, que las escucha mientras come la galleta y no parece molesta; el compañero del auxiliar, el frustrado rasurador, un señor de Cuenca que llevaba allí buen rato y al que nadie conocía... Todos salen, excepto la doctora Serena Resquemor, que continúa auscultando el velludo pecho de Desi y se ha desabrochado con disimulo un botón de su blanquísima bata, que ya me diréis qué necesidad había. Tras una concienzuda exploración dice que ella solo es internista, que aquello es cosa del cardiólogo, y se marcha.

»Acto seguido, tras aquel sinvivir, aproveché para entrar en el baño. En él estaba cuando oí a alguien entrar en la habitación.

»—Buenos días —dijo el doctor.

»—Buenos días —respondió Desiderio con un hilo de voz.

»—Soy el doctor Cabrera, cardiólogo —le escuché decir—. Acabo de leer el informe y no hay motivo de preocupación. Todo lo contrario.

»—Muchas gra...

»—¿Ha venido usted con su esposa? —interrumpió el médico.

»—Yo, bueno... En realidad, no...

»—Ah, supongo que ha salido un momento, ¿verdad? —volvió a interrumpir el doctor mientras se hacía un selfi con Desiderio.

»—¿Es para informarla...?

»—No, qué va. Solo es para darle la enhorabuena. ¡Caramba, amigo mío, una hora y media seguida! Es usted un fenómeno. En la cafetería de médicos es usted un héroe desde esta mañana. El urólogo ha prometido subir a que le firme un autógrafo. Enhorabuena, Francisco...

»—Yo no me llamo Francisco —interrumpió Desiderio.

»—¿No es usted don Paco Risueño?

»—No.

»—¿No es esta la 332? —volvió a preguntar el galeno, extrañado.

»—Creo que es la 331.

»—¡Coño, pues no me diga más! Me he equivocado de héroe —dijo—. Disculpe. Luego me paso, que ahora voy a felicitar a su vecino, un auténtico semental —comentó mientras borraba el selfi con Desiderio.

«DE LA PANCETA, HASTA LA ÚLTIMA VETA»

Diana estaba cansada. Los sábados por la mañana no eran todo lo relajantes que a ella le gustaría: hacer la compra, ordenar la casa, algo de plancha (odiaba planchar)... Por fortuna, contaba con la ayuda de Martha Cecilia de los Remedios, que venía tres veces por semana y se ocupaba de..., bueno, de casi todo. Recordó que, cuando se fue su ex con aquella guarra, no le dijo nada a Martha Cecilia de los Remedios y se lo ocultó durante casi dos meses por miedo a que creyese que ya no podría pagarle y se marchara. Menos mal: con lo difícil que era encontrar una persona de confianza para meter en casa. Hubiera preferido perder amigos antes que a Martha Cecilia de los Remedios. De hecho, era mucho más fácil encontrar amigos que una asistenta como ella. Eso era impagable. Bueno, en realidad, pagable sí era, pero valía cada euro de su alto sueldo y cada minuto de su tiempo estaba bien pagado, incluso aquellos en que hacía uso de la tumbona de la terraza y, mientras tomaba el sol y se bebía una de sus Coca-Cola Zero, *selular* en mano, hablaba con la familia o los *broders* de Quito. Aquello se prolongaba no menos de media horita diaria, pero qué se le iba a hacer.

Le dolía la espalda y decidió dejar la blusa para otro momento. Al parecer, el nacimiento de su duodécima sobrina, Rosa María Kimberly, esa misma semana, había exigido a Martha Cecilia de los Remedios algo más de tiempo de tumbona y faltaba mucha ropa por planchar. Sin duda, se trataba de una familia muy numerosa (o muy promiscua, según se mirase).

Diana suspiró y se sentó frente al televisor.

—Queridos amigos y amigas de toda España —dijo el famoso presentador—, hoy nuestro programa lleva por título «De la panceta, hasta la última veta» y, como muchos, muchísimos, de nuestros avezados telespectadores ya habrán imaginado, vamos a hablar de la saludable y, a veces, no solo no respetada, sino injustamente vilipendiada, panceta. Veamos, en primer lugar, qué tiene que decir al respecto nuestro invitado don Armando Graso Cebón, presidente de la Asociación de Fabricantes de Panceta de España.

Resultaba algo chocante, pensó Diana, que el tal don Armando estuviese gordo como un sollo y con los mofletes enrojecidos como las brasas de una chimenea. A ver cómo defendía aquello, se preguntó Diana, porque fácil no era, desde luego.

—Buenos días —dijo el señor Graso—. Pues tengo que decir ante todo que la panceta es sabrosa y no engorda. Es una mentira de esos vegetarianos y de esos veganos que vienen a faltar el respeto a nuestra sana gastronomía.

—Bueno, bueno, don Armando —intervino, conciliador, el presentador, con una risa falsa—, no adelantemos los insultos, que acaba de empezar el programa y hay que dejar algo para el final.

—Y, además, es baja en calorías —dijo una voz próxima al señor Graso.

—Quien ha defendido con sana vehemencia las palabras de don Armando ha sido nuestro segundo invitado de esta mañana: don Juan Cuatrero de la Manduca, director comercial de la

mayor fábrica de panceta del país.

El segundo personaje no estaba menos obeso que don Armando, observó Diana. De todos era sabido que la televisión engorda, caviló, pero, desde luego, ninguno de aquellos dos personajes bajaba de los cien kilos.

—Exacto, Juan. Muy bien apuntado —exclamó Armando—. Lo que engorda es el pan con que se acompaña a la panceta.

Un murmullo indeterminado se extendió entre el público. Los más gordos asentían.

—Di tú que sí, Armando —comentó el señor Cuatrero, que no se dejaba amilanar fácilmente; y es que los muchos años de venta de embutido «a puerta fría» imprimían carácter—. Lo que sucede es que la gente abusa del pan y del mojar y luego pasa lo que pasa.

—Pero usted, señor Cuatrero... —empezó a decir el periodista.

—Esto —interrumpió Cuatrero llevándose las manos a la ampulosa tripa— es estómago bajo y es porque he dejado de fumar hace poco y por eso pico más entre horas.

—¿Y qué me dicen de la grasa mala, del colesterol, del corazón...? —Esta vez quien preguntó fue un joven muy delgado, con barba, camisa de cuadros, pendiente y larga melena. «Este vota raro», pensó Cuatrero nada más verlo.

—Ya han oído ustedes la opinión de otro de nuestros invitados —dijo el periodista.

—¡Mariconadas! —respondió Armando como un rayo.

—¿No será usted comunista? —preguntó Juan mirando fijamente al de las barbas, que se arrugó de inmediato.

—¿Se puede decir mariconadas en la tele? —susurró Armando Cuatrero de la Manduca al oído del notario que acompañaba siempre al programa desde sus inicio, que respondió con una sonrisa infantil encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿ustedes la recomendarían para, por ejemplo, el bocadillo de los niños en la escuela? —preguntó de nuevo el entrevistador.

—Absolutamente —se adelantó a responder, presto, el curtido comercial—. De hecho, mis hijos llevan tres bocadillos: dos para ellos y otro para regalar a algún infeliz compañero que vean en el patio tomando un sándwich vegetal, o una ensalada en táper de plástico, o alguna guarrería parecida. Ahora, eso sí —aclaró con la seriedad de un mariscal de campo—, les he dicho que sin pegar. Si lo ofrecen y no lo quieren, ellos se lo pierden, pero nada de atizarles.

Tras decir esto, el señor Graso Cebón sacó de la chaqueta una cartera y de ella una foto donde se podía ver a sus dos criaturas, que, en realidad, más que dos alumnos de segundo de la ESO eran dos garañones descomunales de vientre abultado y aspecto de estibadores albaneses. Desde luego, a primera vista parecían altos, lo que podía hacer pensar en los efectos nutritivos de la panceta, pero cuando la cámara hizo *zoom* sobre la foto se pudo ver que ambos chiquillos estaban subidos sobre la barriga de un niño tumbado en el suelo que lloraba a lágrima viva —y quién no, con esas dos bestias encima—. Muy probablemente se trataba de algún insensato consumidor de sándwiches vegetales o ensaladas, lo cual se podía deducir por el montón de lechuga que cubría la cara del infeliz y el trozo de tomate espachurrado en el pelo. No parecía que los dos muchachotes hicieran mucho caso de las advertencias de su progenitor sobre lo de no pegar a los otros niños en el patio.

—Pues ya lo han oído ustedes, señoras y señores. Pueden degustar sin miedo toda la panceta que deseen, porque no encontrarán en ella más que beneficios. Y no lo digo yo, lo dicen nuestros dos invitados al programa, acompañados nada más y nada menos que por don Pedro Grullo, notario ilustre que se encarga de verificar la veracidad de todo lo que aquí se dice. ¿Verdad, don Pedro?

Don Pedro miró a la cámara, sonrió tímidamente y se encogió de hombros de nuevo.

—Ya saben —continuó el presentador, que tenía una cara de sinvergüenza que ni *pa* qué— que en este programa nos gusta la verdad y la gente seria, y quién más recto que un notario y quién mejor para despejar cualquier duda en cualquier mente malpensada que crea que, por el hecho de que la asociación que preside don Armando sea uno de los principales patrocinadores de nuestro programa, no seamos objetivos y no tratemos por igual a la panceta y al brócoli.

El ilustre notario, sin despegar los labios, sonreía a la cámara y daba la sensación de ir puesto hasta arriba, y no de panceta precisamente.

Diana cambió de canal. No la acababa de convencer lo de las propiedades de la panceta y tampoco se fiaba mucho de aquel programa. Decidió poner otro llamado *¡Cómo está el mundo!*, dedicado a noticias varias acaecidas en este planeta nuestro (y a la vez tan suyo). Como el programa se centraba solo en noticias malas, estaba teniendo mucho éxito.

—En la localidad de Castejón de los Dolores, una banda de atracadores —empezó a decir la guapa presentadora de abultados pechos y altruista escote (en este caso, la Clínica de Estética Brío era quien patrocinaba el programa)— entró en un local con la intención de robar sin tener conocimiento de que se trataba de una escuela de *full contact*, boxeo y artes marciales varias. «Es que como en la banda nadie habla japonés, no entendimos lo que decía el cartel de encima de la puerta», comentó uno de los delincuentes a la patrulla de la Guardia Civil que los detuvo. La abuela de uno de ellos, y cerebro de la banda —continuó la presentadora—, confesó a los agentes que su nieto creía que se trataba de una casa de putas. «Mayormente por lo del *contact*», aseguró, tras quejarse amargamente de que el chico nunca le hizo caso cuando le aconsejaba que estudiara idiomas, pero, a su padre, aquello de las lenguas siempre le sonó raro y se negó en redondo, y claro, de aquellos polvos, estos lodos.

»Los presuntos ladrones se encuentran en urgencias traumatológicas en estado grave, en el hospital comarcal —escuchó Diana decir a la presentadora—. Todos ellos presentan un cuadro de heridas múltiples y contusiones generalizadas con pronóstico grave. El profesor y director del gimnasio dijo al enviado de nuestra cadena que, una vez que los chiquillos —a sus alumnos se refería— empezaron a arrear, no hubo manera de pararlos. Que estaban en muy mala edad, les excusó.

Al parecer, entendió Diana, allí repartió hasta la señora de la limpieza, quien, tras muchos años de fregona y tanto mirar, algunos truquitos de karate había aprendido (sobre todo, la patada frontal —*mae geri* la llamaba el profe—, que la daba de maravilla) y pegaba como la que más.

En las imágenes televisivas se veía al periodista enviado al lugar tratando de hacer preguntas a unos y otros a pesar de la multitud que lo rodeaba y que gritaba frenética a las cámaras que esos chicos eran unos delincuentes y la abuela la que más (en realidad, habrían dicho lo que fuese con tal de salir en la tele). Algún que otro puño salió de entre la muchedumbre y algún paraguas voló en dirección a la anciana, alcanzando, sin embargo, al periodista (siempre se ha sabido que esa profesión, además de la segunda del mundo en antigüedad, es también muy peligrosa). El joven corresponsal, con pocas tablas aún, se dirigió hacia la anciana con tal mala fortuna que un

empujón le hizo perder el equilibrio y dio a la mujer con el micrófono en la boca. En mala hora. La vieja comenzó a gritar desaforada y atacó al periodista con uñas y dientes primero, y con las piernas después, propinándole una sarta de patadas en la espinilla, para acabar sacando de debajo de la faltriquera un machete de caza de tamaño descomunal.

«Un descuido tonto», reconoció poco después el sargento de la Benemérita, que a poco se lleva un machetazo de la vieja, a quien, para entonces, y con el fin de evitar equívocos, todos llamaban «la hijaputa la vieja».

Menos mal que el suboficial no solo era fornido y corpulento, sino que, además, tenía una edad lo bastante elevada como para no haberse visto demasiado influenciado por eso de los derechos humanos y demás paparruchas liberales. Es decir, que no tuvo el más mínimo reparo en soltar un tortazo a mano abierta a la anciana, que la dejó atontada y tambaleándose como una peonza. El gentío prorrumpió en aplausos al sargento, que saludó orgulloso tricornio en mano.

¡Y que aún haya detractores del tortazo a tiempo! (*El autor*, que no se ha podido contener).

La verdad, pensó Diana mientras planchaba su blusa de rayas preferida y sin perder de vista la pantalla, es que daba gusto verlo. Incluso hubo entre el público quien le lanzó una oreja que no llegó a saberse a quién pertenecía. Por fortuna, «la hijaputa la vieja», todavía aturdida por el tortazo del sargento, fue introducida a empujones en un coche, y no hubo tiempo para que se lanzase el rabo.

Ya sin delincuentes, y sin vieja, el periodista, con el didáctico fin de mostrar a los jóvenes estudiantes de Periodismo las dificultades y riesgos de la profesión de corresponsal, mostró a la cámara una de sus enrojecidas pantorrillas pateadas por la criminal octogenaria, que en ese momento se alejaba camino del cuartelillo dando cabezazos contra la ventanilla del vehículo.

En efecto, al aproximarse la cámara, se podía ver con claridad el lamentable estado de la extremidad del corresponsal, que presentaba un sinfín de moratones a la vez que una cuidada y esmerada depilación. De hecho, al término del programa, la cadena recibió cientos de llamadas de los telespectadores para saber qué máquina depiladora o eficaz técnica usaba el cronista.

«TIERRA, TRÁGAME»

La temperatura en el interior de la cafetería era agradable. Los cristales empañados delataban el frío del exterior. Aquel invierno estaba siendo especialmente crudo y la nevada caída dos días atrás había hecho estragos en la ciudad. Los restos de nieve y de hielo en las aceras de aquella calle en prolongada cuesta hacía que cuatro de cada nueve personas (Vanesa lo calculó) resbalaran y, lo mejor, que una de esas cuatro —es decir, un veinticinco por ciento— acabase abierta de patas en el suelo. Vanesa acercó la cara al cristal para mirar hacia el interior. Allí estaban las tres, esperándola, pero era tan divertido que decidió disfrutar del espectáculo unos minutos más. «Solo tres minutos», se prometió. Eso, según sus cálculos (y era muy buena calculando; no en vano había trabajado de contable una temporada), aseguraba al menos dos caídas más.

Y así fue. Allí hubo desde sencillos resbalones hasta exagerados tropiezos, pasando por meros y frustrantes desequilibrios y llegando a caídas aparatosas de mucho mérito. Niños, ancianos, jóvenes enamorados que trataban de zafarse de su pareja para no ser arrastrados hasta el duro y frío suelo, ejecutivos que veían volar por el aire sus portafolios de piel y sus móviles mientras se desplomaban. Una señora entrada en carnes se escurrió de tal manera que llegó a abrirse de piernas en la acera, logrando lo que en términos deportivos se conoce como *split*. Cómo lo logró con esa envergadura y esa faja reductora de alta compresión abrochada con una falange de ganchos no lo supo nadie, pero allí estaba ella, con las extremidades inferiores alineadas entre sí y formando un perfecto ángulo de ciento ochenta grados (algunos de los que grababan las escenas con sus vídeos comentaron asombrados que incluso pudieron ser algunos grados más). Más de una atleta de gimnasia rítmica, patinaje artístico o natación sincronizada habría dado un antebrazo por alcanzar esa postura. «¡Y sin calentar!», comentó una joven con cierta envidia. Como para no llevar bragas, pensó Vanesa, siempre tan práctica.

—¡Jo, qué risa! —exclamó dirigiéndose a sus amigas cuando finalmente entró en la cafetería, mientras se quitaba el abrigo—. ¡Qué golpes, madre mía! ¡Lo que os habéis perdido!

Las dos ancianas habituales de la mesa de al lado la miraron con odio visceral. En especial una de ellas, Consuelo, que presentaba un chichón mayúsculo de color violáceo en la frente y contusiones varias en el brazo derecho, pues pocos minutos antes había formado parte de la particular estadística de Vanesa y en su caída se había dado tal porrazo contra el suelo que ni los tres carajillos que se había tomado lograban que se recuperase del todo.

(Tampoco es que esté científicamente probado que los carajillos sean un recurso eficaz en traumatología, pero cada uno es como es y usa los placebos que considera. *El autor*).

La anciana decidió tomarse un cuarto carajillo. Le seguiría doliendo, pero al menos no recordaría por qué.

—No tengo suerte con los hombres, chicas —empezó a decir Diana cuando Vanesa se acomodó en la silla y pidió su café—. Os lo vengo diciendo desde la primera cita y no me creéis.

—Pero ¿qué te ha ocurrido esta vez? —preguntó Mencía.

—¿No habías quedado con ese tan culto? El profesor de... no recuerdo de qué.

—De latín.

—¡Qué bonitos son los idiomas!, ¿verdad? —dijo Ascen con su entusiasmo habitual, casi inocente e infantil, si no fuera, claro, porque ya había cumplido los cuarenta y cinco.

—Otro tío raro. ¿Es que ya no quedan hombres normales en el mundo?! —gritó Diana, haciendo que el camarero y tres señores de mediana edad volvieran la cabeza hacia el grupo.

—Cuenta, cuenta —pidió Vanesa, impaciente.

—«Perdona, ¿te aburro?», tuve que preguntarle, algo molesta, la verdad, al tercer bostezo.

—¡Qué grosero! —comentó Mencía.

—«Disculpa —contestó él avergonzado—. Es que esta noche pasada he dormido fatal. Tengo sueños muy movidos, ¿sabes?». Esto lo dijo llevándose la mano a la cabeza, como si tuviera una herida.

—¡Huy!, pues un primo mío decía que tenía eso mismo, lo de los sueños movidos, y resultó que se caía de la cama cada lunes y cada martes —ilustró Ascen a sus amigas sobre el mundo onírico de su familia.

—Pues precisamente eso me confesó él: que por las noches gritaba, chillaba, pataleaba, saltaba, hablaba, lloraba, reía y no sé cuántos pretéritos imperfectos de indicativo más. Vamos, una fiesta gitana diaria. Así que lo desestimé antes de llegar a la tarta de manzana con helado de vainilla. Pues sí, solo me faltaba eso: dormir mal.

—Haces bien, el sueño es muy importante —cerró la tonta el tema, con esa frase lapidaria que no dejaba de ser una verdad como un puño y que no pudo ser rebatida por ningún presente.

—Después, se pasó toda la cena diciendo frases en latín. El colmo fue cuando en los postres me levanté para ir al baño y me preguntó: «Quo vadis?».

—Bueno, hija, tampoco es para tanto.

—Sí, pero mientras me iba dijo: «Ut sementem feceris, ita metes», que significa que todo lo que siembras lo recoges.

—¡Huy, qué guarro! —exclamó Ascen.

—Oye, ¿y tú sabes latín? —se extrañó Vanesa.

—Ni una palabra, pero el camarero, que estudiaba cuarto de Filología Clásica, a cambio de veinte euros se prestó a traducirme. No quiero más cultos ni profesores de universidad ni mentes preclaras ni doctores... Quiero un hombre tirando a tonto.

—Te será difícil encontrarlo —dijo con cinismo la otra anciana, la que no estaba borracha, Soledad, que no perdía ripio de lo que se decía en el grupo de amigas.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rieron todos, menos el camarero, claro.

—¿También te fue mal con aquel médico tan mono?

—¡¿Médico?!

—Bueno, en la ficha decía que era doctor y...

—Durante la cena una mujer se puso de parto —interrumpió Diana—. El *maître* preguntó si había algún doctor en la sala y, claro, yo levanté la mano señalando a mi *partenaire*. Cuando volví la cabeza ya me extrañó que estuviera debajo de la mesa. «Que se ha caído la servilleta», mintió, nervioso. Y cuando el *maître* le llevó hasta la parturienta, se desmayó todo lo largo que era junto al cuerpo de la mujer. Los dos mirando al techo, como los amantes de Teruel en su tumba. Al rato despertó, vio cómo una ambulancia se llevaba a la feliz madre con el niño entre sus brazos y preguntó: «¿Lo he hecho yo?». «En parte sí», le dije. Cuando él perdió el conocimiento, a la mujer le entró pánico y con los gritos y aspavientos dio a luz a una hermosa criatura de casi cuatro kilos.

—Pero no entiendo. ¿No era doctor? —preguntó Mencía.

—Sí, pero en Historia del Arte —contestó Diana—. Especializado en arquitectura hispanovisigoda, me confesó mientras me ponía el abrigo para marcharnos. Ya en la puerta, mientras esperaba el taxi, me preguntó: «¿Y lo nuestro?». «Lo siento. No funcionaría —le dije—. Yo es que soy más de arte moderno. De esos cuadros abstractos que se pueden colgar en el pasillo de cualquier manera y hasta pasar un trapo por encima para limpiarlos si tienen polvo». De inmediato me arrepentí de decir *polvo*. Ya sé que en las primeras citas es una palabra más innombrable que el Voldemort de Harry Potter, pero se me escapó.

—La falta de costumbre, mujer —dijo Ascen—. Al octavo o noveno polvo, seguro que se te olvida.

Muchos de los ojos de los que escuchaban se abrieron de par en par. Aquellos eran muchos polvos.

—«En el fondo lo entiendo —contestó el doctor, visiblemente compungido—. Si ya me lo decía mi madre: “Estudia Arte Moderno, que tiene más salidas”. Pero es que, a mí, lo hispanovisigodo siempre me ha tirado mucho». «No me extraña, no es para menos —comenté, por comentar algo—. Bueno, hala, que se hace tarde, doctor. Adiós», dije. Y me subí al taxi.

—Hija, pues es verdad, ¡qué mala suerte tienes!

—Entonces, ¿quitamos de la lista a los médicos y los cultos? —preguntó Vanesa, con el móvil en las manos y la aplicación de MÉTHER abierta.

—¡Ni ricos! —respondió Diana.

—¡¿Cómo?! ¿Tampoco ricos?

—Tampoco —aseguró Diana ante la cara de sorpresa de sus amigas y de Jacinto, el camarero, que no entendía nada, siendo tan pobre como era, el pobre. (Permitan el fino juego de palabras, sutil licencia del autor. *El autor*).

—Pero ¿por qué? —quiso saber Vanesa, a quien le parecía que la imagen más sexi del mundo era un hombre con un buen fajo de billetes bien apretujado en el puño o, en su defecto, enrollado y bien agarrado por una goma elástica de las gordas.

—¿Recordáis a ese tal Gustavo que tanto nos gustó en MÉTHER?

—¡Claro!, ¿cómo no hacerlo, llamándose como tu ex?

—Tenía un apellido raro, creo —comentó Mencía, mientras se llevaba a los labios un cigarrillo, sin encender, claro.

—Porqué —dijo Diana.

—¿Por qué qué? —exclamó Vanesa.

—No, no, que se llamaba Gustavo Porqué. Gustavo Porqué Brut, más exactamente.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo.

—Bueno, pues resultó ser un hombre riquísimo que en la segunda cita me llevó a su elegante y señorial casa en un barrio residencial y con servicio fijo.

—¿Y qué tiene eso de malo? —quiso saber Mencía, que en casa de sus padres tenía dos asistentes internas, una cocinera y un chófer, esposo de la cocinera y no se sabía si liado con una de las internas.

—Aquella cita fue surrealista, chicas, os lo aseguro —contestó Diana, sin hacer caso a la pregunta de Mencía.

—Dinos, ¿qué ocurrió?

Estaban todas en ascuas. Hasta Mencía «apagó» el cigarrillo en el cenicero para poder concentrarse mejor en la historia de Diana.

—¿De dónde eres, Gustavo? —preguntó Diana.

La verdad es que Gustavo era mono, quizá algo bajito, pero aquel nombre que tanto le recordaba a su marido y a su perro podía resultar una barrera infranqueable en su incipiente relación. De hecho, fue decir *Gustavo* y venirle a la cabeza la enorme caca que seguro la esperaba en la cocina y que tendría que recoger de vuelta a casa.

—Imagino que eres catalán, ¿no?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo él.

—Hombre, llamándote Gustavo Porqué Brut, he pensado que...

—En realidad, soy de Valladolid, pero sí, es cierto, el apellido es catalán. Más en concreto, de Badalona. Mis ancestros dejaron Cataluña hace mucho y yo vine a nacer en Villacigales del Pisuerga. El apellido al principio era Porquet, pero con el tiempo, ya se sabe, las familias van perdiendo sus cositas, unas se quedan, otras se van...

—Si lo sabré yo —comentó Diana.

—Y en la nuestra, ya ves, en el camino a Castilla, el *Porquet* perdió la *t* y se quedó en un simple *Porqué*.

—Siento la pérdida —dijo Diana, pero sonó raro.

—Gracias —respondió Gustavo con tono triste y lanzando al aire un hondo e histórico suspiro—. Lo cierto es que toda mi infancia fue un mar de dudas por culpa de ese apellido: «Será un gran Porqué», decían unos a mi orgulloso abuelo; «un Porqué más en la vida», comentaban otros a mi padre con cierta sorna. Porqué por aquí, Porqué por allá... Durante mucho tiempo, en el colegio, cuando oía mi apellido no sabía si decir «¡Presente!» o dar una explicación.

—Pobre —se compadeció Diana, que era muy empática, o eso le había dicho el psicólogo del colegio de sus hijos mientras miraba las interioridades de su personalidad; es decir, el escote.

—Bueno, pero era majo, ¿no? —preguntó Mencía, que aún no veía motivos para ese rechazo a los ricos.

—En esa segunda cita, en su casa esta vez, me di cuenta de que todo un mundo de opulencia nos separaba. Nada más entrar nos recibió una mujer con uniforme de servicio.

—La criada —dijo Mencía.

—La misma —contestó Diana—. Él le entregó el abrigo y le dijo: «Daciana —ese era el nombre de aquella señora tan seria—, haga usted el favor de decirle a nuestro señor pobre de la esquina que pase». «¡Madre mía, qué abundancia!», pensé yo. Tenía hasta un pobre propio.

—¡Qué envidia! —comentó Ascen.

—Recuerdo que, cuando era pequeña, en casa también teníamos uno —apuntó Mencía mientras hacía dibujitos con la cucharita en la nata de su *cappuccino*—. Aunque no sabíamos su nombre, era casi como de la familia. Recuerdo que un buen día desapareció. Nadie sabía nada de él. Todos pensamos que había muerto. Mi madre incluso encendió cinco velas por él en la cercana iglesia de San Alejo, patrón de los vagabundos. Meses después nos enteramos de que le había tocado el segundo premio de la lotería de Navidad, se había comprado un Mercedes amarillo y se había ido a Cuenca.

—¿A Cuenca?! —exclamaron todas al unísono.

—¿Amarillo?! —exclamó Jacinto desde la barra.

—Mientras Gustavo hablaba con la criada —continuó Diana—, yo intentaba simular que no escuchaba hojeando un libro gordo sobre el arte mesopotámico junto a la librería.

—Pero ¿tenía librería?

—Sí, hija —siguió Diana—. Toda la habitación, del suelo al techo, era una puñetera librería. Fijaos, yo, que ni siquiera tengo un ejemplar del *Quijote*, que todo el mundo tiene uno en su casa, sin leer, sí, de acuerdo, pero ahí está, en mitad del mueble junto a la figurita de la torre Eiffel, de pronto me vi acorralada por tres mil doscientos treinta y seis volúmenes que me dijo Gustavo que había. Tanto volumen no hacía más que separar nuestras vidas aún más. Aquello no tenía futuro; lo supe con aquel libro gordo en mis manos.

—Y con el polvo que dan los libros —comentó Ascen, algo monotemática y manteniéndose en su línea intelectual.

—Lo siento, señor, no es posible hacer pasar al pobre —contestó la criada con tono contrariado por no poder cumplir los deseos de su señor.

—¿Cómo que no es posible? ¿Por qué? —dijo Gustavo Porqué, contrariado por no poder ver cumplidos sus deseos.

(Así es el mundo; nadie está contento con lo suyo. *El autor*).

—Porque hoy es viernes, señor —respondió la mujer.

—¿Y...? —Gustavo Porqué no entendía el porqué, y eso, además de un lío gramatical, le irritaba sobremanera.

—Los viernes libra, señor.

—¿Libra?

—*Free Friday*, lo llama él en perfecto inglés.

—¡Ah!, entiendo —comentó Gustavo (en el fondo no entendía nada, pero eso el servicio nunca debe saberlo)—. ¿Y sabe usted si mañana vendrá?

—No se lo podría asegurar, señor. Los fines de semana es muy irregular y depende de si el Atlético de Madrid juega en casa.

—¿Es del Atlético? —preguntó el señor.

—Eso creo —contestó Daciana torciendo el gesto (ella era madridista hasta la médula).

—¡Pobre! —dijo el señor, que también era madridista—. Y, además, un pobre muy poco formal por lo que veo, ¿no te parece? —comentó a Diana, algo insatisfecho. Como buen rico, no estaba muy acostumbrado a la frustración.

Diana se limitó a encogerse de hombros y guardar silencio, que es lo que se aprende en los colegios de monjas cuando no se sabe qué decir, y a ella, que había ido a las Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, eso se le quedó grabado.

—Es falta de vocación, dice él —comentó la criada encogiéndose también de hombros y tratando de imitar un gesto que había visto en una serie de televisión inglesa sobre criados blancos que se pasaban el día subiendo y bajando escaleras y sirviendo a nobles negros. Aquello resultaba tan anacrónico como desconcertante y dio gracias por vivir en una casa de una sola planta.

—¿Y sabe usted por qué es pobre? —preguntó el señor, que, por cuestiones de apellido, era muy preguntón.

—Por tradición familiar, me aseguró —contestó Daciana—. Al parecer, su padre y su abuelo también lo eran.

—¡Ah!, claro. Es que eso tira mucho —dijo Porqué mientras sacaba un buen puñado de monedas del bolsillo.

—Qué me va a decir a mí, señor: mis hermanas, mi madre y mi abuela, todas criadas y yo...

—Por favor, dele esto cuando lo vea —cortó tajante Porqué, poco amigo de conversaciones con el servicio sobre clases sociales. Esas cosas solían derivar en revoluciones, como bien había leído—. Le dice que para tabaco.

—¡Huy, qué va! —exclamó Daciana.

—¿Y eso? —El señor no salía de su asombro.

—Es que no fuma.

—Pues que se tome algo.

—Tampoco bebe.

—Pues...

—Y, además, solo acepta limosna con tarjeta —continuó la criada, tajante.

—Pero...

—Es que dice que no le gusta llevar dinero encima —comentó Daciana.

—¡Vaya! —El tono de Porqué era más frustrado que antes. Ahora no sabía qué hacer con el montón de monedas que tintineaban en sus manos.

—Eres muy generoso —dijo Diana para quitar hierro.

—¡Qué tiempos! —dijo él con un suspiro—. Ni los pobres son ya como los de antes. Así nos luce el pelo.

—¡Qué pena! —dijo Diana por decir, mientras cogía otro libro de arte mesopotámico. «Anda que no construyó cosas esa gente», pensó.

—Es que ahora los pobres son menos sufridos y tienen menos disposición —añadió la criada, a quien nunca le había gustado aquel pobre que la miraba por encima del hombro con aires de superioridad. Igual era porque hablaba inglés, creía ella.

—Por cierto, Daciana —continuó Gustavo Porqué, siempre ansioso por saber más y más—. Perdone que le pregunte..., es que, ¿sabe usted?, por mi condición de rico no sé mucho sobre el tema, pero ¿no está nuestro pobre un poquito grueso para ser pobre?

—Algo sí —contestó ella moviendo afirmativamente la cabeza—. Un día se lo pregunté, porque a mí también me chocaba.

—¿Y qué le contestó? —quiso saber Porqué.

—Que era cosa del oficio.

—¿Del oficio?

—Sí —respondió Daciana—. Es que en su sector se come mucho fuera y, además, entre horas, me contó. Que se tira mucho de *fast food*, me dijo. Y que eso, al parecer, engorda una barbaridad. No recuerdo si me dijo que engordaba más el *fast* o el *food*.

—¡Caramba! Sabía yo que algún motivo habría.

—Claro —dijo Diana, atónita, creyendo que, sin saberlo, había atravesado el tiempo y se encontraba a mediados del siglo XIX.

—Igual habrá quien por eso no le dé limosna —protestó Gustavo, que quería dar una imagen altruista y moderna ante Diana.

—¿Por qué? —preguntó Diana.

—¿Qué? —dijo Porqué.

—Que por qué no le van a dar limosna —se explicó ella.

—Por gordito.

—¡Qué gentuza! —añadió Daciana, viendo en aquello una auténtica injusticia. Una cosa es que fuera del Atlético de Madrid..., pero de ahí a pasar penurias por ser gordo... Eso era patético y no se podía consentir.

—¿Dónde vamos a parar! —La indignación de Gustavo Porque era también real.

—A estas alturas —comentó Diana a sus amigas—, yo ya había dejado el pesado libro de arte mesopotámico en la estantería y...

—Menos mal que no cogiste el de arte egipcio —interrumpió Ascen—; seguro que pesaba mucho más.

—Y hojeaba otro sobre las venus esteatopigias prehistóricas.

—Desde luego, ese hombre sí que sabe divertirse —comentó con cinismo Mencía.

Gustavo Porque hizo un gesto displicente con la mano derecha y la criada desapareció como por arte de magia. ¡Qué envidia!, pensó Diana. Ojalá pudiera hacer lo mismo con sus hijos y el perro.

—¿Te pongo algo? —preguntó Gustavo mientras se acercaba al mueble bar.

—Agua con gas y un gajito de limón, por favor —dijo Diana. Como no le sonó muy glamuroso, pidió que fueran dos rajitas de limón.

—Qué curioso, querida —comentó Gustavo mientras cortaba el limón—, el sábado por la noche estuve en la fiesta que dio el marqués de Melamenés en su mansión y se sirvió lo mismo.

—El marqués de...

—Sí, de Melamenés —interrumpió Gustavo—. Un hombre muy interesante. Estuve charlando buen rato con él. ¡Qué llano y campechano es ese hombre! Fíjate si es natural que hasta me pidió doscientos euros y un par de cigarrillos. «Siempre que sea tabaco rubio y americano, por supuesto», me dijo con su voz grave. Es que la nobleza ya no es como antes. Ahora se igualan a ti con tal sencillez que hasta te piden dinero.

—Da gusto —comentó Diana, por no estar callada tanto tiempo. «Di algo y contesta cuando te pregunten», recordó que le repetía su madre una y otra vez antes de las reuniones familiares y de las comuniones.

—Ya lo creo. ¡Y qué bien pide esa gente! ¡Con qué elegancia!

—¿Y le diste los doscientos euros? —quiso saber Diana.

—No, claro —contestó Gustavo, algo extrañado por la pregunta—. Yo no soy noble, solo soy rico.

—¡Ah, claro!

—¿Sabes? —empezó a contar Porque mientras servía el agua—, en esa misma fiesta, un amigo del consejo del banco me contó que se encontró a un hombre tirado en la calle. Le ayudó a levantarse y se lo llevó a un ambulatorio cercano. «Este señor está muy malito y creo que se va a morir», le dijo a la primera enfermera que vio al llegar. Que le diera su tarjeta, le pidió la sanitaria con cara de pocos amigos. Era lunes por la tarde, casi de noche, y a esas horas la gente no está para enfermos, menos aún en ambulatorios u hospitales. El pobre hombre a duras penas la encontró tras rebuscar un buen rato entre sus bolsillos. «Huy —dijo la enfermera en jarras nada más verla—. Esta tarjeta no vale en este centro», dijo la mujer, tan en jarras que mi amigo pensó que iba a cantar una zarzuela allí mismo. «Pero es que se va a morir, señorita», insistió mi amigo. «De ninguna manera —respondió la celosa guardiana del protocolo sanitario—. Este señor no se puede morir aquí. Se tiene que morir en su centro, que para eso está». «Bueno, deje que se lo pregunte, a ver qué dice él», contestó mi amigo, visiblemente extrañado porque, hasta ese día, él solo había conocido la sanidad privada, claro, e ignoraba por completo las meticulosas normas de la pública.

Gustavo Porque dejó de hablar para dar un buen trago a su *whisky*.

—¿Y qué pasó? —preguntó Diana, impaciente por saber el final de aquel desdichado y porque, las cosas como son, era mucho más interesante que los zigurats mesopotámicos.

—Tras un intenso tira y afloja, el pobre enfermo accedió a marcharse a su centro de salud a cambio de un par de aspirinas para el camino y unas friegas de alcohol.

—Qué comprensivo —comentó Diana.

—Sí, aunque yo... —Gustavo levantó la copa en el aire y sonrió— prefiero el alcohol sin friegas. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Bueno, sigo con la historia. Al parecer, el comportamiento del moribundo fue tan ejemplar que, cuando ya se iban, la enfermera le dijo que, si no le importaba morirse otro día, los jueves había un servicio de urgencia fantástico y que sí le podrían atender divinamente, sobre todo por la tarde, hacia la hora de la siesta, pero que los lunes, de ninguna manera, insistió inflexible...

—Pero... ¡qué malos son los lunes!, ¿verdad? —dijo Diana por no estar callada, más que nada.

—Al parecer, me contó mi amigo, la enfermera, apiadada, le ofreció un hueco a primera hora.

—Es que hay gente muy generosa por el mundo. Para que luego digan —comentó Diana—. Incluso en la pública. ¿Y qué dijo el enfermo?

—Que mejor a última hora, que así apuraba un poco más de vida.

—¡Qué temple! —comentó Diana bebiéndose de un solo trago el agua con gas, lo que la obligó a disimular varios eructos tras un libro sobre la cría de gallinas cluecas que, sin duda, estaba mal colocado entre los de arte.

—Como veis, ese hombre no era para mí. Nos separaban tres mil libros, siglo y medio de mentalidad y varios millones de euros. Demasiada cosa —añadió Diana, creyendo que, tal y como intuía, jamás encontraría a su hombre ideal a través de aquella puñetera aplicación.

—No desesperes —le dijo Vanesa al oído viéndola cabizbaja—. Ese hombre existe. Te lo aseguro. Está ahí fuera esperándote. —Señaló con la mano hacia la calle—. Solo hay que buscarlo y encontrarlo, porque a tu casa, Diana, a tu casa no va a ir.

EL VECINO DEL SEXTO

Había sido un día duro en la oficina. Dos seguros que estaban prácticamente hechos —solo les faltaba la puñetera firma— al final se torcieron y se quedaron en nada. Una reunión comercial donde el director volvió a demostrar lo fácil que era vender sobre una pizarra. ¡Pues no, amigo Vicente, no! Vender no era nada sencillo y, sobre todo, seguros; y menos aún, por teléfono. Y el caso es que después preguntabas por ahí y todo el mundo tenía un seguro: de vida, de coche, de casa, de perro, de incendios, de viaje, de...; de todo. Estaba segura de que en algún lugar había un colega vendedor que se estaba forrando con los seguros que el resto no vendía. A veces, lo más complicado era pasar de la primera frase. «Que no, señora, que no, que no soy de una compañía telefónica». Otra llamada. «Que no, señor, que no, que no quiero mejorarle el contrato de la luz; no, tampoco el del gas». Aquello era agotador. «Que no, de verdad, que yo no puedo darle de baja su móvil. Sí, señora, le juro que es la primera vez que usted y yo hablamos». Y así, una llamada detrás de otra. Y si no vendías cinco seguros a la semana, como mínimo, a la calle el viernes por la tarde. Los despidos estaban ya firmados por el director. La rotación era tan grande que resultaba imposible hacer amigos en la empresa. Ni los asientos del autobús tenían ese ir y venir de traseros. Ella aguantaba a duras penas vendiendo seguros a familiares, conocidos y amigos, pero se estaba acabando el cupo de potenciales compradores y empezaba a preocuparla seriamente quedarse sin amigos.

«Sí, estoy cansada», se dijo sentada en su viejo coche, ya de vuelta a casa mientras la puerta del garaje se abría y estaba a punto de encarar la cuesta que la llevaría hasta su plaza, la 434. Cómo deseaba darse una buena ducha. Tenía la sensación de que la ropa le olía a seguros de decesos y se le había dormido el brazo izquierdo de tanto sujetar el auricular. Eso, se dijo, una duchita caliente, cena rápida de sanos productos precocinados o descongelados, un minuto de microondas (el mejor descubrimiento del ser humano después del fuego), un beso de buenas noches a los niños, y al sofá a pintarse de rojo las uñas de los pies mientras veía una peli horrible de amor en Navidad. De esas donde se nota que la nieve que cubre las calles es de mentira y los actores son malísimos (algunos hasta miran a la cámara mientras actúan) y ni siquiera son guapos. Eso último le hacía sentirse sumamente bien y creer que aún quedaba algo de justicia en este mundo tan duro.

¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!

—¡Aaah! —gritó, asustada, al tiempo que daba un respingo en su asiento. Aquellos tres golpes secos en el techo pusieron su corazón a cien.

Miró hacia delante, hacia atrás, a la derecha, y cuando lo hizo, por fin, a su izquierda, vio la figura inmóvil de un hombre en pie junto al coche. Bueno, en realidad, dada la posición de él fuera y ella dentro, lo que veía eran sus pantalones, y, en concreto, la bragueta.

—¿Qué quiere?! —gritó mientras rebuscaba en el bolso el spray extrafuerte de gas pimienta—. ¡Voy a llamar a la policía! —gritó de nuevo, cada vez más preocupada ante el hecho de que aquella bragueta no se movía un ápice de su sitio y continuaba pegada a la ventanilla. Además, pensó, ese irritante gas pimienta (utilizado, según la dependienta, por las mismísimas fuerzas de

la OTAN) se dirigía contra ojos, nariz y garganta, no contra una bragueta. Era una situación insólita. De hecho, hacía meses que no tenía la bragueta de ningún hombre tan cerca.

—¡Le digo que voy a llamar ahora mismo a la policía si no se va! —repitió, aunque solo pensar en hacer otra llamada más después del día que había tenido con el teléfono en la oficina le daba una perezón que ni *pa* qué.

De pronto, le pareció oír a través del cristal de la ventanilla un «no puedo» ahogado.

—¿Qué? —preguntó Diana al de la bragueta adherida al cristal.

—Que no puedo, señora.

—Separada, si no le importa —aclaró ella, bajando un par de dedos la ventanilla.

—Está usted en mi plaza y... ¿le importaría mover el coche un poquito?

«Vaya, el típico vecino pejugero al que le molesta que le ocupen dos centímetros de plaza de garaje», pensó Diana poniendo mala cara aposta.

—Hacia delante, por favor —dijo él—. Con eso creo que bastará.

«Ya estamos —se dijo Diana—: aquí tenemos al típico guardia de la porra dirigiendo la circulación. Mira que les gusta hacer eso a los hombres; eso y regar».

—Solo un poco y será suficiente.

Diana, ya más tranquila, bajó del todo el cristal y dijo con cierto cinismo:

—Tiene usted un sentido de la propiedad muy desarrolladito, ¿no?

—Y usted tiene la rueda de su coche sobre mi pie.

—¡¿Cómo?! —exclamó Diana, avergonzada, asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Ay, por favor! Perdone. Perdóneme. Yo no... ¡Ay, Dios mío!

—El coche, por favor, si no le importa —interrumpió el hombre (que ya no era el de la bragueta junto a la ventanilla, sino el del pie bajo la rueda. Cómo cambian a veces la cosas, ¿verdad?).

—Sí, sí, claro —dijo Diana, nerviosa—. ¿Ya?

—Un poquito más. Solo un par de dedos, y no es metáfora.

—Claro, claro. ¡Ay, Dios mío!

—Ya está. Muchas gracias, señora *se-pa-ra-da* —dijo con una amplia sonrisa el guapo desconocido (aún no lo habíamos dicho, pero la verdad es que era muy pero que muy guapo). De pronto, Diana se acordó de su madre y de ese comentario que le hacía todos los domingos en la sobremesa sobre vestir santos y pillar a un hombre. Si supiera ella que lo había pillado en el sentido más estricto de la palabra...

—Perdóneme, por favor. Venía pensando en mis cosas y... —trató de disculparse, pero él la interrumpió ofreciéndole la mano de manera amistosa.

—Por favor, hágame de tú, y no te preocupes. Esto le puede pasar a cualquiera. De hecho, aunque no lo creas, es la tercera vez que me ocurre esta semana.

—¿Quééé? No es posible. Me estás tomando el pelo.

—Claro que sí. Me llamo Daniel —se presentó—. Creo que somos vecinos. Soy el del sexto.

—Yo me llamo Diana. Soy...

—Sí, la del perro feo y los niños guapos —se adelantó a decir Daniel.

Que le gustaran los niños, en general, ya era de por sí enternecedor, pero que también le gustaran los cafres de sus hijos era increíble, pensó Diana. Pero lo importante no era eso, no; lo verdaderamente notable era que la conocía; a ella, sí, se dijo antes de sonreír con esa sonrisa tonta que se pone cuando... Bueno, todos sabemos cuándo se pone, ¿verdad? Pues eso.

MÁS DE PUEBLO QUE EL TOMILLO

Aún faltaba por llegar Ascen a la reunión habitual en la cafetería. Aunque tonta, era buena y muy limpia, así que decidieron esperarla. Se pidieron un café y, para no caer en la tentación de hablar antes de su aparición, decidieron mirar el televisor. El programa era *La mala siesta* y un periodista con muy mala leche se encargaba de tocar los cojones al entrevistado, que, como todo el mundo suponía, se llevaba una pasta por dejarse vapulear, porque nadie es tan tonto como para hacer eso gratis, claro. Ese día tocaba despellejar a Gaetano Cantoso, portero profesional de la Liga española.

—Usted ha recibido —decía el periodista— a lo largo de la temporada doscientos treinta y cuatro goles. ¿Es así?

—Buenas tardes. Sí, bueno, pero doce de ellos fueron en propia puerta —se defendió Gaetano Cantoso—, y cuatro de penalti, que son más difíciles de parar.

—Ya, pero de esos doce en propia puerta, diez fue usted mismo quien se los metió.

—Bueno, es que los fallos atrás se notan más.

—Claro, claro —decía el periodista con una sonrisita en la boca y mirando a la pantalla—. Usted también ha sido muy criticado por jugar en exceso con los pies.

—Es que atrás me aburro y me gusta salir del área —respondió Cantoso.

—Ya, entiendo, pero ¿no le parece excesivo subir a la portería contraria en todos los saques de esquina a favor de su equipo?

—Cada uno tiene su propio estilo y yo cabeceo muy bien. Además, como corro mucho, me da tiempo después a bajar...

—No siempre, amigo Cantoso, no siempre. De ese montón de goles, cincuenta y dos han sido por no bajar a tiempo.

—¡Hum! —Cantoso arrugó el rostro; aquello no se podía refutar.

—¿Y no cree que ese estilo explicaría por qué le han echado de siete equipos?

—No sé. Eso habría que preguntárselo a los entrenadores y a los presidentes.

Se notaba que Cantoso empezaba a estar algo molesto.

—¿Recuerda cuál fue su última parada? —preguntó el periodista poniendo el dedo en la llaga.

—Sí, claro, hace ocho meses; fue contra el...

—¿Y qué le parece el fichaje que ha hecho su equipo? El marroquí Amal Gama, portero como usted —interrumpió el entrevistador.

—¿Quién? —Cantoso frunció el espeso entrecejo.

—Amal Gama —repitió el entrevistador con cierta saña.

—¿Cuándo dice?

—Esta misma mañana lo ha anunciado su presidente —confirmó el entrevistador, fingiendo mirar los papeles que sostenían sus manos.

—¿¿Cómo?! ¡¿El presi?! —se sorprendió Cantoso, que de pronto se vio no en el banquillo, sino en la lista del paro—. No sabía nada. ¡Qué hijoputa el *presi* y qué injusticia!

—Bueno, injusticia, lo que se dice injusticia... Amal Gama viene de encajar solo siete goles en seis meses. Es una cifra...

—En esta vida no todo son los números. —Esta vez fue Cantoso quien interrumpió.

—Hombre, pero en el fútbol, si te meten ciento treinta y cuatro goles por temporada, es difícil que...

—¡Un hijoputa! Eso es lo que es el *presi* —exclamó Gaetano Cantoso antes de levantarse airado, quitarse el micrófono, lanzarlo contra una cámara (menos mal que falló) y salir a toda prisa del plató.

El periodista, en un gesto mil veces ensayado, miró hacia la cámara, que le hizo un *zoom*, se encogió de hombros y sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta que le había costado un riñón. «Cómo me gusta mi trabajo», pensó, mientras escuchaba los aplausos del público.

La salida de Gaetano del estudio de televisión coincidió con la entrada de Ascen en la cafetería. La hizo desconsolada y armada con un pañuelo blanco en las manos que se llevaba constantemente a los ojos para secarse las lágrimas. Las tres amigas se sorprendieron. Era tonta, sí, pero no solía estar triste y eso las preocupó (lo de la tristeza; a lo otro ya se habían acostumbrado).

—¿Qué te pasa? —preguntaron casi a la vez.

—He tenido que cerrar la tienda —contestó Ascen entre hipo y lagrimones.

—¿Otra? —La que habló fue Vanesa, que se llevó una mirada asesina del resto.

—Otra, sí.

—Pero las fajas... —fue a preguntar Mencía.

—No, esa quebró el año pasado —se adelantó Ascen.

—Quién lo iba a decir —dijo Vanesa con ironía y muy poca empatía, por lo que esta vez no se llevó miradas, sino un seco rodillazo de Diana por debajo de la mesa.

—Lo que he cerrado hoy ha sido la *boutique*. Andrajos se llamaba, ¿recordáis?

—Era un nombre perfecto para una *boutique* en pleno Serrano —comentó de nuevo Vanesa, ganándose esta vez un buen pisotón. De seguir Ascen el relato, saldría malherida de aquella cafetería.

—Primero pensé en «Bella y Rolliza». Era más comercial, pero me pudo el sentimiento.

—Bueno, mujer, pero *Andrajos* estaba muy bien. Seguro que ese no fue el motivo del cierre. Con ese nombre no veo yo razón para no tener éxito.

—Andrajos era el apellido de mi abuela materna y lo puse en su honor.

Fue decirlo y echarse a llorar como una Magdalena; no se sabía muy bien si ahora lo hacía por la tienda o por la abuela. El camarero trajo un anís de Chinchón para ayudar a Ascen a tranquilizarse. Jacinto era un clásico.

—Seguro que le habría gustado llevar una faja de tu tienda —comentó Diana.

—Sí, estaría muy orgullosa —contestó, inocente, Ascen bebiéndose de un trago el anís—. Tú eres un desastre con los hombres...

—Vaya, gracias, yo...

—Y yo no tengo suerte con los negocios —se quejó Ascen mientras se sonaba los mocos en el pañuelo de Jacinto (el que ella traía estaba ya que daba asco).

—¿Y qué vas a hacer ahora con el local? —quiso saber Diana.

—Pienso poner una charcutería —contestó Ascen, algo más alegre. Lo de los fiambres y embutidos pareció darle ánimos; el segundo chinchón, que se echó al colete en un visto y no visto, también ayudó.

—¿Una charcutería en Serrano?! —exclamó Vanesa—. ¡Qué magnífica idea! —dijo, apartándose antes de Diana para evitar otro golpe.

—No tendría competencia alguna —comentó Ascen—. No hay ni una sola tienda que venda lomo ni chorizo...

—¡Pues claro que nadie vende eso allí! —dijo Vanesa fuera de sí. Esa chica le sacaba de quicio—. ¡¿Quieres despachar salchichas y salami al lado de las tiendas de Rolex y Cartier?!

—Bueno, también venderemos jamón del bueno —se defendió Ascen, que no entendía la poca visión mercantil de su amiga.

—Ah, bueno, perdona. Sí vendéis jamón, entonces no pasa nada. Éxito asegurado.

—Y también —continuó Ascen—, solo de prueba para ver qué tal, pondremos una barra donde trabajaremos las gallinejas y los entresijos.

—¡Perfecto! —exclamó Vanesa con las manos en la cabeza—. La chacina, igual no, pero el entresijo siempre ha maridado muy bien con los brillantes y las perlas naturales.

—Ascen, preciosa, a lo mejor... —comenzó a decir Mencía con cariño y sutileza (ella era asidua de Rolex y Cartier).

—Alguien debería decirle algo a esta muchacha, ¿no crees? —susurró Vanesa al oído de Diana.

—Querida... —Diana intentaba que su amiga cayera en la realidad sin descalabrarse con el golpe—. ¿Has calculado cuánto salami y entresijos tienes que vender al mes para que salga rentable un local en Serrano?

—Sí, claro —contestó—. Unos mil doscientos sesenta kilos.

—¡Ah, bueno! —Vanesa volvía a la carga—. Entonces no hay problema. Es un negocio redondo. ¿Tú sabes —se giró para preguntar a Mencía— si en economía existe algo que se llame *suicidio empresarial*?

—Ni idea, pero esto tiene toda la pinta de serlo.

—Oye, Ascen —preguntó de nuevo Vanesa—, ¿y a ti quién te pone el nombre de las tiendas? Alguna empresa de *marketing* o de publicidad, ¿verdad?

—No, lo hago yo sola —contestó Ascen, henchida de orgullo.

—Ah, tú solita. Qué mona. Y a esta ¿cómo la vas a llamar?

—Se llamará *Chicharrones con Diamantes*.

—Me voy al baño. —Vanesa se levantó, se tomó de un trago el tercer chinchón que Joaquín había traído para Ascen y, a grandes zancadas, se dirigió al baño seguida de Mencía y una de las señoras mayores de la mesa de al lado.

—Me llevó a su pueblo —empezó a contar Diana a sus amigas, ya todas de vuelta del lavabo. En la cara de Diana se leía la desesperación de la vida rural y de la España vaciada—. Hacía un frío inimaginable —dijo—. Se me hacían poco los leotardos y las tres bufandas de lana zamorana que llevaba puestas. «Vamos a la plaza», dijo Olegario.

—¿Es que...? —empezó a preguntar Ascen, pero Diana se adelantó.

—Sí, querida, aún hay personas en el mundo que se llaman Olegario, aunque los amigos lo llamaban Ole.

—Un nombre muy torero —aprovechó para decir Vanesa.

—Cogimos una de las dos calles que tenía el pueblo. Se llamaba la calle de Arriba. Ni imagináis cómo se llamaba la otra. De camino a la plaza nos cruzamos con un chico que iba

dando patadas a una lata de cerveza de un extremo al otro de la calle. Supuse —con mucho tino— que se trataba del tonto del pueblo.

—«Un pueblo no es nada sin su iglesia y su tonto», decía mi abuela —comentó Vanesa.

—Pues qué razón tenía la mujer, porque aquel muchacho daba mucho juego al lugar. Al llegar los tres a la plaza (Olegario, el tonto —que se nos había pegado como una lapa— y yo) nos encontramos con un ruido ensordecedor. «¿Qué es eso?», pregunté sorprendida y algo asustada. «La orquesta La Tabarra» —respondió Ole sin poder disimular la emoción en su rostro. «No es para menos», le dije con cierto sarcasmo y pensando lo distintos que somos los seres humanos y lo poco que hemos avanzado desde la prehistoria. «¡Como para no estar nervioso!», añadí para enfatizar el momento. En el centro de la plaza, sobre un endeble entarimado, teníamos delante nada más y nada menos que a la orquesta La Tabarra, que cantaba a voz en grito (más grito que voz) los tradicionales villancicos navideños.

—¿Y el tonto? —preguntó la tonta, que, como todo el mundo sabe, se buscan y se encuentran.

—Subido con la orquesta, pero solo tarareaba; se ve que no se sabía los villancicos.

—Yo era así —dijo Ole, emocionado.

—¿Tonto? —preguntó Diana, esta vez sin malicia alguna.

—No, de la banda —aclaró él, aunque viéndolos tocar la zambomba y la pandereta tampoco Diana se quedó muy tranquila.

Durante el camino en coche le había contado que en la universidad había sido tuno. A Diana le dio un vuelco el estómago al imaginarlo vestido con el traje de tuno, las medias negras ceñidas, los pantalones bombachos, la capa, las bandas de colores... Eso bajaba la libido a la altura de los tacones a cualquier mujer.

—¿Tuno? —exclamó ella.

—Sí, pero lo dejé.

—Casi mejor. A mí los chicos con mallas no...

No pareció gustar mucho el comentario a Ole, a quien se le vino a la cabeza aquella pandereta que con tanto afán tocaba y los comentarios algo negativos de su padre, más cercanos a la opinión de Diana que a la de él. «¡No le cosas más bandas, coño!», le parecía oír a su padre gritando a su madre, afanada con la máquina de coser Singer.

—Yo tengo un primo que se llama Andrés y también era tuno. Tocaba la bandurria.

—¿También cantaba?

—No. Era mudo —dijo Diana, que no veía el momento de marcharse.

—Después de una docena de atronadores villancicos —contó Diana a sus amigas—, caminamos sobre los pedruscos que sembraban las calles de aquel villorrio y llegamos hasta el bar-mesón-cafetería-restaurant-correos-tabacos-ultramarinos. «El mejor del pueblo», dijo Ole con entusiasmo. El único, supe yo después mientras comíamos morcilla de Burgos y unos torreznos como puños de grandes. Durante la opípara y elegante cena me contó que él y sus amigos, de niños, vieron una película donde los habitantes de un pueblo americano, para evitar el habitual aburrimiento de los días navideños, inventan un juego en el que tienen que superar cuatro pruebas. Si lo logran, el juez del juego les pone un sello en una especie de pasaporte creado para la ocasión. Gana, claro, el que más sellos obtiene. La película se desarrollaba en un pueblo cercano a la ciudad de Nueva York.

«Aquí no era lo mismo, claro —se excusó Olegario con la boca llena de choricitos a la sidra—. Pero ya sabes: a menos medios, más creatividad».

—Me contó, como si tal cosa —continuó Diana el rural relato—, que la primera prueba era descalabrar al tío Mariano, un pastor de ovejas que vivía en una cabaña en las afueras del pueblo.

—No fue fácil, no creas —contó Olegario—, porque alguien se chivó y se pasó todas las fiestas navideñas con un casco de obra sobre la cabeza. Pero al final, en un descuido, lo conseguimos.

—Se ve que erais muy constantes —dijo Diana, que se preguntaba qué coño hacía ella allí escuchando aquellas barbaridades y comiendo chorizo a la sidra, que, además, ni siquiera le gustaba.

—La segunda prueba —comentó Olegario— era tirar una cabra al río desde lo alto del puente.

—Pobre cabra, pero al menos el agua... —comentó Vanesa.

—Sí, eso pensé yo, hasta que me dijo que el río llevaba seco sesenta y cuatro años.

—La tercera prueba era la más facilona —prosiguió Olegario—: elegíamos una casa; al caer la noche tirábamos la puerta abajo a patadas, entrábamos... y ¡hala!, a destrozar a machetazo limpio el árbol de Navidad.

Diana se quedó callada mirando al espacio vacío; después, observó el plato ya vacío de choricitos y rememoró el montón de cenas que había tenido hasta ese momento gracias a MÉTHER. Sin duda alguna, aquella estaba entre las peores. Se quería marchar. De hecho, le habría gustado levantarse y gritar a los cuatro vientos: «¡Me quiero ir de aquí!», pero la habrían tomado por loca y no tenía muy claro qué hacían en aquel pueblo con los enajenados. Decidió seguir callada por seguridad.

—¿Y la cuarta prueba? —preguntó Ascen, intrigada y algo preocupada por la posible respuesta.

—Ni la escuché —contestó Diana—. No podía quitarme de la cabeza a la pobre cabra despatarrada en el cauce del río.

—¡Jo, qué gente más bestia!

—Mira. —Olegario señaló con la cabeza a un hombre que en ese momento entraba en el bar—. Ese es Marcelino.

—¿Marcelino?

—Era el entrenador de fútbol del colegio. Muchos días ni aparecía en el entrenamiento porque estaba aquí mismo, borracho como una cuba. Cuando eso sucedía nos aburríamos como ostras hasta que a alguien se le ocurría alguna buena idea.

—¿Y si no? —preguntó Diana, imaginando que de aquellas cabezas no podía salir ningún buen propósito.

—Si eso no ocurría, siempre nos quedaba ir a pegar a los del ajedrez, que se entrenaban cerca, en un salón del ayuntamiento. ¡Había que ver cómo corrían! En dos minutos el suelo se llenaba de fichas y de gafas aplastadas, de esas de pasta gorda. Era genial. ¡Qué risa!

Diana, con los ojos abiertos como platos, no daba crédito a las palabras de aquel energúmeno.

—El profe de ajedrez, una lumbrera con flequillo y cara de gilipollas, les gritaba mientras corrían que no se dejasen dominar por la brutalidad y la barbarie y que la inteligencia siempre estaría muy por encima de la fuerza bruta. ¿Tú te crees que se puede decir eso a un niño? —preguntó Olegario, que, además de lo que decía, hablaba con la boca llena—. ¡Qué manera de confundir a los pobres muchachos!, pero ellos no parecían escucharlo y se limitaban a correr de un lado a otro para evitar una buena tunda. Nunca olvidaré el sonido de los tableros chocando contra el coco de esos gilis.

A Diana, definitivamente, se le quitó el hambre por completo. Estaba horrorizada por el relato y no dejaba de acordarse de su hijo mayor, campeón regional de ajedrez dos años consecutivos. Dios mío, qué traumas habría sufrido sin ella saberlo, temió. Al día siguiente, sin falta, iría a hablar con don Ignacio, el director del colegio, para la supervisión de las clases o sacarlo de aquella peligrosa extraescolar y apuntarlo a *rugby*, taekwondo o algo más pacífico que el ajedrez.

—Después de zurrarles la badana varias veces —continuó Olegario, ajeno a los maternos sufrimientos de su compañera de cena cutre— nos llamaron al despacho del director. Nos echó una bronca de cojones, y la psicóloga, una pelirroja de bandera que había logrado llenar el seminario de *El padre: figura vital en la educación*, nos dijo que pegar no podía considerarse una actividad lúdica, que no nos ayudaría en absoluto a crecer interiormente como seres humanos y que, sobre todo, no se podía hacer porque era *bullying*, pero como ninguno sabíamos inglés seguimos pegándoles hasta...

—Hasta que os echaron a todos del colegio, imagino —exclamó Diana, con el oculto deseo de haber acertado.

—¡No, qué va!, hasta que cerraron el curso de ajedrez y echaron al profesor.

Definitivamente, Diana quería largarse de allí y dejar de oír aquellas horribles historias. Para disimular sacó el teléfono y se puso a simular que hablaba. Así estuvo cerca de quince minutos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó el cazurro cuando Diana metió el móvil en su bolso.

—Con mi primo Andrés.

—¿El que me dijiste que era mudo?

—Sí, el mismo.

—Como veis, chicas —comentó Diana—, aquello era como cenar con un *Australopithecus* que se sacara un moco de la nariz y después se lo comiera.

—Y que lo digas, hija —comentó Ascen.

—Entonces, ¿descartado? —preguntó Vanesa.

—Descartadísimo —contestó Diana, acabándose el chinchón de Ascen.

¡MARÍA DE LAS MERCEDES!

Mientras Diana esperaba su turno en el centro veterinario, se preguntó qué narices hacía allí. A Gustavo (antes Hércules; ya saben, el perro de la familia que compró el gilipollas de su ex) le tocaba alguna de las múltiples y costosas desparasitaciones o vacunas a las que se sometía regularmente. Diana echó un vistazo al reloj, resopló y miró de nuevo al perro. ¡Joder, pero si a ella ni siquiera le gustaban los perros! Y menos ese, pensó.

«Que sí, mujer, que un perro ayudará a que los niños se hagan cargo de sus responsabilidades», le dijo Gustavo (su ex, no el perro) el día que apareció en casa con Hércules, un espantoso carlino de nombre claramente desproporcionado, con la excusa de que, si no se lo quedaban ellos, el perro sería sacrificado cruel e irremediabilmente junto con sus otros hermanos de camada (esto último es un cuento chino que dicen todos los que aparecen en casa con algún animal y siempre, repito, siempre, es mentira y no lo crean ustedes jamás por más que se lo juren su mujer, sus hijos o el mismísimo moro Muza. *Nota del autor*, que, obviamente, tiene perro y gato).

«Nosotros lo sacaremos, mamá, de verdad», gritaban los niños, desesperados ante su rotunda negativa a quedarse con aquel carlino al que ya imaginaban muerto. Hasta Juan, el pequeño, se apuntó a la petición y gritaba algo ininteligible pero que acababa en *ino, ino*, y que Gustavo, su ex, rápidamente tradujo como «Salvemos al carlino», y eso que cuando la criatura decía *aca, aca* no le parecía que pidiese caca, y la llamaba a ella para que le atendiera.

Ni que decir tiene que, al poco tiempo (muy poco, no vayan ustedes a creer), ni los niños se hicieron responsables del perro ni cumplieron promesa alguna. Era ella, y solo ella, la que bajaba a la calle al puñetero perrito mañana y noche y era ella la que recogía las cacas con esa bolsa negra de plástico asquerosamente fino que dejaba notar en la mano el calor de la deposición. «¿Cómo la ha hecho hoy, cariño?», preguntaba el gilipollas de su ex nada más abrir la puerta. «De maravilla, cielo. Hoy mejor que nunca», contestaba ella, aunque, en realidad, lo que deseaba era lanzarle la bolsa de plástico a la cara para que comprobara la magnífica textura de la mierda de aquella noche.

—¡Sienta! ¡Sienta!

Diana giró la cabeza para ver de dónde venían los gritos. Se trataba de una anciana de aspecto angelical (ese aspecto angelical que tienen todas las ancianitas que se cuelan en la cola de la carnicería o del pan. ¡La madre que las parió!, se dijo Diana). La anciana intentaba, sin éxito, hacer entrar en razón a un *rottweiler* macho de unos cincuenta kilos.

—No hace mucho caso —comentó con buen tino el acobardado veterinario especialista en periquitos que se parapetaba tras el mostrador.

A Diana le pareció notar un ligero temblor en la voz del hombre.

—¡Que te sientes, coño! —repitió la anciana con el tono áspero de una verdulera afónica. Ya no parecía tan encantadora ni tan angelical.

Pero nada: el perro ni pestañeaba ante las órdenes.

Diana empezó a pensar si el animal no estaría en la clínica por una otitis seria.

—¿Está adiestrado? —preguntó el veterinario, cada vez más amedrentado.

—*Sitz, Rocky, Sitz!* —ordenó esta vez la octogenaria en lengua teutona (un idioma, por otra parte, que todo el mundo piensa que los perros conocen), pero ni por esas. Ni un músculo se movía en aquel corpachón.

Con aquella bestia, pensó el veterinario, no funcionaban ni los imperativos ni los subjuntivos ni lengua germánica alguna. Es más, tenía el firme convencimiento de que solo un buen disparo de fusil en la cabeza lo lograría. Recordó que no había fusiles en la clínica. «¡Mierda!», susurró.

—*Sitz!* —volvió la vieja a la carga, pero el chuchó tenía una cara muy particular entre «¿Qué cojones dice esta tía vieja pesada con tanto *sitz*?» y —aún peor— «Se va a *sitz* tu padre, pedazo de estúpida». Además, Rocky hacía rato que solo tenía ojos para un gato persa que descansaba en el regazo de su dueña, una señora de Cuenca muy callada que presenciaba la escena sin disimular esa cara de odio que solo saben poner los dueños de gatos a los perros o los dueños de perros a los gatos; no falla. Rocky, que al parecer llevaba una semana entera a dieta de puré de manzana y arroz cocido debido a una diarrea severa tras zamparse tres cuartos de la alfombra turca del salón (fleclos de los extremos incluidos), miraba al minino con intención de lanzarse sobre él de un momento a otro y engullirlo en dos bocados. Mientras el *rottweiler* observaba con cara de gula al gato persa (que, además, todo hay que decirlo, estaba gordo hasta la enfermedad), este trataba de disimular todo lo que podía mirando hacia el techo con cierta desidia, pero se notaba que, en el fondo, estaba acojonado. Y para no estarlo.

«*Sitz! Sitz! Sitz!*», gritaba cada vez más fuerte la vieja, que se desgañitaba en balde mientras Rocky, sin hacer ni puto caso a su dueña, se aproximaba babeando y con disimulo (todo lo disimulado que puede ser un *rottweiler* macho de cincuenta kilos, claro) al acobardado gato, que veía cómo iba a perder sus siete vidas a la vez y enseguida. El pobre felino, que continuaba más inmóvil que la Venus de Milo, de vez en cuando emitía extraños ronroneos con los que parecía rogar a sus dioses gatunos que el pedazo de bicho aquel obedeciera a su ama y se sentara de una puñetera vez, bien gracias a un *sitz* o bien gracias a una certera patada en el lomo. En cualquier caso, aquello pintaba muy mal, y el gato, fuera por instinto o porque de tonto no tenía un pelo, lo sabía.

La anciana, que se vio en la necesidad de disculpar a Rocky ante sus hambrientas y aviesas miradas, dijo:

—Es que le encantan los gatitos.

«Nos ha jodido», pensaron todos los presentes. De hecho, le encantaban en cualquiera de sus formas y salsas, y con el hambre que tenía sería capaz de comérselo hasta con la manta de lana de cuadros que lo cubría. Si no le había hecho ascos a una alfombra turca, anda que se los iba a hacer a una mantita escocesa monísima, se dijo más de uno, pero en silencio, porque allí no abría la boca ni el Pepe; nada, ni un sonido que pudiera atraer la mirada de aquella bestia.

Mientras, el veterinario, con mano temblorosa, cobraba a la dueña del gato, con la esperanza de que se cumpliera el plan A: que la señora pagara y se marchara con viento fresco antes de que el *rottweiler*, al que no quitaba ojo, diera comienzo a su inminente ataque. Por si no se cumplía el deseado plan A, se llevó la mano al bolsillo de su nivea bata para comprobar que ahí estaba el plan B: un calmante de caballo (no era una metáfora: era de los que se suministraban a los percherones), aunque a él lo que de verdad le apetecía era el plan C: llamar a Sebastián, el guardia jurado de la sucursal bancaria de al lado, para que diera a ese perro una buena patada en los huevos.

Había que decir en su defensa (del veterinario, no del perro) que no mostraba ningún gusto por aquella franciscana profesión y que él nunca quiso estudiar Veterinaria, pero, entre que en la

selectividad no le dio la nota para Medicina —que era lo suyo— y que dejó embarazada a Pili, la hija de su jefe y dueño de la clínica, allí estaba él, jodido, trabajando en la tienda de su suegro, vendiendo pienso y aguantando a viejas que hablaban en alemán a sus bichos. ¡Joder, si incluso era alérgico al pelo animal! Desde hacía seis años toda su vida era un puro estornudo, un perpetuo moqueo y un auténtico dispendio en pañuelos de papel. ¡Qué vida más perra!

—Y a todo esto, Hércules, perdón, Gustavo, ¿qué decía? —quiso saber Ascensión Raquet (de vez en cuando hay que escribir el nombre completo para recordarla, pero para nosotros es, y siempre será, la tonta. *Aclaración del autor*).

—¿Pues qué iba a decir?! —respondió Diana. En ocasiones, incluso a ella la ponía nerviosa—. Es un perro, Ascen. Los perros no dicen nada. Estaba acojonado y se metió entre mis piernas.

—¡Huy, qué pillín!, igual que Gustavo, tu ex, ¿a que sí? —exclamó Ascen antes de meter la porra en el café solo.

—A veces —susurró Vanesa al oído de Diana— te juro que no sé si bromea o es así de gilipollas.

—No descartes nada, querida —contestó Mencía con cierta desesperación mientras veía cómo Ascensión se comía otra porra.

—Bueno, pero no estamos aquí para hablar de los Gustavos de mi vida, ¿verdad?

—¡Verdad! —dijeron al unísono.

—¿Cómo fue el último...?

—Ni os lo cuento —interrumpió Diana—. No lo vais a creer.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba... —Diana hizo un silencio teatral para dar mayor dramatismo a sus palabras (lo había leído en una revista en la peluquería).

—¡Venga, mujer! —le pidieron las tres.

—Se llamaba María de las Mercedes.

—¿Una mujer?

—¡Una mujer!

—¡¿Tú?! —Vanesa no se lo podía creer—. Pero tú..., nunca me habías dicho nada. Yo...

Diana sonrió y dijo:

—No os adelantéis a la historia.

—Pero...

—Jacinto, por favor —pidió al camarero—, ponnos otro cafelito, anda, que lo vamos a necesitar.

—Bueno, Diana, ya sabes que me llamo Federico, que soy dueño de una ferretería, que tengo cuarenta y cinco años..., y mil cosas más que habrás leído en la ficha de MÉTHER.

—Sí, casi como si nos conociéramos de toda la vida —bromeó Diana, que en los primeros momentos siempre estaba algo cortada y nerviosa.

—No, no lo creo —añadió Federico, tan serio como su nombre.

«¡Jo, vaya corte», se dijo Diana, algo extrañada por la repentina e inesperada tensión. «Empieza bien la velada», pensó.

—Hay algo importante que desconoces de mí y que tengo que confesarte ahora mismo, sin más dilación, antes incluso de que te comas esa aceituna.

Diana se quedó con la boca abierta y sujetando la aceituna en cuestión con la punta de los dedos. Sintió que las piernas le temblaban un poquito y sabía que, con la mala suerte que solía

tener en las citas, podía ocurrir cualquier cosa. «A ver si es un loco», temió. A ella le daban mucho miedo los locos.

Hizo bien en prepararse interiormente, porque lo que estaba a punto de escuchar de labios de Federico era de aúpa (aunque sería más apropiado decir «de cojones», pero, como esto ya no se puede decir en los libros, pues no lo digo y ya está. *El autor*).

—Estoy en un momento de mi vida de gran indecisión —comentó Federico, tan circunspecto como un notario frente a un testamento—. Me busco y no me hallo —continuó—. No encuentro el sentido de mi vida y soy incapaz de tomar decisiones. No sé si me comprendes.

—Sí —respondió Diana, resuelta—. A mí me pasa todas las mañanas con la ropa de los niños y...

—No sé quién soy —interrumpió Federico, que era más de hablar que de escuchar—, pero voy a averiguarlo muy pronto. De hecho, el martes de la próxima semana a las cinco de la tarde.

—Como las corridas —apuntó Diana, pero de inmediato se dio cuenta de que el comentario no pegaba.

—¿Hum?!

—Nada, nada. ¿Qué va a pasar el martes, Federico? —preguntó Diana, intrigadísima.

—Que me operan —dijo él.

—¿De qué? —Diana, que intuía una conversación larga, se llevó definitivamente la aceituna a la boca.

—De mí entero.

—¿Ah! —exclamó Diana, aunque en realidad no entendía nada. Menos aún cuando el bueno de Federico sacó del bolsillo de su chaqueta un pintalabios y se dio un par de pasadas de rojo carmesí. Ella no era de entender muy rápido las cosas, pero aquello... Se bebió la copa de vino blanco enterita e hizo señas al camarero para que le sirviera otra. No se podía creer la mala suerte que tenía con las citas. Era tan surrealista que ni siquiera sus amigas la creerían; Ascen ni siquiera lo entendería, la pobre. Estaba completamente decidida: dejaría MÉTHER y se apuntaría a SHÁCAR. Le habían hablado muy bien de aquella aplicación. Más seria, más profesional y con un algoritmo mucho más potente a la hora de detectar tarados mentales.

—De hecho —continuó Federico tras acicalarse los labios—, si lo nuestro prospera...

«¿Lo nuestro?!», pensó Diana, que para nada se veía compartiendo el pintalabios ni el colorete con su pareja.

—La semana que viene ya no me llamaré Federico, sino María de las Mercedes.

—Qué nombre tan bonito —dijo Diana, por decir algo y deseando que llegara la tarta de manzana caramelizada que había leído en la carta y que pensaba meterse entre pecho y espalda. Aquella velada amenazaba con complicarse más y más y aún estaban en el segundo plato. Tenía ganas de ir al baño, pero se las aguantó porque temía que Federico, o, en su defecto, María de las Mercedes, decidiera acompañarla.

—Sí, María.

—Como las galletas. —Claramente, Diana no sabía qué decir y el tercer vino no ayudaba tampoco.

—Eso.

—Pero ¿tú eres...? —preguntó Diana.

—Polisexual —se adelantó a decir Federico—. Me gustan los chicos y las chicas.

—¿Ah!, pues me quitas un peso de encima —dijo Diana con una ironía que no alcanzaba a pillar Federico (eso, y no escuchar, es algo típico de la gente idiota, sea del sexo que sea, y en

Federico convivía vivamente todo: era idiota, era chico, era chica y no escuchaba).

—De hecho, soy omnisexual —dijo riendo como un leñador de las montañas (o una leñadora, claro)—, porque me gustan todos los géneros.

Un *guarro*, que habría dicho su abuela, que no tenía pelos en la lengua, pensó Diana antes de volver a las palabras de Federico: «Me gustan todos los géneros», había dicho. Y fue ahí precisamente donde comenzó el lío. Con las hermanas, en el colegio de las Religiosas Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, ella solo había estudiado dos géneros: el masculino y el femenino. Le vino a la mente sor Águeda escribiendo en la pizarra *gatito*, *gatita*; *perrito*, *perrita*... Al parecer, sor Águeda estaba equivocada, muy equivocada, y en realidad había no dos, sino hasta diez géneros diferentes. Sor Águeda, hoy, no habría tenido pizarra suficiente. Se acabó aquello de «Ha tenido usted un niño, enhorabuena». Ahora el médico podría decir con toda tranquilidad a los felices padres: «Enhorabuena, han tenido ustedes un ser humano aparentemente masculino, pero con una inclinación sexual aún no resuelta —salvo que sea cisgénico, claro— y con opciones de omnisexualidad u orientación sexual fluida». Cómo se alegró Diana de haber acabado el colegio.

—Pero no creas —dijo Federico— que soy de esos que dan solo importancia al físico y al sexo, ¿eh?

Si lo decía para tranquilizar a Diana, no estaba acertando el amigo Federico e incipiente María de las Mercedes.

—¡No, hombre!, digo mujer. ¡Ay!, perdona, Federico. ¡Qué lío, coño!

—Es cierto que soy demisexual —continuó Federico con su incomprensible verborrea— y necesito conocer muy bien a la persona para poder sentirme atraído. Yo no creo en eso de los flechazos solo por tener delante una cara bonita o un buen culo, ¿y tú?

—No, eh..., yo el culo tampoco...

—Soy mucho más profundo que todo eso —siguió Federico, que iba a lo suyo—. De hecho, fíjate, cuando conocí a Luis...

—¿Luis? —A Diana le sonaron las alarmas.

—Un compañero de trabajo. Bueno, pues cuando le conocí, creí ser homorromántico...

—¿Hum?

—Me sentía atraído hacia él de una forma que no puedes ni imaginar.

—¿Hum?

—Pero no sexualmente —aclaró Federico (o eso creía él).

—No por el culo —qué mal le sonó eso a Diana— ni por la cara.

—¡Nooo! —exclamó Federico—. Unos días después, me presentó a su novia, una chica mona y encantadora, y, ¡ja, ja, ja!, me pasaba lo mismo con ella. Me dije: «Federico, ¡tú lo que eres es un birromántico de libro!».

—Ya ves —exclamó Diana comiendo a toda pastilla y mirando el reloj—. Qué cosas pasan, ¿verdad? Con tantas opciones uno ya no sabe qué hacer. A mí me pasa con la bonoloto.

—Bueno, mejor eso que ser arromántico como mi hijo mayor, ¿no crees?

—Ah, pero ¿tienes hijos?

—Sí, tres.

Diana no se atrevió a preguntar si eran chico o chica, por no ofender, claro.

—Y me has dicho que tu hijo es...

—Arromántico —contestó Federico—. Le gustan las chicas, todas: morenas, rubias, altas, bajas, delgaditas, gorditas, con pecas, sin ellas..., pero es incapaz de enamorarse.

Vamos, lo que la abuela de Diana (la que no tenía pelos en la lengua) habría llamado un *salido de libro* o un *picaflor*.

—El pobre llegó a estar hecho tal lío que llegué a pensar si no sería antrosexual.

—Es que no es para menos. Cualquiera lo hubiera pensado —dijo Diana, que, en realidad, no tenía ni idea de qué significaba aquello, pero el albariño fresquito hacía que de su boca saliesen palabras que en absoluto obedecían a su cerebro.

Miró la botella casi vacía y Federico, buen observador, pidió otra. Lo de pedir por copas como al principio ya había perdido su sentido, pensó. Él apenas bebía, pero esa mujer tan callada, caramba, lo hacía por ambos.

—Sin embargo, Catalina...

—Me llamo Diana —dijo Diana, algo achispada.

—Sí, ya lo sé. Catalina es mi hija.

—¡Ah!

—Catalina es una persona con una orientación sexual fluida, pero me ha confesado que, aunque no es capaz de encajar en ninguna categoría, puede mantener relaciones con cualquier otro género.

—Y tu otro hijo, el tercero, ¿qué es?

—*Agender* —contestó Federico.

—¿De policía? —preguntó Diana con esa inocencia que solo dan la idiotez supina, la infancia o el alcohol en cantidades generosas.

—No, mujer, *agender*. Que el pobre no se identifica con ningún género. Aunque ellos prefieren llamarse de género blanco.

—¿Y se puede ser negro y de género blanco al mismo tiempo? —preguntó Diana, que estaba preguntona.

—¡Hum!, pues no lo sé, la verdad —respondió Federico, pensativo y con la mano en la barbilla—. Tal vez si es bigénero y se autopercibe como chico y chica a la vez sin relación con el sexo asignado al nacer... No sé, no sé. Salvo, claro, que sea intergénero y no se sienta ni hombre ni mujer, sino algo intermedio...

—Sí, claro, ¡ja, ja, ja! —dijo Diana, con risa tonta. Empezaba a estar como una cuba—. ¿Me pasas una gambita, Fede? ¡Qué pena que no sea gambón! ¡Ja, ja, ja! Para esto sí que es importante el género, ¿verdad?

Federico no cogió la broma. No era muy de bromas Federico, en breve María de las Mercedes.

—¡Qué bien! —exclamó Diana mientras pelaba la gambita—. Sois muy abiertos en tu casa.

—¿Tú también? —preguntó Federico.

—Un poquitito menos —dijo Diana, juntando los dedos pulgar e índice—. Yo soy más de regañar cuando pasan mucho tiempo en el baño, ya ves.

—Pues a mí el pequeño me tiene muy preocupado. «Pasé un tiempo en que me sentía grisexual, papá», me soltó un día durante la cena. Solo era capaz de sentir atracción sexual en situaciones muy muy concretas.

—¿Hum? —musitó Diana.

—Solo le ponían las dependientas de zapaterías de marca.

—¡Huy!, le resultaría carísimo ligar —apuntó Diana, siempre tan práctica ella.

—Yo les entiendo —continuó Federico, que era pesado, pero pesado de verdad—. Son jóvenes, están en búsqueda... Yo mismo pasé una temporada horrible en la que todo yo era un puro género fluido.

«Qué asco», pensó Diana, que casi escupe la gamba.

—Unas veces me sentía hombre, un macho, un torero, y, al poco, me sentía mujer. Después, otra vez hombre... De verdad, aquello era agotador y exigía un fondo de armario enorme. Cuando una tarde me vi robando a mi hija una blusa de flores, me dije que eso tenía que acabar y busqué ayuda psicológica. Tú imagínate. ¿A ti no te ha pasado nunca?

—Hombre, una vez por error me puse los calcetines de mi ex... —Diana se bebió otra copa de albariño tratando de imaginar a Federico con la blusa estampada de su hija, abierta y enseñando la pelambrera canosa del pecho.

—Estás bebiendo mucho —apuntó Federico mientras le servía otra copita—. Igual te sienta mal.

—El albariño es afrutado y el médico me recomendó que tomara varias piezas de fruta al día —comentó Diana entre dos hipos.

—¿Tus hijos son cisgénicos?

—¿Cis... qué? —preguntó Diana.

—Que si su identidad de género coincide con su sexo asignado al nacer.

—Bueno, los niños tienen cola y la niña...

Diana no comprendía la mitad de lo que decía aquel hombre. Tampoco lo hubiese hecho sor Águeda y eso la dejó en paz consigo misma y, sobre todo, con su intelecto.

—Tengo que ir al baño —dijo levantándose como una exhalación y sin dar tiempo a que Federico, o María de las Mercedes, la siguiera—. Perdona.

Cuando Diana se vio en el espejo del baño, lo que vio no le pareció su propio rostro, sino el de una señora que salía de la Tomatina de Buñol tras una durísima batalla con los vecinos. Los papos y los lóbulos de las orejas enrojecidos por el vino, los ojos vidriosos, la mirada perdida y el pelo algo alborotado. «¡Qué vergüenza!», se dijo. Tras mojarse la cara y empaparse la blusa, salió del baño y se dirigió a la mesa en lo que ella creyó una perfecta línea recta, pero que desde atrás cualquiera habría considerado como «andar haciendo esos fruto de una buena moña».

—Oye, Diana, ¿y qué opinas de los transgéneros? —preguntó Federico nada más sentarse ella, mientras se rascaba sus percederos genitales en un gesto no muy diferente de cuando el cabrón de su ex hacía lo mismo con los suyos en el sofá frente al televisor. En algunas cosas el género masculino no había cambiado para nada, pensó Diana encogiéndose de hombros.

¡Qué cansino era ese tío!, se dijo. Ella habría preferido hablar de algo más trivial, como, por ejemplo, las croquetas de jamón que habían comido de entrante, pero la vida había que tomarla como venía, pensó mientras echaba un vistazo a la carta de postres, solo para reafirmarse en la tarta de manzana caramelizada. Menos mal que ya sabía qué pedir, porque aquella línea horizontal llena de letritas negras que se movían sin ton ni son era imposible de leer.

—Bueno, yo... —Diana iba a responder algo. No sabía qué, pero iba a responder, cuando Federico la interrumpió.

—Imagínate: no identificarse con el sexo asignado al nacer.

Federico hablaba de la asignación de sexo como si fuese el primer día de gimnasio: «Ten —te decía la guapa y musculada recepcionista—, te asignamos la taquilla 43. Aquí tienes la llave. Bienvenida y *enjoy*, guapa».

—Sí, pobres. Transgéneros. Ya ves. Yo...

—¡¿Pobres?! —exclamó Federico, algo airado—. Un transgénero puede ser heterosexual, bisexual, homosexual o asexual, incluso hasta puede apartarse y desechar todas esas etiquetas convencionalistas, que su identidad no se corresponde con su fenotipo sexual.

Diana se juró a sí misma mirar en un diccionario todo aquello, pero, sobre todo, lo del fenotipo.
—¡Ellos cambian al sexo que se corresponde con su género y...!

—¡Eso!, cortan por lo sano y a tomar por culo. —Por la cara que puso Federico, no fueron las palabras más acertadas de la velada, creyó entender Diana. Tampoco el hipo posterior ayudó mucho, ni la risita tonta de después.

—Bueno, mujer, dicho así...

—¡Ji, ji! —fue lo máximo que Diana alcanzó a decir.

—Bueno, después de esta estupenda charla no sé muy bien qué piensas de mí —dijo Federico, estirándose en la silla—. No vayas a creer que soy intersexual: yo tengo todo, todito. —Esto último Federico lo dijo bajando el tono y guiñando un ojo, el derecho, a Diana, que trató de devolverle el guiño, pero con tanto alcohol solo consiguió hacer la seña de duples del mus—. Bueno, al menos hasta la semana que viene. Tampoco soy pangénero...

Diana no sabía qué era eso, pero no quiso imaginar ni por asomo lo que haría Federico con una barra de pan.

—Ni andrógino —continuó Federico.

«Andrógino —susurró Diana, alegre por reconocer la palabra—: ¡es una colonia de hombres!».

—Y nada de poliamoroso. Yo soy de una sola pareja...

—¡Como los cisnes! —Diana levantó la copa al aire.

—Eso. Y espero que tú también lo seas, porque ya sabes: dos son compañía y tres son multitud. De hecho, soy tirando a celosillo. ¿Y tú?

—Huy, yo soy superpolicelosa y fotovoltáica, ¡ji, ji! —contestó Diana, encendiéndose un cigarrillo, que apagó al instante en cuanto la miró el camarero—. Oye, por cierto: y tú, ¿por qué estás en MÉTHER?

—Mi mujer se fue con otro; la muy guarra.

—Vaya tío más raro. ¡Madre mía! —exclamó Mencía.

—¡Y sus hijos! —dijo Ascen.

—Por cierto, y tus hijos, ¿qué tal? —preguntó Vanesa—. Al final no le respondiste.

—Bueno, el mayor pasa mucho tiempo en el baño y...

—Eso es que se masturba como un mono gibraltareño —soltó Vanesa a bote pronto, haciendo que Soledad y Consuelo, las dos ancianas de la mesa de al lado, se agitasen en sus sillas.

—¡Hija, qué guarra eres a veces! —dijo Ascen.

—¿Cuánto es mucho tiempo? —quiso saber Mencía, que tenía tres hermanos varones.

—Una hora y media, arriba abajo.

—¡Huy, se va a quedar ciego! —dijo Ascen, profundamente preocupada, llevándose las manos a la cabeza.

—La parte buena es que el muchacho pone mucho empeño —comentó Vanesa con sorna.

—Quizá sea amor propio —añadió la tonta, sin saber que estaba haciendo un muy ocurrente juego de palabras que fue muy aplaudido por Jacinto, el camarero, y las dos ancianas.

—Es que es un muchacho muy voluntarioso —le contestó Vanesa.

—Sabéis que estáis hablando de mi hijo y que yo estoy delante, ¿verdad?

CENANDO CON EL VECINO

—¿Te gusta viajar?

—Viajar, sí; pero volar, no —respondió Diana, tajante, aunque, en realidad, en ese mismo instante se sentía como una paloma surcando los cielos de Madrid.

No sabía cómo, pero desde aquel primer atropello en el garaje, en uno de los varios encuentros en el ascensor, y de la forma más sencilla y natural del mundo, había surgido aquella cena entre ella y Daniel. Lo que daban de sí los ascensores en las relaciones, se dijo. Que si has probado la cocina chilena. Que no. Que si te gusta el ceviche. Que claro. Y las machas. Pues también, dices, aunque no tengas ni idea de qué es eso, pero te arriesgas porque el dichoso ascensor está llegando a tu piso y no quieres marcharte. ¡Jo, qué rabia que lo hayan arreglado esa misma mañana y ahora suba como un puñetero Ferrari!, piensas.

—Así que no te gusta volar. ¿Y eso? —insistió Daniel.

—En primer lugar, por la ropa.

—La... ropa —repitió Daniel, con tono de no entender.

—Sí, la ropa. Verás, hay un momento en la vida que marca el resto de tu existencia y es el instante en que dices: «Quiero ir cómoda». Esa es una frontera, una línea roja, y si la cruzas no volverás a vestir bien nunca más. A partir de ese instante, te será indiferente la elegancia, renegarás de los tacones altos, del ir mona, y de ahí a dejarte (¡qué horrible palabra!, ¿verdad?), solo hay un paso, un diminuto paso que no acaba ahí; acaba en ir como una guarra. Perdona, pero es que no hay otra palabra.

—Guarra —dijo Daniel.

—Sí, guarra —confirmó Diana—. Cuando dices que quieres ir cómoda en un avión, estás diciendo que no te importa ir estrafalaria, porque esa ropa «có-mo-da» —Diana recalcó cada sílaba— no es otra cosa que unos pantalones naranja chillón, anchotes y propios de un *hippie* hindú. Ni a tu peor vecina se los desearías. Cuando declaras abiertamente al mundo que quieres ir «có-mo-da» —silabeó de nuevo—, realmente estás pensando en ese jersey de lana gorda, feo como un mono, pero calentito; estás hablando de las sandalias tipo monja conventual con cuero veteado y hebilla plateada y del fular deshilachado que más de una vez pensaste en convertir en trapos de cocina, pero no lo hiciste por respeto a los recuerdos de aquel verano en Ibiza... Todo eso es lo que hay detrás de ir «có-mo-da».

—Suena horrible —comentó Daniel con ironía tapándose la boca con ambas manos.

—¡Es horrible! —recalcó Diana—. ¿Quieres ir guapa? —exclamó golpeándose el pecho con el puño, como una tonadillera del barrio de Triana—, pues te jodes y vas incómoda. Es lo que hay.

—Te jodes, es lo que hay —repitió Daniel.

—Esto último no lo digo yo; lo dice mi amiga Vanesa, que habla un poco mal.

—¿Y segundo? —preguntó Daniel, sonriendo. Se sentía cómodo con esa mujer, pensó, y hacía mucho tiempo que no sentía así delante de una mujer. Le gustaban las mujeres naturales y aquella lo era. Además, tenía la extraña sensación de que se conocían desde hacía mil años y de que todo fluía con facilidad. Si en ese momento ella hubiera estirado el brazo para cogerle la

mano, no le habría parecido algo extraño, sino lo más normal del mundo. Conducía mal, eso sí —aún le dolían los dedos del pie—, pero era espontánea, sencilla y le hacía reír.

—Y segundo, ¿qué? —dijo Diana, que sentía unas irrefrenables ganas de estirar el brazo y coger la mano de Daniel.

—Decías antes que había dos motivos por los que no te gustaba volar y...

—¡Ah, sí! Segundo, por el embarque. Ese es el peor momento de todos.

—¿El embarque? —preguntó, intrigado, Daniel. La verdad es que había oído lo del peso del avión, lo de la ley de la gravedad, lo de los extraños ruidos en las alas o los rayos golpeando el metal. Por supuesto, las temibles bandadas de pájaros metiéndose en los motores..., de todo había oído sobre miedos a volar, pero esa versión del embarque no la había escuchado nunca—. Cuéntame, por favor —pidió con una sonrisa—, me tienes en ascuas.

—Verás, todo empieza cuando se anuncia por megafonía que los pasajeros pueden embarcar. Es el acabose. El avión está parado, claro. Todo el mundo puede verlo a través de los ventanales, pero da igual: hasta la última embarazada y el último octogenario se levantan de sus asientos para ganar sitios en la fila, esos mismos asientos incómodos y de plástico que poco antes defendían con sus vidas. En unos segundos se genera como por arte de magia una enorme fila que desea entrar en el *finger* para ahí hacer otra cola muy similar a la que, a su vez, se formará en el pasillo del avión mientras los de delante tratan de meter maletas imposibles en los diminutos compartimentos de arriba ante el asombro de las azafatas, que no dejan de sonreír aunque les pisen un juanete con la punta del tacón.

—Si quieres, puedes respirar, comerte otra croqueta y seguir después —aconsejó Daniel.

Diana sonrió, hizo caso del consejo y se comió una croqueta de jamón ibérico que le supo a gloria, antes de proseguir.

—Pues eso, se hace la cola en la sala de embarque. Después silencio. Todos observan a la azafata que hay tras el mostrador. Pone cara rara. Habla por una especie de teléfono. Mueve la cabeza. Mira hacia la fila con rostro preocupado, como si le importara la gente que allí se encuentra (pero no es cierto; eso es bien sabido). Da unos golpecitos con el dedo en el micrófono y dice «sí, sí»; lo dice dos veces. Rasca un poco. Se caga (en silencio, no por el micrófono) en Arturo, el de mantenimiento. También dos veces, una por cada rascada. A continuación, coge de nuevo el teléfono interno. Cara más seria que antes. Asiente. Se lleva la mano a la frente. Vuelve a asentir y cuelga. Otra vez coge el micrófono, que vuelve a rascar, y comunica que hay un pequeño retraso cuyo motivo, por supuesto, es ajeno a la compañía (faltaría más). Nadie cree, claro, que vaya a ser pequeño (el retraso), pero allí nadie se mueve, aunque alguno mira de soslayo hacia los asientos. La cola permanece impasible al anuncio y a la tardanza. «Yo he cogido sitio y una polla como una olla me lo van a quitar», dice siempre alguno, soez y de rostro severo como el del director de un coro. De pronto, se oye en la fila el agudo llanto de un bebé. Lloro con ganas. Empiezan los nervios. La gente mira su tarjeta de embarque y se pregunta dónde irán esa madre y ese niño que llora como solo lloran los niños que lloran en un avión (en especial, si es un vuelo nocturno y transoceánico). Más nervios en la cola, claro. De pronto, la madre saca un pecho y el bebé se agarra a él con ansia. (¡Qué manía con lo de dar el pecho en público!, ¿verdad? *El autor*). Parece que funciona. El bebé es varón y lo del pecho siempre ha funcionado entre los varones. No es machismo, es pura genética. El niño deja de llorar. Funciona. Tú, Daniel, eso lo sabes mejor que nadie.

—Bueno, creo que sé algo más de niños que de tetas, pero sí, en general suele funcionar —contestó con humor—. Pero sigue, por favor.

—Alguna sonrisa en la fila. De repente la madre se guarda la teta. El niño ahora no llora: berrea (¡y quién no, si de repente te quitan la teta de la boca!, ¿verdad? ¡Eso no se hace, señora!, parecen pensar algunos). Unos la animan a darle más pecho, otros opinan que no, que mejor se espere al avión, que el viaje es largo y no se sabe cuánta leche hay ahí dentro. Se crea cierto debate en la fila, que solo acaba con el irritante rasguído del micrófono.

»Que se va a iniciar el embarque, dice la azafata. Que aquello va por grupos y que comienzan los niños y los que vuelen en primera clase. Algunos se despiden con alivio del bebé, que ahora no llora porque ha enganchado bien el otro pecho; otros se despiden con pena de la teta de la señora, que estaba de muy buen ver. A continuación, se empiezan a mover los de *business class* (lo que era la primera clase de toda la vida antes de que supiéramos inglés). Se escucha algún tímido silbido de desaprobación (los peluseros de siempre, claro). También se oye un “Rojos” por parte de uno de los de primera (un señor con el pelo cano y corbata. Poca gente vuela ya con corbata, pero los que lo hacen siempre son de primera). Algunos levantan la barbilla para ver mejor a los afortunados. Una mezcla de envidia (no sana) y de rabia se apodera del grupo. “Seguro que se lo paga la empresa”, se autoconviene la mayoría para que no duela tanto. “Pues tampoco merece la pena”, le susurra al oído una señora de Tarrasa a su marido. En efecto, señora, la copita de champán, la toalla caliente para lavarte las manos sin tener que ir al baño de uso exclusivo, el aperitivo con jamón de Jabugo, o de Guijuelo, qué más da; las elegantes y suaves mantitas de lana, los auriculares para la televisión con decenas de películas por elegir, los tapones para los oídos, el delicado antifaz de satén, la copa de vino, la deliciosa cena, el postre, la copita de dulce y el asiento que se recuesta hasta convertir aquello en un cómodo lecho donde dormir de un tirón las doce horas que se te vienen encima... “¡Pues claro que no merece la pena, querida!”, le contesta su marido, que también es de Tarrasa y es más de viajar en autocar de línea.

»“Ahora, por favor, el grupo dos”, dice la azafata. Todos se han dado cuenta de que lo ha dicho con desgana, la muy asquerosa. No con el tono simpático con el que llamó a los de primera, sino como si hubiese dicho: “Venga, venga, adelante con el rebaño”. Un murmullo surge entre la fila. Ya empiezan los nervios. Lo que ella inicialmente denominó “pequeño retraso” se ha acabado convirtiendo en cincuenta minutos de pie. La azafata, que no es tonta y tiene más tablas que el Corral de la Morería, y que sabe leer los rostros y se huele el motín, decide ampliar el cupo para agilizar aquello y acabar pronto. “Bueno, y los grupos 3 y 4 también pueden”, dice con voz algo temblorosa. “Que pasen todos”, le dice por lo bajini el compañero azafato, que huele la sangre a kilómetros y también ha intuido que aquello se puede liar en cualquier momento. Además, hay partido de la selección en la tele y quiere verlo.

»—Por favor, solo maletas pequeñas —exhorta la azafata en un acto de valentía.

»—¿Esta vale, señorita? —pregunta una señora muy llana, de Albacete, algo mayor y poco viajada.

»—Señora, eso es un baúl —contesta el compañero de embarque, algo desesperado y que sabe que, cuando la cosa se tuerce, se tuerce. Ese no va a ser un embarque fácil y ya cuenta con no ver la primera mitad del encuentro.

»—¿Entonces no? —insiste la anciana.

»El empleado la mira y ni se molesta en contestar.

»—¿Queda algún niño en la fila? —pregunta la azafata.

»—Aquí, aquí —exclama una señora al fondo, levantando la garrota.

»—¿Se refiere al del bigote, señora? —dice la avezada azafata, que se sabe todos los trucos.

»El niño en cuestión es un muchachote de unos dieciséis años con cara de tarugo y que, tirando por lo bajo, ha repetido tres cursos de la ESO.

»—Sí —dice la señora, sin atisbo alguno de vergüenza, mientras el nieto, que ni se ha enterado de que están hablando de él, sigue con los auriculares puestos.

»—Pues no, señora, no puede —comenta la azafata—. Ya es un hombretón.

»—Pues ya lo siento, ya —asume la mujer.

—Al fondo de la fila —continúa Diana— un grupo de estudiantes chillan, ríen, gritan, cantan, beben babas de la misma botella y causan verdadera inquietud ante el presagio de un viaje de varias horas junto a ellos; sobre todo, cerca del que lleva la pandereta.

»Por fin, se llega al mostrador y se pasa el pasaporte. “Buen viaje”. “Muchas gracias”. El ayudante de la azafata tuerce el gesto. De refilón y con disimulo ha visto en el móvil que han marcado. De penalti. España, cero; la otra (no sabe cuál), uno. Sonríe. Él también es de Tarrasa.

—¿Te apetece otra botella de vino? —preguntó Daniel.

«¡Ay! —pensó Diana—, igual lo dice porque cree que estoy seca por estar hablando mucho, pero el caso es que parece relajado y contento. ¿Sigo? —se preguntó—. Venga, sigo. Que te quieran como eres, Diana, o que no te quieran. Valor», se dijo.

—Vale —dice antes de proseguir—. Una vez en el *finger*, el calor es de muerte, pero anima el hecho de pensar que pronto estarás en tu asiento. Sí, es estrecho; sí, de acuerdo, y las rodillas no caben bien; sí, tampoco hay espacio para la maleta y se la acabarán llevando a no se sabe dónde..., pero no importa, es tu asiento, tuyo y de nadie más. Sin embargo, todo ese ánimo se va al carajo cuando estás a punto de meterte en el avión y miras hacia el morro de la nave, hacia la cabina de los pilotos, y los ves. «¡Dios mío, qué jóvenes son!», piensas. Podrían ser tus hijos. Bueno, de acuerdo, quizá no tanto —añadió, al ver los ojos abiertos de Daniel—. «¿Habrán volado mucho?», te preguntas varias veces mientras buscas en sus rostros algún signo de vejez. «¿Habrán salido de copas la noche anterior?», te dices con horror. «¿Se drogarán?».

»Bueno, qué le vas a hacer, te dices con resignación.

—Nada —apuntó Daniel.

—Eso. Nada. No puedes hacer nada. Eso es lo malo de volar, que dependes de todo el mundo; no es como el coche, que solo dependes del GPS. Entonces, miras hacia atrás y comprendes que es imposible retroceder. El *finger* está abarrotado. Además, aunque lo intentaras, el grupo de jóvenes que taponan la salida lo impediría, así que *Alea jacta est* y *pa* dentro.

—¡Caramba! —exclamó Daniel—. Toma, bebe —le ofreció la copa de vino—, respira profundamente y brindemos por...

—Por los viajes en avión —interrumpió Diana, levantando su copa y pensando que hacía meses que no tenía una cita alegre, divertida y, sobre todo, normal—. En el fondo, son estupendos porque nos permiten viajar y conocer las maravillas del mundo, ¿no te parece?

—¡Por las maravillas del mundo! —exclamó Daniel, mirando a los ojos de Diana, quien por un momento, solo por un momento, pensó que quizá, solo quizá, se refería a ella.

SÍ ES SÍ

—Pero ¿qué te pasa, hija, que llevas esa cara? —preguntó Vanesa extrañada al ver la alteración de su, habitualmente, tranquila amiga.

—Que estoy hasta el gorro de los grupos de WhatsApp —contestó Diana—. Me tienen loca. Sobre todo, el del colegio de los niños. Hay gente que no hace otra cosa que enviar mensajes. Mira y dime qué te parece.

Diana ofreció el móvil a su amiga Vanesa. Esta lo cogió y comenzó a leer.

Ana

Hola, holi, holita!!!

Buenos días a todos y felicidades a los migueles.

08:56

Belén

Muchas felicidades migueles!

Un abrazo fuerte

08:56

Miguel

¡Gracias!

08:57

Cari

¡Felicidades!

08:57

Isa
¡Felicidades!

08:57

Miguel
Muchas gracias a todos por
acordaros.

08:57

Miguel
Muchas gracias a todos por
acordaros.

08:57

Puri
¡Y a los gabrieles también!

08:57

Cari
¡Eso, eso, y a los gabrieles!

08:57

Gabriel
¡Gracias!

08:58

Cándida
¡Felicidades migueles y gabrieles!
Que paséis un buen día

08:58

+34618764334
¡Muchas felicidades!

08:58

Miguel
Gracias y felicidades, Gabriel.

08:58

Gabriel Ruiz
Igualammente Miguel.

08:58

Gabriel Ruiz
Igualmente, quería decir. ¡Gluc!

08:58

Juan
Abrazos migueles.

08:59

Cándida
¡Y gabrieles!

08:59

Juan
Eso. Y gabrieles.

08:59

Cari
¡Y rafaeles! ¡Ji, ji!

09:00

Cándida
¡Andá! Es verdad. Y rafaeles. ¡Vaya
día llevamos!

09:00

Cari

Pues eso, felicidades a los rafaeles, a los migueles y a los gabrieles.

Un beso.

O mejor, tres besos. ¡Ja, ja, ja!

09:00

Luisa

¡Felicidades, arcángeles!

09:01

Cari

¡Ja, ja! ¡Es verdad! Qué bueno!

09:01

Otto

Felicidades desde Alemania, chicos.

09:01

Rafael

Gracias a todos por lo que me toca.

09:01

Marta

Arcángeles, ¡muchas felicidades!

Un año más y cada día más jóvenes.

09:01

Cándida

¡Que no es cumpleaños, Marta, que es su santo!

09:01

Marta

¡Ah, es verdad! Feliz santo. Qué despiste. Es que estoy haciendo la compra y escribiendo a la vez. Pendón.

09:02

Cari

¿Pendón? ¡Ja, ja, ja!

09:02

Rosamari

Pendón tú. ¡Ja, ja!

09:02

Marta

¡Ay, perdón! Ha sido el magdito
crorector. No se pueden acer doss
cosas
ala sed.

09:02

Cari

Eso dice mi marido.

09:02

Marta

Qué mala eres. ¡Ja, ja!

09:02

Marta

¡Ja, ja! Mala, malota, cara de bellota.

09:03

Arturo

¡Felicidades arcángeles!

09:03

Gabriel
Muchas gracias.

09:03

Rafael
Gracias.

09:03

Marta
Qué lío.

09:04

Miguel
Sí, es que antes teníamos un día de
festividad cada uno, por separado:
los migueles, el 29 de septiembre;
los rafaeles, el 24 de octubre y los
gabrieles, el 24 de marzo, pero los
juntaron y mira...

09:05

Purificación

No sabía que había tantos gabrieles,
migueles y rafaeles en el grupo.

09:05

Marta

A ver si se ha colado alguien..

09:05

Cari

Eso no es posible. Sigue con tu
compra, bonita.

09:05

Gabriel Ruiz

En Córdoba lo seguimos celebrando
el 24 de octubre. Es nuestro ángel
custodio.

09:05

Miguel

Gracias, chicos y chicas y chicles.

09:05

Cari
¿Chicles?

09:05

Luisa
???

09:05

Miguel
Perdón, chicos, chicas y... ¡chiques!
09:06

Cari
¡Rojo! ¡Ja, ja, ja!

09:06

Isa
¡Ja! ¡Ja!

09:06

Purificación
¡Ah!, y también felicidades a los alaricos, y a los eutiquios de Heraclea...
09:06

+34 405 75 20 00

Sí, eso, que habrá muchos en el grupo, ¡no te jode! Anda que nos sois pesados, ¡coño! Que no dejáis trabajar con el puto pitidito del WhatsApp.

09:06

Luisa

Ya estás tú.

09:06

Marta

El de siempre.

09:07

Marta

El de siempre.

09:07

Cari

Pues no participes en el grupo.

09:07

+34 405 75 20 00

Pero es que aquí no trabaja nadie?!!!!

09:07

Otto

Por eso me vine a Alemania.

09:07

Cari

Otro que tal baila.

09:07

Marta

Dirás Otto que tal baila.

¡Ja, ja!

09:07

Cari

¡Ja, ja! Mala malota...

09:08

Rafael Beltrán

Gracias por lo que me toca.

09:08

Luisa

Que sí, Rafael, que ya te hemos
leído.

09:08

Cari

Y felicidades a los juanes.

09:08

Amelia

¡Ah, como el cantante!

09:08

Marta

¿Pero san Juan no es en junio?

09:08

Cari

Sí, pero hoy es san Juan de Dukla.

09:08

Marta

Y san Juan Bautista, ¿es el mismo?

09:09

Luisa
¡Nooooo!

09:09

Marta
¡Ay, hija!, es que yo, como soy atea,
no me sé el santoral.
¡Felicidades Juan!

09:09

+34 405 75 20 00
¡Qué coñazo! ¡Me voy a salir del
grupo!

09:09

Amelia
¡Pues salte de una vez, pesado!

09:09

Cari
¡Eso!

09:09

Marta

Por cierto, +34 405 75 20 00, ¿quién eres? No sale tu foto, solo sale el número de teléfono.

09:09

+34 405 75 20 00

Soy Mauricio.

09:10

Andrés

¿Mauricio? ¡Andá!, pues muchas felicidades

09:10

+34 405 75 20 00

¿Por qué?

09:10

Andrés

Porque hoy es San Mauricio de Carnoet

09:10

Purificación
¡Felicidades Mauricio!

09:11

Gabriel Ruiz
¡Buen día!

09:11

Rafael Beltrán
Gracias por lo que me toca.

09:11

Marta
¿Mauricio es también arcángel?

09:11

Cari
Marta, bonita, sigue con tus compras.

09:11

Amelia
¡Muchas felicidades Mauricio!

09:11

Pepe
Abrazos Mauricio.

09:11

Pepa
Un beso fuerte.

09:11

+34 405 75 20 00
Gracias a todes.

09:12

Marta
¡Rojo!

09:12

+34 405 75 20 00
Ha sido el puto corrector.

09:12

Purificación
¡Ja, ja, ja! Mala malota cara de bellota

09:12

Cándida
¡Rojo! ¡Rojo! ¡Rojete!

09:12

+34 911 31 94 66
¡Felicidades arcángeles y felicidades
Mauricio!

09:12

Marta
¿Este año también nos juntamos para
los cumpleaños de los niños?

09:13

+34 405 75 20 00
¡Joder!
Me salgo. Adiós. Que os den.

09:13

—Hija, no me extraña que estés alterada. ¡Vaya coñazo!

—Pues así todos los días. Y eso que ahora ya he aprendido a quitar el soniquete ese de cada vez que entra un mensaje, porque era un sinvivir.

—Bueno, cuéntame qué tal te fue con el abogado.

—¿No esperamos a que lleguen...?

—No, hoy no pueden venir. Me han llamado hace un rato para decírmelo.

—Pues mal, ¿qué quieres que te diga? Fue desagradable.

—¡Hija, qué racha llevas!

—Hasta la llegada fue algo estrambótica.

—Cuenta, cuenta.

—Me llevó a un restaurante muy fino y caro en la calle Serrano. «Está lleno de socialistas y sindicalistas», me dijo mi acompañante al entrar...

—Eso es que se come bien —interrumpió Vanesa, que lo sabía porque había salido un tiempo con un concejal y lo dejó porque engordó seis kilos (ella, no el concejal).

—Inmediatamente después de nosotros, entró otra pareja. Nos sentaron en dos mesas contiguas junto al ventanal que daba a la calle. En ese momento vi cómo el *maître* cuchicheaba con unos camareros ante la insistencia de varios clientes que pedían la cuenta con cierta prisa. «Qué raro», me dije extrañada. Los cuchicheos del personal pasaron a los comensales y se convirtieron en rumores. Mientras leía la carta, no pude evitar escuchar la conversación de la pareja. «En este mismo restaurante —dijo el hombre—, hace poco más de un mes, un tío se atragantó y tuve que hacerle la maniobra de Heimlich». «¿Lo lograste?», preguntó su acompañante, muy interesada y con cierto orgullo en el rostro. «No», respondió él, mientras pedía una botella de rioja. «¿Y?», volvió a preguntar la mujer, intrigada por conocer el final de la historia. «Finalmente tuve que recurrir a un sistema más drástico: la punción en la garganta». «Pero ¿cómo?», preguntó ella llevándose las manos a la boca, aunque afortunadamente esto lo hizo después de rechazar el vino y pedir una botella de *champagne* Dom Pérignon. Sin duda, él era médico y ella una interesada. «No es nada fácil, querida, ya sabes...». «Lo sé». «Y muy pocos médicos —se pavoneó el caballero— se atreven a realizarlo: riesgo de infección, traumatismo severo... Qué te voy a contar. Yo, sin embargo, lo he hecho siete veces. Todas en restaurantes. Tenías que ver cómo aplaudían mis compañeros del hospital durante la cena de Navidad cuando lo conté». «Qué maravilloso trabajo: poder salvar la vida a alguien y...». «¿Salvar? —preguntó él con una gamba en la mano—. ¿Cómo salvar?». «Sí, al hombre que se atragantaba... ¿Lo salvaste?», preguntó la mujer con un hilo de voz y un incómodo nudo en la garganta que deseó no fueran restos de algún alimento. «¡No, mujer! ¡Qué va! El hombre murió allí mismo —dijo el doctor llevándose el segundo crustáceo a la boca—. Ya te he dicho que eso es muy difícil y que muy pocos lo intentan». «Claro», comentó la mujer mientras masticaba la comida hasta desmenuzarla como un potito de verduras.

—No te puedes imaginar el silencio que se hizo en el salón. Al parecer, no era yo la única que escuchaba la conversación —contó Diana a Vanesa.

—Bueno, ¿y tu cita? —quiso saber Vanesa.

—Abogado, traje gris oscuro, camisa blanca y corbata negra. Parecía sacado de una funeraria. En mitad de la cena abrió su maletín y sacó un archivador repleto de documentos. «Para firmar», me dijo. «Pero ¿vas a comprar un piso antes de los postres, o vas a pedir una hipoteca al *maître*?», bromeé.

—¿Y? —preguntó Vanesa extrañada.

—Pues que no, que no era ninguna broma. Me miró serio y dijo: «Es en previsión de posibles denuncias». Y el muy gilipollas extendió el montón de documentos entre el salero y la copa de vino. «¿Puedes firmar aquí, aquí y aquí?», dijo el jurisconsulto señalando unas crucecitas a lápiz muy monas que adornaban aquel montón de párrafos.

—¡Un gilipollas, sí, pero todo un profesional! —apuntó Vanesa.

—Y, sobre todo, no olvides firmar este rosa —comentó el letrado.

—¿El que dice «Sí es sí»? —pregunté sin dar crédito.

—El mismo —dijo, mientras hacía una señal al camarero para que se acercara a firmar. «Como testigo», me indicó como si nada.

—¿Y la crucecita en azulón cielo? —pregunté con ironía.

—Ese cubre de posibles besos en el portal cuando te deje, de miradas lascivas cuando te levantes para ir al baño, de tocamientos varios en pechos, si se dieran, claro...

—Claro —dije.

—Y en zonas adyacentes a estos. También de azotes suaves y cariñosos en posaderas, carantoñas varias y palabras malsonantes al oído con carácter excitante.

—¿Y si no firmo? —quise saber.

—Me levanto y me voy. Yo no corro riesgos —me dijo con todo el cuajo del mundo y un muslito de pollito marroquí asomando por un lado del labio.

—Pero y el romanticismo, ¿dónde queda? —pregunté, arriesgándome a una demanda.

—Eso que se lo digan a mi amigo Raimundo —contestó el abogado—, que está cumpliendo seis meses de cárcel y todavía no sabe si fue por tocar la teta derecha o la izquierda.

—¿Y tú qué hiciste? —quiso saber Vanesa.

—Le dije que iba al baño. Me levanté; como no había firmado, supuse que estaría mirando hacia el techo en vez de a mi culo, y después salí a la calle y me largué.

—Bien hecho —comentó Vanesa, orgullosa—. Haberle denunciado.

—¿Por qué?

—Por no hacerte nada. Ni siquiera intentar tocarte una teta.

—¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿y tú? Con tanta cita mía, poco sé de ti últimamente. ¿Sigues en ese club...? ¿Cómo era?

—De lectura profunda y meditativa —apuntó Vanesa.

—¿Y te ayuda?

—¡Psssst! Si te digo la verdad, salgo con más ansiedad que con la que entré.

—¿Y cómo es eso?

—Es que en el grupo somos diez, y de esos, cuatro son disléxicos, incluido el animador. Como leemos en voz alta, resulta desesperante: llevamos tres sesiones del nuevo libro y aún no hemos pasado de la novena página.

—Va a resultar largo. —Diana no sabía qué decir que no desanimara aún más a su amiga—. ¿Qué libro es?

—*Guerra y paz* —contestó Vanesa—. Bueno, en realidad, *Guerra y pez*, como lo llama el animador.

—Pues ese libro, si no recuerdo mal, es de los gorditos. ¿Cuántas...? —empezó a preguntar.

—Mil novecientas catorce páginas —se adelantó a contestar Vanesa.

—¡Jo!, eso impone, incluso si solo piensas en hojearlo.

—Creo que lo voy a dejar.

—¿El libro?

—No, el grupo.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Diana cambiando de tema.

—Lo de siempre.

—Pues yo me voy a tomar un vino.

—¿Un vino? ¿Tú? Si no te gusta... ¿Qué te pasa? —preguntó Vanesa, extrañada por el comportamiento de su querida amiga.

—Es que hoy hace justo dos años de aquella maldita conversación —contestó—. «Que no se apague la llama, que no se apague», me decía el muy cabrón. Pues la llama se llamaba Lola, una

pelirroja natural, secretaria con lenguas...

—Igual era eso lo que le gustaba de ella —dijo Vanesa, que siempre odió a Gustavo.

—Y con unas tetas de impresión, la muy guarra.

—¿Operadas?

—¡Claro! Y lo peor es que me enteré de que la operación la pagó mi ex y lo supe mientras le zurraba el bolsillo de una chaqueta con los ojos bañados en lágrimas mientras veía el capítulo 202 de *El poder del ciruelo*.

—¡Qué serie!

—Sí, ¡qué buena! Pues ahí estaba yo: frente al televisor, con mi bata rosa, llorando como una Magdalena, cuando meto la mano en el bolsillo, en el izquierdo, me acuerdo como si fuese hoy mismo...

—No me extraña.

—Y allí, agazapada tras el pañuelo, apareció la dichosa facturita. De pronto, ahí que la vi, entre mis dedos y la aguja.

—¡Qué rabia, hija! Que te pase así a ti, que ni siquiera te gusta coser.

—Sí, el destino —asintió Diana.

—Eso y que Gustavo era un gilipollas —protestó Vanesa.

—«Mamoplastia de aumento», leí en la factura. Lo de *mamoplastia* no sabía muy bien lo que era, pero lo de *aumento* me hizo sospechar.

—Es que eso entra por los ojos —dijo Vanesa, que se arrepintió de inmediato de sus palabras.

—«Subfascial con prótesis mamarias de gama alta, con marcaje FDA y CE, marcas Mentor (Estados Unidos) y Polytech (Alemania)»...

—Encima, prótesis extranjeras. ¡Qué cabrón!

—Y luego venía lo peor: «Importe total: 5227 euros».

—Pero ¿qué se puso esa mujer?

—Una colonia comprada en Mercadona me compró por mi cumpleaños el muy gilipollas. — Llegada a ese punto, Diana no pudo contener las lágrimas—. Y a esa le puso dos tetas como dos sandías.

Diana comenzó a llorar con ganas. Siempre que hablaba de su ex sentía rabia, mucha rabia, de esas que suben por la espina dorsal y llegan hasta la nuca, pero cuando se acordaba de la colonia versus aquellos pechos turgentes de la asquerosa pelirroja, lo que le daba era tristeza.

—Vamos, vamos —trató de calmarla Vanesa pasándole un par de servilletas de papel.

Mientras se sonaba en ese papel más bien tosco y áspero, los recuerdos se agolparon en su mente.

—¡¿Desde cuándo y cuántas veces?! —le gritó a Gustavo con la factura estrujada dentro de su puño en alto.

—Eso no tiene importancia, cari. Son solo números y...

—¡Ni se te ocurra llamarme cari! —gritó más fuerte y fuera de sí. Menos mal, pensó, que los niños no estaban en casa. Benditas extraescolares, se dijo. Solo el imbécil del chucho observaba la escena desde debajo del sofá.

—¡¿Desde cuándo y cuántas veces?! —preguntó de nuevo.

—Veintiocho.

—¡¡¡¿Veintiocho veces?!!!

—¡Nooo! Veintiocho de diciembre —contestó, presuroso, Gustavo.

—¡No me jodas! ¿El día de los Inocentes?

—Bueno, es que era jueves y los jueves tú sabes que yo salgo antes y...

—¡Calla! ¿Y cuántas?

—¿Cuántas qué?

—¿Cuántas veces, idiota?

—No sé...

—¡¿Cuántas?!

—Treinta y ocho —contestó Gustavo agachando la cabeza—. Bueno, treinta y siete, porque una vez yo...

—¡¡¡Calla!!! Treinta y ocho veces en... —Diana empezó a contar con los dedos (nunca fue muy buena en matemáticas)— ¡¿seis meses?!

—Bueno, en realidad, algo más. ¿Recuerdas ese viaje en el puente de mayo...?

—¡¡¡¿Quééé?!!! —gritó Diana—. ¿Llevas un año poniéndome los cuernos?

—Bueno, cari, si contamos el mes de vacaciones y los puentes, en realidad solo serían...

—¡Que no me llames cari!

Después, Diana recordaba que se llevó las manos a la cara y lloró amargamente. Había olvidado que la factura seguía entre sus dedos y se llenó la cara de tinta. En concreto, en su frente se podía leer con claridad «aumento de». Menos mal que en ese momento no se miró en un espejo.

—Es que, cari, perdón, Diana; es que ella llegaba de trabajar y me contaba cosas interesantes, de sus proyectos en el trabajo, de sus viajes, que si a Hong Kong, que si a la India..., y tú me hablabas de la compra, de los tomates, de si no funcionaba la plancha porque era de Taiwán y allí todo es malo, de lo carísimas que estaban las sandías y los melones...

—¡Ni se te ocurra usar la palabra *melones*! —interrumpió Diana, que estaba muy sensible con todo lo vinculado a esa fruta.

—Sí, claro, perdona.

—La plancha, la plancha... Esa misma plancha es la que usaba para quitarte las arrugas de los calzoncillos, ¡cabrón!

—Los melo..., perdón, las sandías —se corrigió a tiempo (tenía buenos reflejos Gustavo; poca cabeza, pero muchos reflejos)— habían ocupado el sitio de la pasión —se justificó.

—Sí, claro, y tú decidiste cambiar las sandías por un par de melones, ¿verdad?

—Dicho así, cari... —contestó Gustavo mirándose la punta de los zapatos.

—¡Que no me llames cari, imbécil!

—La pasión se fue —dijo el imbécil encogiéndose de hombros.

—Sí, claro, es lo que tienen la fregona y la lejía, que se lo llevan todo.

—De todas formas —dijo Vanesa reanudando la conversación mientras daba un sorbo a su café—, ya llevabais un tiempo que aquello no funcionaba. ¿Te acuerdas de aquel cumpleaños...?

—Ni me lo recuerdes —interrumpió Diana—. «¿Qué te apetece de regalo?», me preguntó a las cuatro de la tarde del mismo día del cumple. «Lo que te dé la gana», le dije, más seria que un juez, para darle pistas. «¡Muy bien!», contesta, y entonces veo que se levanta del sofá como un resorte, coge las llaves del coche y se marcha. Una media hora después regresa con bolsas del súper, me las da y me dice el muy gilipollas: «Es broma, tontita». Acto seguido me da una sortija horrible con forma de pera de agua, por supuesto de bisutería, y me dice: «Toma. Como tú».

—Un poeta el amigo Gustavo; un poeta —ironizó Vanesa.

—Ya la cara que debí de poner yo le hizo retroceder un par de pasos y ponerse en alerta roja; un DEFCON 1, que diría un marine. La pregunta posterior le reafirmó en su teoría: «¿Así que yo soy una pera de agua? ¿De esa manera mes ves?», grité, con voz de vendedora ambulante. En ese momento veo que se pone rojo como una guindilla y me dice tartamudeando: «Nooo, mujer. Es que yo te veo como una joya». Ante esa mamarrachada, yo me freno por dos motivos: uno, porque están los niños en casa, estudiando y en época de exámenes; y dos, por no mandarle a tomar por el culo, que es lo que realmente me apetecía. A continuación, abro la felicitación que acompañaba a la puñetera pera ¿y sabes qué ponía?

—¿Qué? —El caso era, pensó Vanesa, que esa historia ya se la había contado su amiga un par de veces, pero, llegados a ese punto, nunca recordaba las palabras escritas por Gustavo en la dichosa tarjeta—. Dime, dime.

—Nada.

—¿Cómo?!

—Que nada; absolutamente nada. Solo su firma con nombre y dos apellidos. Como si fuera un cheque del banco o una hipoteca.

—¡Imbécil! Ya te lo advertí el mismo día de la boda, ¿recuerdas?

Diana asintió sin decir nada.

—«También he traído comida», me dijo para congraciarse. «Para que no tengas que cocinar, que ya sé que no te gusta». Le faltó un pelo para decir que no cocinaba bien o, aún peor, que su madre lo hacía mejor, pero, o tuvo buenos reflejos al ver mi cara, o no hubo huevos.

—Sí, es muy intuitivo el muy... —comentó Vanesa, que nunca dijo nada a su amiga, pero Gustavo le miraba el escote siempre que podía.

—Entonces, da media vuelta, se va al coche —continuó Diana— y veo que regresa con una bolsa de papel de McDonald's. Ve mi cara y baja la mirada. Pura cena *delicatessen*, vaya.

—Vaya mierda de cumple —dijo Vanesa.

—Eso pensé yo —aseveró Diana—. Nos sentamos en el sofá, frente a la tele, para cenar. Abro la bolsa y... ¡joder!, la Coca-Cola no es Zero. Llevo años bebiendo Zero y aún no se ha enterado. Chupo con la pajita haciendo todo el ruido que puedo. «¡Qué dulce está!», digo, para restregar el fallo. Dejo la paja y doy un buen trago mientras noto cómo aquel montón de azúcar se dirige directamente a mis michelines. Cago en la, reniego del *fast food*, o de la comida rápida o de comoquiera que se llame a eso.

»Que si veíamos un poco la tele mientras cenábamos, preguntó. Que qué remedio, solté yo con desgana, pero ansiosa porque propusiera una peli romántica que me alegrara algo el día. Qué ingenua, pensé al poco, cuando vi corretear sobre el verde a todo un grupo de muchachotes tras una pelota. Es decir, lo que vulgarmente se llama fútbol. «¿Vemos el partidito o prefieres otra cosita?», me pregunta el memo, como si con diminutivos la afrenta fuese menor.

—¡El día de tu cumple! —exclamó Vanesa, que no quitaba ni un poquito de hierro a la conversación. Siempre tuvo miedo de que volviera junto a ese idiota y, cuando tenía la más mínima oportunidad, echaba leña al fuego.

—No sé qué me cabreó más, si no ver los títulos de *Pretty Woman* en la pantalla de plasma o lo de «otra cosita». «No, el futbolito está bien», comenté antes de coger el cojín y dormirme. «Otro año será», me dije mientras rogaba a Morfeo que me permitiera roncar a lo bestia, como un leñador checheno, y joderle los goles.

—Vaya mierda de cumple —repitió Vanesa, que era un hacha poniendo el dedo en la llaguita.

Diana recapacitó ante las sabias y profundas palabras de su amiga y, mientras se comía una de

las palmeritas de chocolate que Jacinto les había puesto en el centro de la mesa por cuenta de la casa, sintió que aquel fue uno de esos días en que piensas: «Mejor sola». De ahí a separarse solo fue cuestión de tiempo y un sinfín de discusiones.

Después, recordó, vinieron los consejos prácticos de su familia, los consejos profundos de sus amigas, los consejos surrealistas de Ascen, las reuniones con los abogados, las lágrimas por las noches..., hasta llegar a ese dichoso MÉTHER supuestamente milagroso que la sacaría de la pena y la ayudaría a conocer a un hombre maravilloso que la mereciera. O eso decía la publicidad de la aplicación.

¡PLAS!

Diana, con la segunda palmera de chocolate en la mano, se preguntó en qué momento surgieron el desamor, el desinterés y, sobre todo, la indiferencia, esa que mata hasta el último de los mejores recuerdos. Concluyó que no fue cosa de un día concreto, sino de muchos, pero sí que era cierto que hubo uno especial.

Así se lo dijo a sus amigas, que pronto demandaron más información con su habitual «cuenta, cuenta».

De repente, para dar mayor vehemencia a sus palabras, Diana se golpeó la boca con la palma de la mano y exclamó:

—¡Plas!

Ascen, Mencía y Vanesa se miraron en silencio algo aturdidas. ¿Estaban asistiendo a la pérdida de cabeza de su amiga?, parecían preguntarse.

—«Pedo ¿qué codño hafef?», grité enfurruñada lo más alto que pude. Bueno, todo lo que me permitía el medio calcetín tobillero en mi boca.

—¿Un calcetín? —preguntó Ascen, sorprendida.

—Sí, querida, un calcetín —confirmó Diana.

—Pero...

—Yo le había dicho a Gustavo mil veces que necesitaba algo de ayuda antes de...; antes de...

Vanesa la ayudó a acabar la encasquillada frase.

—Antes de follar.

—¡Ay, hija, qué bruta eres! —protestó Diana—. Sí, antes de eso. «Un poquito de magia». Algo de fantasía y no tanta rutina. ¿Sabéis?

—Sabemos —dijeron las seis a la vez: las tres amigas, Soledad, Consuelo y una señora que estaba sentada al fondo, junto al ventanal.

—Que qué era eso de las fantasías, me contestó. Ya conocéis a Gustavo. Es un hombre muy práctico. Que la mujer de un compañero de la oficina una noche, por hacer cosas raras, se dio en la nuca con el cabecero y se quedó paralítica, comentó. «Bueno, yo pensaba —le dije— en algo como quitarnos la ropa lentamente el uno al otro, pero si te parece arriesgado lo dejamos».

—¡Guau!, quitarse la ropa lentamente. ¡Qué locura! —se burló Vanesa.

—También le propuse que me arrancase el camisón a mordiscos.

—Eso está mejor.

»“¿A mordiscos? —dijo él—. Pero ¿tú sabes lo que me costó ese camisón de encaje?”.

—Pues sí que es práctico, sí —apuntó Ascen.

—«No sé, Gustavo —le contesté—. Yo necesito algo diferente, algo que no sea solo tumbarte en la cama y desabrocharte uno a uno los botones del pijama mientras miras al techo y con la otra mano apagas la radio o pones la alarma del móvil; ¡hijo, es que eso no calienta a nadie!».

»Bueno, pues ese comentario es el que le llevó a intentar sorprenderme, y una noche el muy merluzo salió del baño y apareció en la habitación en pelotas y con los calcetines puestos. La pinta era como para excitar a cualquiera, desde luego.

—¿Hay algo más feo que un hombre desnudo y con calcetines? —preguntó Vanesa.

—¡No! —dijo Mencía.

—¡No! —dijo Diana.

—¡No! —dijo la tonta.

—¡Creo recordar que no! —dijo una de las señoras mayores de la mesa de al lado.

—De pronto —continuó Diana— se pone a silbar la música típica de los *striptease*, se quita un calcetín, apoya un brazo en la cadera (bueno, en realidad, en un michelín) y el otro lo levanta al cielo con el calcetín en la mano.

—¡Como la Estatua de la Libertad! —exclamó la tonta.

—Más o menos, querida, más o menos, pero en versión menos turística.

—¡Sigue, por favor! —pidió Mencía, a quien no le quedaban uñas que morderse.

—Después, a la pata coja, se quita el segundo calcetín. Está a puntito de perder el equilibrio y caer de bruces al suelo, pero aguanta. Hace girar los dos calcetines en el aire por encima de su cabeza y, sin dejar de silbar, el muy gilipollas me los lanza a la cara; primero uno y después el otro.

—¡Qué asco! —exclamó la tonta.

—Pues sí, la verdad, porque los llevaba puestos desde por la mañana y eran más de las doce de la noche —comentó Diana con cara de repugnancia—. Menos mal que el segundo calcetín ya me pilló sobre aviso y lo paré con el cojín, porque venía envenenado y directo a la frente.

»“Bueno, pero ¿tú no querías que hiciera algo distinto y me desnudase de manera sensual?”, protestó al ver mi cara de cabreo.

»Me levanté como una exhalación y fui al salón a buscar en el mueble un diccionario (yo soy más de libro de papel que de *tablet* y esas cosas). «¡Mira! —grité señalando la palabra *sensual* con mi dedo índice. Por favor, lee». «Perteneiente o relativo a las sensaciones de los sentidos», susurró. «Aquí, ahora mismo, el único sentido afectado es el del gusto, y eso gracias a tu puntería con el calcetín. Sigue leyendo», ordené con voz de sargento de infantería. «Que incita o satisface los placeres sensuales», leyó Gustavo despacito, como un párvulo asustado. «A ti, querido, ¿de verdad, te parece que mis placeres sensuales se han satisfecho?».

»“Entonces, ¿qué hago? Me voy a echar al cubo de la ropa los calcetines, ¿verdad?”, preguntó antes de desaparecer del cuarto.

—Increíble —exclamó Ascen.

—¿Verdad que sí? —dijo Diana.

—Sí —dijo la tonta—. No tenía ni idea de que se llamasen calcetines tobilleros.

Y así fue, pensó Diana, como por culpa de unos calcetines tobilleros negros de algodón llegó el dichoso MÉTHER, y las largas tardes viendo fichas de hombres que se quitaban tanta tripa como años y que posaban con polos de marca junto a caballos pura sangre o avionetas que no pilotaban, o agarrados al timón de algún velero bien anclado en puerto. No había suficientes puertos en este país para albergar tanto barco, pensó en aquellos días frente a la pantalla de su ordenador.

«Que hablen dos o tres idiomas», recordó haber oído decir a Mencía, siempre tan culta ella. «Yo tengo un primo que tiene un bar en Pontevedra que se llama Falo Galego; a lo mejor te gustaría...», comentó Ascen, que fue debidamente abucheadá. «Mejor que toque un instrumento», añadió Mencía. «Eso, eso, que toque, que toque. Y que lo toque bien». Vanesa siempre tan...; bueno, eso, tan Vanesa.

Desde luego, nunca se imaginó el *pack* que venía con aquella dichosa aplicación. A partir de ese día todo fue un sinvivir entre hora de maquillaje, cenas, dolorosos tacones y un sinfín de consejos de sus bienintencionadas amigas, que la volvían loca. Así dio comienzo a un reguero de citas con hombres de todo tipo y condición y tan diferentes entre sí y que solo tenían dos denominadores comunes: uno, todos mentían y poco, o nada, tenían que ver sus fichas con la realidad; y dos, al noventa por ciento no les interesaban ni los barcos ni los aviones ni *falar galego* ni el francés —bueno, quizá este último, precisamente, sí—. Todos, o casi todos, pensaban en lo mismo.

Cuánta gente extraña había conocido durante aquellos meses. No supo por qué, pero le vino a la mente de inmediato una de las primeras citas: el Gimnástico, como lo rebautizaron sus amigas cuando les habló de él.

—Durante la cena se levantó la camisa para que viera sus abdominales —contó.

—¡Qué macarra! —exclamó Ascen.

—Pero ¿tenía o no tenía? —preguntó Vanesa.

—Lo que tenía era una incipiente barriguita que apuntaba maneras y unos prominentes michelines. *Pícnico*, se llamó a sí mismo.

—Pobre —dijo la tonta, que además de tonta era muy compasiva y tenía muy poco vocabulario.

—¿Tienes una foto? —pidió Mencía.

—Sí, en el *book* de la web. Mira.

—¡Coño, qué michelines! —se sorprendió Vanesa.

—Pobre, sí que es pícnico —dijo Ascen, que seguía sin saber muy bien qué era aquello, pero por empatía que no se dijera.

—Dos horas hace al día entre gimnasio, sauna seca, sauna húmeda y *spa* —explicó Diana.

—Pues le cunde bien al muchacho.

—Mira, aquí está con traje de baño —indicó Diana mostrando otra foto en su móvil.

—Joder, con ese gorro rojo parece el hombre bala —comentó Vanesa.

—Y esta es la foto que me envió antes de la cena para que lo reconociera.

—¡Coño!, ¿quién es ese?

—Es él.

—Sí, pero hace veinte años.

—Ni se le parece.

—Seguro que es su primo.

—Sí, el primo bombero que todas queremos, ¡ja, ja, ja! —dijo una de las ancianas de la mesa de al lado.

—Todos mienten.

—Sí, qué asco. Acordaos del actor de cine —protestó Diana.

—Ese, el peor.

—Resultó que esa frase en que decía que se dedicaba al «fascinante mundo del cine» en realidad significaba que trabajaba de taquillero y que había hecho de extra en dos anuncios, uno de galletas y otro de una clínica especializada en colonoscopias.

—¡Menudo fantasma! —dijo Mencía.

—Bueno, por lo menos no era pícnico —comentó Ascen desde su mundo.

—«Lo importante es ponerte en la piel del personaje, entenderlo desde dentro, sentir como él siente —me contaba el muy cretino durante la cena—. Eso y ensayar mucho; una y otra vez; mil

veces. Hasta que no sabes si eres tú mismo o el personaje que interpretas», acabó la perorata cineasta.

—Pues lo pasaría fatal ensayando para el anuncio de las colonoscopias, ¿no? —comentó la tonta.

—¿Recordáis aquel anuncio de galletas donde una princesa besaba a un sapo y se convertía en príncipe? —dijo Diana a sus amigas.

—¿Él era el príncipe? —preguntó Vanesa.

—No, el sapo —contestó Diana.

—¡Ah!

—«Estuve tres meses yendo al lago de la Casa de Campo para ver cómo vivían los sapos, cómo comían y cómo saltaban», me dijo —contó Diana.

—¿Tres meses haciendo el sapo en un lago? —preguntó Vanesa, que no sabía si aquel hombre era un verdadero profesional o un verdadero gilipollas, aunque se inclinaba más por lo segundo.

—Eso mismo pregunté yo y se molestó. Pero se le pasó rápido y cuando llegamos a los postres me dijo con decisión: «Te llevo al cine».

—Me gustan los hombres decididos —dijo la tonta.

—Bueno, depende de lo que decidan —apuntó Vanesa y la tonta calló. Era demasiada información no literal para procesar.

—Quiso hacerse el interesante y me llevó a ver *El perro andaluz*, un bodrio de un tal... ¿cómo se llamaba? Luis..., Luis algo. No recuerdo. —Diana se llevó la mano a la barbilla para pensar—. Eso que se come en Semana Santa —dijo, buscando ayuda entre sus amigas.

—¡Torrijas! —contestó Jacinto desde la barra. Le encantaban las de vino que hacía su abuela.

—Luis Torrijas —dijo, pensativa, Diana—. No, no me suena nada.

—Los buñuelos también se comen en Semana Santa —añadió Jacinto.

—¡Eso!, Buñuel, Luis Buñuel —exclamó Diana—. Bueno, pues no había macho que entendiera aquello. Cuando acabó (por fortuna solo duró veinte minutos), él estaba entusiasmado, pero yo me encontré con el cubo de palomitas entero y sin empezar la Coca-Cola grande. «Y ahora, ¿qué? ¿Hay otra?», pregunté con la boca llena y haciendo uso por vez primera vez de la pajita.

»—Bueno, otra película no hay —respondió el cinéfilo subiéndose el cuello de la trenca—, pero si quieres la podemos ver otra vez. Quizá eso nos permita ahondar de manera más profunda en la parte poética que irradia de las imágenes y comentar los postulados surrealistas que pululan a lo largo de la cinta y las recurrentes obsesiones del autor y de su amigo Dalí, en ese mundo onírico que rebosa en cada fotograma y, sobre todo, en esa cárcel aristotélica en la que se encontraba el cine antes de esta nueva y genial visión.

»—Sí, podemos ahondar en eso —dije yo, que me quería acabar la merienda allí, bien calentita. Fuera hacía una tarde de perros; no sé si andaluces, pero de perros.

—Es increíble —dijo Mencía.

—Lo raro que hablaba, ¿verdad?

—No, que llevase trenca.

—Sí, hija. Y un jersey de rombos hecho por su madre, con la que vive, por cierto.

—¡Jo, qué mierda de tarde pasaste! —De Vanesa se podrían decir muchas cosas, pero no que no fuese clara.

—Ya lo creo. Y empezó mal desde el principio.

Así fue. Cuando esa fría tarde de invierno Diana y su acompañante llegaron al vestíbulo del

centro comercial donde se encontraban los cines, aquello estaba hasta la bandera. No cabía un alfiler. Al ruido del gentío había que añadir el de unos cochecitos eléctricos que se alquilaban para tener tranquilos un rato a los vástagos y que eran dirigidos (en parte, solo en parte) por padres sumamente competitivos. A los mandos iban los niños, que, con cara de mala leche y mordiéndose el labio inferior, hacían girar el volante bruscamente y manejaban la dirección, pero desconocían, incautos ellos, que eran sus padres los que controlaban la velocidad y los frenos (al menos —eso no lo sabían los padres— mientras permanecían al alcance de la antena). Algunos niños, más tranquilos y menos violentos (los típicos niños que suelen *cobrar* durante el recreo del cole), presentaban un aspecto pálido y cara de mareo, tales eran las sacudidas a las que se veían sometidos en las curvas por los padres (que eran de los que en su día pegaban a otros niños durante el recreo del cole).

A la velocidad de aquellos cochecitos, que era algo para tener en cuenta, se unía que ninguno de los padres estaba dispuesto a perder por nada del mundo. Pero ¿perder qué?, se preguntaba Diana. En realidad, ni había carrera alguna ni líneas de carretera dibujadas en el suelo. Por no haber, no había ni siquiera una línea de salida o una meta. Pero daba igual: ellos no perderían lo que quiera que fuese aquello. Aquel máster que hicieron al acabar la carrera insistía en que no se perdía a nada; y no se perdía. ¡Pues no había costado pasta el puñetero máster, no te jode! Los paseantes del centro comercial esquivaban a duras penas a los vehículos motorizados, que embestían con furia y encono, mientras el dueño del negocio se frotaba las manos y cobraba a los padres y madres con la agilidad de un ilusionista.

Aquel día, en aquel vestíbulo más de un adulto besó el suelo. De hecho, Diana contó hasta tres caídos, pero dejó de hacerlo para no perder la concentración y que no la atropellara a ella ninguno de aquellos cabrones, aunque pronto se percató de que preferían perseguir a los más ancianos, que corrían de un lado al otro del *hall* (todo lo rápido que puede correr un anciano atemorizado, claro) sin encontrar cobijo seguro ni lugar donde parapetarse mientras los sonrientes padres (yernos en muchos casos), con los mandos a distancia echando humo, hacían señas al responsable de aquella belicosa atracción para que les diese más tiempo. «¡Niños, hijos de puta!», gritaba un señor mayor con chaqueta de pana marrón y carrillos rojizos al que había convencido su hija para salir del pueblo y pasar un fin de semana en la ciudad con sus nietos; los cuales, en ese preciso instante, trataban de atropellarlo con un coche de policía y otro de bomberos. Si alguna duda tenía, al pobre anciano ya se le había quitado de la cabeza: no volvería a la capital.

Ya se veía alguna tibia despellejada por los topetazos y algún que otro bastón partido por la mitad, consecuencia de los golpes propinados por los ancianos a los capós de los vehículos, fuesen o no de sus nietos. Eso ya hacía rato que carecía de importancia; se trataba de sobrevivir. Solo tocaba defenderse y salvarse, a tal punto había llegado en el lugar el desorden, la confusión, el desconcierto y la vorágine.

En un momento dado, uno de los coches perdió el control (a veces ocurre, insistía el encargado a los padres en el momento del alquiler) y se fue contra la larga cola del cine. En realidad, luego se supo, el padre que lo manejaba había caído desplomado al suelo, atropellado por un todoterreno blanco que conducía una pelirroja de diez años que se carcajeaba mientras el vehículo pasaba por encima del estómago del pobre hombre como si se tratara de una escarpada colina (es lo que tienen los todoterrenos). El caos fue total. La fila del cine, inicialmente ordenada, se disolvió al instante entre gritos y caras de horror. Unos (los más osados) aguantaron el tipo y aprovecharon para ganar posiciones en la cola (la peli era buena); otros (los más

cobardes) huyeron hacia los baños, y alguno (que siempre los hay) se encaminó hacia las salas para tratar de colarse sin pagar. El segurata, que se percató del engaño, porra en mano, empezó a repartir leches a diestro y siniestro. Él, que había suspendido tres veces la oposición para antidisturbios, por fin, veía cómo su vocación y el sentido de su vida se hacían realidad. Dio a todo lo que se movía, incluida una abuela de tez macilenta y que, magullada por uno de los cochecitos, nada menos que un Ferrari, se había acercado hasta él para preguntar si el local disponía de botiquín. Esa se llevó lo suyo y lo de su prima, por preguntar. El maremágnum era de cuidado. Aquello hacía rato que había dejado de ser un cine para convertirse en un circo de cinco pistas donde imperaban la anarquía y el *totum revolutum*.

—Nosotros nos libramos —dijo Diana al final del relato—. Y gracias a mi bolso.

—¿Ves cómo te ha sido útil? —exclamó feliz Vanesa.

—Pegué tal bolsazo al primer coche que se me acercó que lo dejé escupiendo humo por el capó, y al niño que conducía, llorando como un bebé hambriento. «¡Te jodes!», le grité a la cara con todas mis fuerzas. Y fui aplaudida por varios abuelos que, pálidos y con el rostro demudado, se agazapaban tras un par de ficus y una máquina de tabaco.

—Para que luego digan que fumar es malo —dijo Ascen, atenta a la historia.

—Ni espray pimienta ni leches —comentó Vanesa—, nada como el sistema tradicional: una buena plancha de viaje dentro del bolsaco. Pero, hija, la verdad es que cuando te la regalé no pensé que la estrenarías para cargarte el coche de un niño.

«¡SI NO LO SABES, A CASA!»

—Jacinto, anda, sube un poco la tele, porfa.

La que hizo la petición fue Mencía, que, aunque muy fina ella, no se perdía un capítulo de las telenovelas. Esta vez tocaba *Amoríos en el rancho*, que también estaba pegando fuerte.

«*Hola, hermana...*», decía el personaje principal de la telenovela, Angelines Hacendado, hija (aunque el penúltimo capítulo dejaba lugar a alguna duda a este respecto) del poderoso terrateniente Máximo Hacendado y de su mujer (en otro capítulo esto prácticamente quedaba descartado), la más que malvada y adúltera Gabriela Lacrán.

«*Sí, ¿en qué puedo ayudarla?*», respondió la monja.

«*Tengo la imperiosa necesidad de confesar mis múltiples pecados y me han dicho que este es el lugar idóneo*», contestó la muchacha, que, sin duda, por su alegre manera de vestir (lucía un provocativo escote en pico) y su carácter resuelto, en efecto, debía de tener un montón de pecadillos a sus espaldas. Lo que se dice muy devota, Angelines no lo era; no.

«*Bueno, hija, sí, esto es una iglesia y el lugar ideal para...*».

«*¿Con quién he de hablar, pues?*», cortó Angelines.

Angelines, como su padre, Máximo Hacendado, era mujer de acción y estaba acostumbrada a mandar, como todos los Hacendados en aquellas tierras desde hacía ya varias generaciones.

«*Hable con el párroco* —contestó la hermana Úrsula con monjil timidez—. *Se llama Máximo Orondo, padre Máximo Orondo. Ahora estará en el huerto*».

Se veía que Máximo era un nombre de uso muy común en aquella comarca. De hecho, el abuelo, el bisabuelo y el tatarabuelo de Angelines también llevaban ese nombre. Además, todos eran pelirrojos y tenían los ojos azules, cosa que, curiosamente, era una característica muy usual entre los lugareños de aquel próspero valle. (Qué cosas tiene la madre naturaleza a veces, ¿verdad? *El autor*).

«*Buenos días, padre Máximo*», saludó Angelines.

«*No, por favor. Nada de Máximo; solo Orondo*», contestó el muy campechano sacerdote. De hecho, ya se lo habían comentado varias veces: «Padre, es usted tan campechano como el rey de...». No se acordaba de qué país le habían dicho.

«*Me llamo Angelines...*».

«*Angelines Hacendado. Eres igual que tu padre*», interrumpió el padre Orondo.

«*Y usted —comentó extrañada—, igualito a él*».

«*¿Qué edad tienes?*», preguntó el párroco.

«*Dieciocho*».

«*¡Caramba!* —exclamó el padre Orondo, mirándola de arriba abajo—, *pues estás muy desarrolladita para tu edad. Menuda mujerona*», comentó. (Lo cual, francamente, no parecía muy apropiado. *El autor*).

El capítulo no dio para más y, mientras aparecían los títulos, la cámara se detuvo en el rostro ajado del padre Máximo, todo orondo, con su cabello pelirrojo y sus ojos azules como el mar que contemplaban a Angelines Hacendado.

—¿Sabéis que yo tengo un primo cura? —exclamó Ascen.

—Sois una familia bien grande, ¿verdad? —dijo Vanesa con ironía.

—Bueno, cura, cura, no; en realidad, es monje cartujo. Esos que se dedican a rezar y a pedir por el mundo y hacen voto de silencio.

—¿Y tú no te has planteado...? —empezó a preguntar Vanesa, pero Diana le hizo callar con la mirada.

—¿Y qué piden? —quiso saber Diana.

—No se sabe. Como no hablan... —respondió la tonta.

Jacinto, rápido como el rayo, cogió el mando a distancia del televisor y cambió de canal. Había comprobado que la gente bebía más rápido y pedía más raciones cuando miraba la pantalla. No era tonto Jacinto, no, y su pequeña comisión se lo agradecería.

«*Por diez mil euros —gritó el presentador del programa del concurso *Te doy mi palabra*—, ¿cómo se llama el acto en el que el toro cubre a la vaca?*».

«*¡Bacanal!*», contestó con tanta rapidez como ignorancia el participante, que ni siquiera pidió la opción del público. El presentador lo miraba atónito, y eso que después de quince años de programa en antena las había oído de todos los colores.

—¿Es primo tuyo el concursante? —preguntó Vanesa a Ascen.

Dos minutos después, ante la ausencia de peticiones de cafés y churros, Jacinto cambió de canal. A veces no era fácil acertar con los gustos del personal a la primera.

Puso el programa de informativos 48 horas, que no hacía mucho había sustituido al llamado 24 horas con el eslogan «Mucho mejor que el otro y con el doble de noticias». Sin duda, la competencia entre televisiones estaba en su punto álgido. En la pantalla apareció un escritor con barba, camisa de cuadros, chaqueta de pana y cara de hambre que durante diez minutos soltó una perorata sobre su libro y que, muy probablemente, solo Jacinto entendió por completo (desde luego, era el más leído entre los presentes).

«*Despedimos con nuestros mejores deseos de éxito al escritor de la semana, Roque Barrunto*», decía el presentador mirando a la cámara fijamente mientras jugueteaba con un lapicero sin punta entre los dedos. «*Ojala tenga el éxito que merece su libro Pensamientos en el baño, en el que, a lo largo de sus ochocientas cuarenta y siete apasionantes páginas, el autor describe las distintas sensaciones y variados sentimientos de su único personaje ante la vida, la muerte, el amor, el desamor y, sobre todo, su íntima relación con la filosofía prearistotélica y su influencia en el pensamiento y el devenir de los grandes pensadores del periodo de entreguerras. Qué gran desafío, ¿verdad, amigos? Nos vamos unos minutos a publicidad. No se vayan lejos*».

—¡Qué bien hablaba ese escritor!, ¿verdad? —dijo la tonta.

—Ya lo creo. No he entendido nada, ni una palabra —añadió Vanesa.

—Yo tampoco; alguna preposición que otra —comentó Diana.

—Qué gusto hablar así. —Esta vez fue Mencía la que se sumó a las valoraciones.

—Sí, qué envidia —dijo de nuevo la tonta, que si no dice la última palabra, revienta. (Después de unas doscientas páginas ya la vamos conociendo, ¿verdad? *El autor*).

Acabados los anuncios prometidos, el conocido presentador y su lapicero sin punta volvieron a aparecer en pantalla.

«*Vuelve el caos a los museos —dijo con cara seria—. Esta mañana un grupo de desalmados ha vuelto a utilizar el arte como herramienta para sus protestas y reivindicaciones. Varios jóvenes, tres en concreto, han lanzado platos de atún encebollado sobre un cuadro de pintura flamenca.*

»Menos mal que no sabían mucho de arte y se han equivocado de sala, ha comentado para la televisión don Arturo Pintarrojo, director del museo, porque iban buscando un Rubens y han lanzado la comida sobre la primera gorda que han visto.

»Ya ven —comentaba el presentador, sonriente—, a veces la ignorancia y la incultura de nuestros jóvenes tiene sus cosas buenas».

»Los sentimientos que ha despertado entre el público asistente en ese momento al museo han sido muy diversos y de toda índole, como ha podido comprobar nuestro compañero enviado, Félix Niu.

»“Con lo mal que sale el pimentón”, farfullaba el responsable de la limpieza del museo cuando ha sido entrevistado. “Ya llevamos tres esta semana”, ha dicho. “Cuatro, jefe —le ha corregido su ayudante—, porque del de la sala de pintura abstracta no nos dimos cuenta hasta pasados cinco días. Cuando empezaron a oler los calamares”.

»Después —continuó el presentador—, los vándalos, no satisfechos con su fechoría, se han atado con cadenas entre sí y han pegado sus manos a la pared con la ayuda de un pegamento especial. “Dejad a esos cabrones ahí una semana”, gritaban algunos, mientras una pareja de coreanos recién casados saltaban y se hacían selfis al mismo tiempo. “Si es pegamento comprado en un chino, en una hora se han despegado”, aseguraba uno de los vigilantes del museo, que sabía del tema y a quien se le veía con experiencia sobrada».

Mientras todo esto ocurría, la cámara mostró a una señora mayor junto al cuadro. La pobre lloraba sin consuelo. El enviado especial se acercó hasta ella (sabía que el toque humano tiene mucha pegada en televisión) y le preguntó: «¿Por qué llora, señora?». Pero la señora callaba sin dejar de observar la pintura. «¿Por el cuadro? —insistió el joven periodista—. ¿Quizá por los muchachos ahí pegados?», preguntó en su insaciable búsqueda de la verdad. «No —contestó finalmente la buena mujer—, lloro por la cebolla».

La verdad, pensó el periodista, es que a quien hubiera cocinado ese atún encebollado se le había ido la mano con la cebolla porque en aquella sala lo cierto era que lloraban hasta los retratos.

«Pues en las salas de los clásicos —comentaba al enviado un señor jubilado asiduo del museo — la comida que lanzan es mucho mejor. Dónde va a parar. El martes pasado, en la de Velázquez tiraron un carpaccio de venado con granos de mostaza que no puede usted imaginar. Yo ya no vengo al museo sin el táper».

Don Alejandro, un habitual de la cafetería, pidió a Jacinto que pusiera el canal de las noticias y aquel obedeció al instante. «No se hable más», dijo Jacinto, solícito (don Alejandro era de los que dejaban buena propina).

—Bueno —dijo Vanesa dando la espalda al televisor—, ahora ya puedes contarnos todo, todito, de ese adonis de belleza singular.

—Eso, eso. Venga, habla —pidió Mencía.

—En realidad, no hay mucho que decir. Es guapo, tierno, educado, creo que trabaja en un hospital...

—¡Huy, el tiempo que ahorra eso en las visitas a urgencias porque te cuelan! —comentó una de las señoras mayores de la mesa de al lado.

—¿Dónde le conociste? ¿Cuánto mide? ¿Tiene tableta? ¿Tiene hermanos? ¿Cuánto mide? ¿Tiene hermanos?... —Esta pregunta se repitió varias veces en el corrillo.

—Es vecino —dijo Diana.

—¡Vecino! —volvieron a exclamar las tres amigas al unísono.

—¡Qué cerquita te pillas, asquerosa! —bromeó Vanesa.

—Vive en el sexto.

—¡Sex!... to —dijo Mencía—. Hasta el número de piso es un guiño del destino.

Diana inició un breve resumen de su nuevo amigo y vecino, Daniel, de cómo se conocieron (no se centró demasiado en lo de la rueda sobre sus pies), de todas y cada una de sus virtudes (de los defectos no habló porque aún no se los había visto. Pero ya los verá, ya, que a todos nos huelen los pies, aunque sea un poquito. ¿A que sí? *El autor*).

El sucinto informe duró doce minutos de reloj suizo (bueno, quizá no fue tan sucinto. *El autor*). Durante ese tiempo, las amigas, que eran de las de verdad (es decir, de las que no tienen envidia, *rara avis*), escucharon, preguntaron, aconsejaron, lloraron, la llamaron guarra y asquerosa (pero con cariño) por tener tanta suerte y se abrazaron a ella varias veces. Todo era prematuro, sí, pero en realidad no celebraban una relación aún inexistente, sino que por fin Diana, después de muchos meses, había tenido una cena normal con un hombre normal, lo que probaba que todavía existían, era cierto. Todas habían empezado a dudarle y ese Daniel, ese maravilloso vecino del ¡sex... to!, les había devuelto la esperanza: aún había hombres normales en el mundo... ¡Y, además, trabajaba en un hospital! (¡Con el tiempo que eso ahorra en las visitas a urgencias! *El autor*).

«CON LA FRESQUITA»

—¡Que no, que te digo que no es por eso!

Diana vio, cuando entraba en la cafetería, que Vanesa, algo irritada, gritaba a Ascen.

—Pero ¿qué les pasa a estas dos? —preguntó Diana a Mencía.

—Hija, que son dos pesadas —contestó mientras se llevaba un pitillo apagado a la boca.

—¡Yo ahora vendo sostenes de marca, no productos sostenibles! —exclamaba Vanesa, cada vez más nerviosa.

—¿Y por qué los has llamado así? —preguntó Ascen.

—Era una broma, solo una broma. He dicho que los sostenes ayudan a sostener las tetas y también mi economía. Sostienen el chalé de la sierra, el apartamento de la playa junto al mar, el cabrio, la comida del *teckel*. ¿Te parece poco sostén?

—¡Ah! —Aquella explicación pareció convencer a la tonta, lo cual, desde luego, no era tarea fácil—. Pero eso no quita que seas más solidaria con el medioambiente y tus sostenes puedan ser sostenibles, ¿no? —insistió Ascen, que no era mujer de rendirse fácilmente en sus argumentos.

Vanesa aprovechó el breve silencio que siguió al colofón de aquella absurda conversación para ir al baño dando bufidos y haciendo comentarios del tipo «No puedo con ella», «No puedo. Lo juro».

—Bueno —dijo al regresar—, ya sabemos que desde que conociste a tu galán del sexto piso no has vuelto a tener una cita, pero no llegaste a contarnos la última antes de aplastar el pie de tu galán. —Diana, finalmente, había decidido confesar el accidental comienzo de la relación con Daniel.

—Eso —añadió Mencía—. Ni se te ocurra levantarte de esa silla sin contarnos la cita con el supermacho italiano.

—¡Ah!, pero ¿era italiano? —preguntó Ascen.

—Nada, lo de siempre. Resultó ser de Mazagón, provincia de Huelva —contestó Diana—, pero había decidido cambiarse el nombre porque, según él, los italianos tenían más tirón para las mujeres a la hora de ligar. Así que decidió llamarse Tommaso Passione en vez de Agapito Moya Malarrima. Así empezó la noche, y eso, claro, te abre la mente a que pueda ocurrir cualquier cosa. Queridas, después de la tercera cita se pierde por completo el efecto sorpresa, os lo aseguro.

—¡Tommaso Passione! Hija, qué mala suerte tienes con los hombres —comentó Mencía.

—¡Y con los nombres! —exclamó la tonta, no sin razón.

—¡Y qué manía tienen de hacerse pasar por italianos, hija! —apuntó Vanesa.

—De eso, la culpa la tienen los anuncios de colonias —aseguró Ascen.

—«Mira, te he traído un regalo», me dijo el tal Tommaso con su italiano con acento onubense mientras me entregaba una cajita envuelta con un lazo rojo —contó Diana.

»«¿Te gustan los paquetes?», me preguntó a continuación con voz lasciva y mirándome directamente a los ojos.

—¡Qué guarrito! —exclamó Ascen.

—Francamente, yo no sabía qué contestar a una pregunta tan ambigua. Me limité a quitar el envoltorio sin levantar la vista. La verdad es que si quería sorprenderme en nuestra primera cena lo estaba consiguiendo, porque lo que encontré dentro del paquete fue una caja de quesitos La Vaca que Ríe.

—¡Joder, ese tío o es raro o es muy cutre! —interrumpió Vanesa.

—Quitó la tapa con cuidado y vi que dentro había un papel doblado. Parecía un folleto de una agencia de viajes. Es este mismo, mirad. —Diana sacó el papel del bolso, lo desdobló como si se tratase de un pergamino egipcio del Imperio antiguo y lo leyó en voz alta—: «Fin de semana en la Costa Brava» —exclamó.

—Pues sí que es cutre el muchacho, sí. —Esta vez fue Mencía la que puso voz al pensamiento de todas—. No Venecia, no París, no Roma... ¡la Costa Brava!

—«Habrás oído hablar de ella, ¿no?», me preguntó el muy cretino. «Un poquito, sí. Por la tele más que nada», le dije con ironía, pero no lo cogió.

—Además, era listo el Tommaso este —exclamó Mencía mientras se limaba una uña rota y se prometía una vez más no volver a morderse las uñas por muy emocionante que fuese el episodio de *El poder del ciruelo*.

—«Mira qué pedazo de hotel», dijo dando la vuelta al folleto para mostrar la fachada de un hotel de dos estrellas en mitad de un descampado.

—¡Dos estrellas! —gritaron las tres chicas al unísono, asombradas de que aún existieran hoteles de ese tipo. Mencía confirmó que sí, porque algo había leído en una revista. Después se metió en Internet y gritó: «Confirmado, mirad: existen».

—«Vamos allí; al día siguiente por la mañana —continuó el muy gañán—, nos levantamos con la fresquita, que habrá menos gente en la playa, y nos bañamos en pelotas». Yo no daba crédito. «Así nos vamos conociendo mejor», remató el energúmeno.

—¿Y no te levantaste y te fuiste inmediatamente? —preguntó Mencía.

—¡De eso nada, con el hambre que tenía! —respondió Diana—. Llevaba sin probar bocado desde la mañana. Le mostré el mapa que aparecía en la segunda página del folleto y le dije: «¡Pero si el mar está a tomar por culo!».

—¡Hija!

—Ya sabéis que yo no soy de hablar mal —se disculpó Diana—, pero os juro que no pude evitarlo.

»Que aquello era un paseo, dijo el muy cretino.

—A ver, déjame, que tú eres muy exagerada con estas cosas. —Vanesa cogió el folleto turístico—. ¡Joder, sí que está lejos! A dos horas y media del agua salada más cercana, según esto.

—Este chico es tonto —dijo Ascen (y para que lo diga ella, es que tiene que ser muy tonto).

—Pues, ni corto ni perezoso, me respondió que eso no era nada en su buga.

—¿Buga? ¿De verdad dijo buga? —preguntó Vanesa.

—Lo dijo. Lo juro. «Nos levantamos con la fresquita y en un *na* llegamos», insistió.

—¡Y dale con la fresquita! Qué hombre más horterero —comentó Mencía, que, incumpliendo su promesa, se estaba zampando un padraastro recordando cuando su madre le ponía pimienta negra para que no se mordiera las uñas. Ahora no soportaba ninguna especia y por su culpa lo pasó fatal en aquel viaje a la India que había hecho el año anterior.

—Pero Tommaso no cedía, no. «Mira qué playa nudista más buena, mira», me invitó a observar de cerca, poniéndome el folleto en la cara.

—¡Qué cochino! —dijo Ascen.

—«Hombre, si quitas los dos petroleros del fondo y te abstraes de la refinería que aparece a la derecha, tampoco está tan mal», le dije con fina ironía, pero él no sabía el significado de esa palabra.

—Igualito que el Caribe —dijo Mencía, mirando la foto de soslayo—. ¡Vaya mierda de sitio!

—Bueno, y a la vuelta —dijo Tommaso sin perder la fe en sus posibilidades— podemos ir al *spa* del hotel y darnos un masajito.

—Un masajito —repitió Diana, que viendo las fotos del hotel se imaginó el *spa*: una vieja con bigote echándole una palangana de agua hirviendo por la espalda.

—¿Sabes qué me sucedió la primera vez que fui a un *spa*? —comentó Tommaso.

—¿Qué? —En realidad a Diana le importaba un bledo.

—«*Non, monsieur. Non dans la tête, non dans la tête!*», me gritaba la masajista con cara de sorpresa cuando entró en la sala de masaje —empezó a relatar Tommaso—. «Pero, señorita..., *mademoiselle* —repetí yo en su idioma para que así me entendiera—, le juro que no tengo intención de tocarle las *têtes*, ni siquiera de tocarle una», pero seguía mirándome como un conejo deslumbrado en la carretera. «*C'est...*, esto es, *pour les zones intimes*», exclamó, dibujando en el aire una incómoda línea invisible desde la punta de su dedo índice hasta mis testículos.

»Yo de aquello solo entendí *zones intimes*. Claro, de ahí a pensar que me estaba invitando a una zona íntima solo había un paso. ¡No me jodas!, pero ¿dónde me había metido yo?

—Que él no era hombre de putas, me aclaró —dijo Diana a sus amigas.

—Bueno, menos mal —dijo Mencía—. Algo bueno tenía que tener ese mentecato.

—Así que allí estaba yo —continuó Tommaso—, en una sala casi a oscuras, con aquella loca que hablaba raro y que me quería llevar al huerto, o eso creía yo, pero tampoco podía salir pitando porque estaba en pelotas. Bueno, no del todo: en realidad, aún conservaba sobre la cabeza aquel extraño gorro de baño, de plástico, negro y con orejeras.

»“*Testicules!*”, exclamó de pronto la gabacha, sin cambiar su dichoso índice de posición ni dirección.

—Yo sé poco francés, pero eso no parece difícil de traducir —comentó Diana con la boca llena.

—¡Eso mismo entendí yo! Incluso con mi escaso francés. ¡Ah!, cómo me arrepentía en ese momento de no haber estado más atento en las clases de *monsieur* Papeguí, mi profesor de francés en el cole.

—Eso se debe de decir igual en todos los idiomas, ¿no? —preguntó Diana, que tampoco había dedicado mucho tiempo a las clases de la lengua de Napoleón.

—«*Pénis, monsieur*», repitió la chica, por si lo de *testicules* no había quedado suficientemente claro.

—Pues *pénis* tampoco daba para muchas dudas, ¿no? —comentó Diana, que no acababa de entender cómo la conversación había derivado hasta el punto de estar hablando de testículos y penes, y menos aún en francés.

—«Tú *couvrir* tu cosa, *le pénis avec* eso, con eso», dijo señalando el gorro de baño. «*Pas la tête. Non pour* la cabeza. No paga la cabeza, señog».

»De pronto, una luz se iluminó en mi *tête*: lo que yo en ese instante lucía gallardamente sobre mi calva no era precisamente un gorro de baño con orejeras...

—¿Eres calvo?! —interrumpió Diana sin dejar de observar la peluca morena con rizos de su compañero de cena.

—¡Hum!, bueno, eso es otro tema. Luego te cuento. Continúo. Desnudo y más vertical que el novio de la Barbie, miré a los ojos de la joven, después agarré el plástico y lo observé con detenimiento. Después me lo llevé a los *testículos* para taparlos lo mejor que pude, aunque ya era muy tarde para ocultar algo, claro.

—Claro —repitió Diana.

—Sin decir palabra, me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta que daba a las duchas. Por fortuna, la luz era tenue y disimulaba el color rojo de la vergüenza que lucían mis carrillos. Antes de salir, hice un gurrño con el taparrabos y lo tiré a la papelera. Desde luego, pensé, los franceses, a los que siempre había admirado, no eran lo que fueron si ese plástico diminuto les llegaba para taparse las partes pudendas.

—A esas alturas —comentó Diana a sus amigas— os juro que no sabía si estaba ante un depravado o simplemente un idiota. ¿Hay depravados idiotas?

—¡Seguro que sí! —contestó Vanesa.

—Pues ahí lo tienes. «¡Ah, y el desayuno está incluido! ¡Mira qué pedazo bollos!», dijo Tommaso con sincero entusiasmo señalando la foto de una enorme palmera de chocolate que bien hubiera pasado por un abanico cordobés.

—Igual de elegante que mi difunto marido —dijo una de las ancianas de la mesa de al lado. (Y no lo dijo con nostalgia y cariño, no vayan ustedes a creer. *El autor*).

—«Sí, todo un lujo, pero tú das por hechas muchas cosas», le contesté.

—¿Y qué te dijo?

—Que él era una persona muy decidida y que, además, el viaje estaba de oferta en la agencia. «Pero si no puedes me llevo a mi madre, que le encantan las palmeras, sobre todo las de chocolate», me soltó como si nada.

—«Casi mejor», le dije. «Es que yo soy poco de bollería».

Jacinto, el camarero, se acercó a la mesa y puso unos cafés con churros. Diana calló mientras recordaba aquella extraña velada (y eso que ya estaba acostumbrada a veladas extrañas).

—Y tú, ¿dónde vives? —preguntó Diana al principio para romper el hielo.

—Me compré hace dos años un dúplex en Seseña —dijo Tommaso con tono de orgullo, levantando la barbilla como un legionario desfilando—, pero vivo con mi madre.

—Caramba... —exclamó Diana, que hizo un silencio para pensar si continuaba por lo de Seseña o por lo de vivir con la madre siendo tan mayorcito. Se decidió por lo primero, que era menos sangrante—. Así que nada más y nada menos que en Seseña —comentó Diana con burla fina y disimulada. Es decir, lo que comúnmente se llama ironía, pero Tommaso no se dio por aludido. Es decir, lo que comúnmente se llama idiotez.

—A algunos les parece un poco lejos, pero está solo a cuarenta y dos kilómetros. ¡Un paseo!

—Ahí al ladito —apuntó Diana—. Es que la gente es cada vez más comodona.

—Eso mismo digo yo.

—¿Y te salió muy caro? —preguntó Diana.

—Bueno, aún me queda por pagar el ochenta por ciento de la hipoteca.

—Y si tienes pisito, lo de vivir con tu madre..., ¿lo haces por costumbre?

—¡Nooo! —exclamó él, con la inocencia de un párvulo de colegio de curas—. Es que ahora mismo el piso está okupado.

—Okupado —repitió Diana.

—Sí, tengo una familia de Mauritania en la planta de abajo y dos hermanos marroquíes en la de arriba, pero me han prometido que en cuanto acabe de pagar la hipoteca se van a la casa de un vecino, que es un *loft*, y así no tienen que andar todo el día subiendo y bajando la escalera. Es que la abuela mauritana está ya muy mayor y tiene artritis reumatoide, ¿sabes?

—Claro, es que las escaleras para eso son horribles, mejor un *loft*. Dónde va a parar —dijo, cáustica, Diana.

—Son todos muy majos. No puedes ni imaginar cómo me tienen la casa. Los mauritanos son muy limpios; lo único malo es que tienen la costumbre de cocinar en el salón y las paredes se van ennegreciendo un poquito...

—Bueno, hombre, si solo es un poquito...

—Sí. Lo malo es que..., no es que moleste, ¿eh?, pero...

—¿Qué? —quiso saber Diana, intrigada e ignorante por completo de las costumbres y hábitos de la población del noroeste africano.

—Pues que también usan el salón para matar los pollos que cocinan —contestó Tommaso (o Agapito Moya Malarrima, a elegir)—. Y esa gente come una barbaridad de pollo. La última vez que fui —continuó—, aunque no pude pasar de la puerta, ya sabes, la ley lo prohíbe...

—Claro, claro. Qué importantes son las leyes, ¿verdad?

—Pues, ese día, noté que olía..., ¿cómo decirte?

—Rarito —ayudó Diana.

—¡Eso es! Olía rarito. Y es que debajo de la mesa de cristal había dos pollos descabezados.

—¿Y los dos hermanos marroquíes?

—¡Huy!, son muy muy formales: de día, solo duermen, y de noche, solo trabajan.

—Qué buena gente —exclamó Diana, que ni creía lo que estaba oyendo ni tampoco que la madre naturaleza se cebara de esa forma y acumulase tanta estupidez en un solo cerebro.

—El padre mauritano se llama Alí —continuó Tommaso.

—¡Anda!, como Alí Babá.

—¿Quién? —preguntó Tommaso. Lo cierto era que él no era muy de leer, y eso, a la larga, pasa factura.

—¡Sí, hombre! —insistió Diana—. Alí Babá, el de los cuarenta ladrones; el cuento...

—¡Ah!, pues no caigo.

—Ya veo, ya —pensó en voz alta Diana, que decidió, en un acto de humanidad, no preguntar nada sobre la convivencia con la madre. En cuanto a otra cena, ni se le pasaba por la cabeza: no se hacía ella viviendo en Seseña y compartiendo pollo con los mauritanos.

—Bueno, pero dejemos de hablar de mí. Dime, ¿te gusta el restaurante al que te he traído? —preguntó Tommaso.

Ella levantó la vista y echó un vistazo a la pizzería de barrio en la que se encontraba. Hasta sus hijos habrían dicho que era cutre.

—Te he traído aquí por la comida —dijo acercando su cara al rostro de Diana y bajando la voz hasta el nivel del susurro—. Mira la carta.

Diana le echó un vistazo con obediencia cartujana, pero no le pareció ver nada *especial*.

—Para mí el sexo es fundamental —soltó Tommaso de sopetón—. Fun-da-men-tal —repitió sílaba a sílaba, lentamente.

—Sí, sí, ya me había parecido —dijo Diana con un tono entre la ironía y la timidez—. Aunque dicen que el mejor sexo está aquí dentro. —Diana se señaló la cabeza tratando de llevar la

conversación más al terreno psicológico. Tarea imposible, por otra parte.

—¡Bah, eso es una gilipollez! —comentó Tommaso con sutileza diplomática—. En la cabeza no hay más que cerebro, sangre, venas y cosas asquerosas. El sexo está en...

Por fortuna, en ese momento el camarero se aproximó a la mesa con las bebidas y evitó que Tommaso señalase con la mano lo que pensaba señalar.

—Si te parece, elijo yo —comentó de nuevo el italiano con esa voz de lascivia tan irritante que le recordaba a la serpiente de *El libro de la selva*. Diana se limitó a asentir con la cabeza mientras trataba de recordar cómo se llamaba la dichosa serpiente.

—Vale.

«En buena hora», se dijo Diana, mientras mojaba un churro en el chocolate que Jacinto le había puesto delante.

—Ya verás. Va a ser una cena afrodisíaca —comentó Tommaso sin levantar la vista de la carta.

—¿Hum?

—Empezaremos con un *polpette*, que tiene muy buena rima. —Tommaso rio su propia gracia—. Después, *penne*.

Eso último lo dijo acercando la boca a su oído y, teniendo en cuenta que ella no hablaba ni una palabra de italiano, pues, francamente, la preocupó sobremanera.

—¿A que ya estás un poco *burrata*? —preguntó preocupadamente agitado.

—¡¿Perdona?! —Diana echaba de menos un buen diccionario de italiano para ver cómo se decía *marrano* y *grosero* en aquel idioma.

—Es un juego de palabras, mujer. No te enfades.

¡Pero qué hartita estaba ella de los poetas a esas alturas! Si no hubiese sido porque estaba muerta de hambre y en casa tenía la nevera vacía, se habría levantado de la mesa y se habría ido con un *ciao*. «Qué mala es el hambre», se dijo, recordando aquella nohecita.

—Después seguiremos con unos *pappardelle alla puttanesca* —continuó Tommaso, aunque se paró unos segundos antes de continuar para ver qué cara ponía al oír lo de *puttanesca*. Ante el silencio de Diana, prosiguió—: Y acabaremos con *calzone alla arrabbiata*.

Calzone, repitió interiormente Diana. ¿De verdad habría alguien que se excitase escuchando la palabra *calzone*?

—Porque a ti te gusta el picante, ¿verdad? —preguntó Tommaso mirando a los ojos de Diana mientras mojaba su dedazo índice en el platito del aceite y después se lo llevaba a la boca.

—Solo un poquito, no vayas a creer.

—Pues eso, un poquito de picante, picante, *per la bella donna*.

—¿Le traigo más pan? —preguntó el camarero viendo el dedo de Tommaso en el aceite.

«¡Qué cena y qué nohecita!», recordó Diana.

NI AVIÓN NI BARCO... ¡MARAVILLOSO!

—¡Espera, espera!

Diana oyó gritar a alguien tras ella y, de inmediato, giró sobre sí misma y, con ayuda de la pierna, evitó que las puertas del ascensor se cerrasen.

—¡Uf!, muchas gracias —exclamó Daniel, algo sofocado por la carrera. Después, la miró fijamente a los ojos y le dijo—: ¡Vaya, pareces muy contenta!

—Sí, la verdad es que lo estoy —contestó ella, asombrada por lo buen observador que era Daniel y por la camiseta empapada que llevaba y que se le pegaba a la piel.

—Vengo de intentar arreglar una tubería en el trastero —se explicó—. Como puedes imaginar, sin éxito alguno. Esas tuberías son mucho más inteligentes de lo que creemos. Por lo menos, mucho más listas que yo.

«Es divertido», se dijo Diana.

—Bueno, ¿y por qué? —preguntó él.

—¿Por qué qué?

—Que por qué estás tan contenta.

—¡Ah, sí! Es que hoy un hombre, por fin, no me ha colgado el teléfono antes de acabar mi frase; hoy, ese hombre, me ha escuchado hasta el final y, aunque parezca mentira, ese mismo hombre me ha comprado un seguro de vida. ¡Mi primer seguro de vida!

—¡Enhorabuena!

—Son los más difíciles de vender, ¿sabes? —explicó Diana.

—¡Pues enhorabuena, otra vez!

—Algunos compañeros no podían creérselo y me miraban con los ojos enrojecidos por la emoción —prosiguió Diana—. Bueno, todos menos Mariano Morales, que es un envidioso y un trepa. Mi jefe me ha abrazado durante tres largos minutos y temblaba. «Era verdad —ha repetido varias veces con la voz entrecortada—, se puede vender seguros de vida por teléfono». Hoy, ese hombre, mi cliente, llamado Antonio Amor Fresas —qué nombre tan bonito, ¿verdad?—, casado, con dos niños, uno de diez años y otro de doce, ha hecho feliz a mucha gente con su gesto.

—Y con su firma —apostilló Daniel—. No lo olvides.

—Eso. ¡Qué emoción! Mi sorpresa ha sido tal que, cuando hemos acabado, le he preguntado si estaba seguro. «Bueno, señorita, espero que ahora, gracias a usted, sí lo esté», me ha contestado. ¡Dios mío, si además era ocurrente y simpático! Bueno, dime, y tú, ¿a qué te dedicas? —preguntó Diana, viendo que estaba hablando demasiado de sí misma y recordando que, durante la cena en el restaurante chileno, Daniel no le había contado nada sobre su trabajo. ¿Qué hombre no habla de su trabajo sin parar?, pensó, maravillada, entonces. Tampoco habló sobre su madre ni sus ex... Ni una sola palabra. Eso ya era rayar la perfección, se dijo.

—Jamás adivinarías a qué me dedico —contestó Daniel.

—Desde luego, fontanero no eres —comentó Diana con buen humor, señalando la ropa empapada de su vecino.

—¿Fontanero? Ya quisiera yo, con lo que ganan —contestó—. No, qué va. Soy escritor de monólogos y de novelas cómicas.

—¡Ah! —exclamó Diana algo sorprendida—. No sabía que alguien pudiera vivir de esa profesión.

(No andaba Diana muy desencaminada, no. *El autor*)

—¿Y te va bien? —quiso saber, interesada ella por conocer más en profundidad a su guapo y fornido vecino a cuyo pecho se pegaba la tela de la camiseta empapada; pecho al que ella, por supuesto, trataba de no mirar, pero no lo lograba porque sus ojos, por alguna extraña e indisciplinada razón, se negaban a obedecerla y allá que se iban.

—Pues, en realidad, así es. No hay forma de vivir de ello y no tengo nada de éxito.

—¿Y eso?

—Casi nadie se ríe con mis chistes.

—¿Por qué?

—Es que hago humor inteligente.

—¡Ah!

—¿Y por qué no buscas otro trabajo?

—Lo intento, pero es muy complicado.

—Vaya, lo siento.

—Es que soy testigo de Jehová.

—No entiendo.

—Que no puedo mentir bajo ninguna circunstancia.

—¿Hum?

—No paso ni una sola entrevista de trabajo —se explicó Daniel—. En la última, el director de Recursos Humanos me preguntó cuál sería mi objetivo en la empresa si finalmente me contrataban y le dije que ocupar su puesto.

—¿Y?

—No me han llamado.

—Vaya. Bueno, quizá dentro de unos días...

—No creo, ya han pasado tres años.

—Ah, pues es verdad; igual no te llaman.

—Lo mismo.

De pronto, se hizo un silencio en el ascensor. Daniel miró fijamente a los ojos de Diana y se echó a reír.

—¡Me estabas tomando el pelo! —protestó Diana dando un golpecito en el pecho a Daniel, haciéndose la enfadada (que es una cosa muy femenina y, bueno, no solo hacérselo: enfadarse de verdad también es muy femenino).

—Perdona. Sí, lo siento, era broma. En realidad, soy neurocirujano...

—¡Guau!

—Aunque —continuó Daniel con el rostro serio— desde niño quise ser costalero de la Hermandad de San José Obrero de Sevilla. De hecho, cuando mis padres falten, dejaré el hospital y me dedicaré a eso en cuerpo y alma.

—Sobre todo, en cuerpo, porque aquello debe pesar lo suyo, ¿no? —preguntó Diana, algo confusa con la peculiar confesión de su nuevo amigo.

—Pues sí que pesa, sí. Pero si se hace con gusto, pesa menos.

—Claro, claro —dijo Diana—. ¿Y uno se gana bien la vida siendo costalero? (Bueno, tampoco

se extrañen tanto por la pregunta de Diana. En el fondo, es lógica en una mujer con tres hijos que se imagina a sí misma doblando espalda y cerviz cual costalero fregoteando baños y despachos para sacar a la familia adelante si no vende más seguros de vida).

—No se gana mucho, no te creas —contestó Daniel, esta vez esbozando una sonrisa primero y una amplia sonrisa después.

—No me lo puedo creer. ¡Me has vuelto a tomar el pelo! —exclamó Diana, haciéndose la ofendida y pensando que, además de guapo, aquel hombre tenía sentido del humor y unos dientes blanquísimos.

—Perdóname —se excusó de nuevo el de los dientes blancos—. Te juro que no lo repetiré.

—¿Todo era mentira? —preguntó Diana.

—Casi. Costalero no soy, pero es verdad que soy médico.

—¿Neurocirujano?

—No, pediatra.

«Y encima, le gustan los niños —pensó Diana—. No puede ser cierto. Solo falta que sea detallista y escuche bien».

—Dime una cosa, Daniel.

—Te escucho.

—¿Tienes barco?

—No, me mareo en ellos.

—Maravilloso —exclamó Diana—. ¿Sabes pilotar?

—No me hace mucha gracia volar. Solo vuelo cuando no hay más remedio. Prefiero el tren.

—¡Fantástico! —dijo Diana—. ¿Y montas a caballo?

—¿Caballo? ¡Nooo! Soy alérgico al pelo de caballo. También a los polvos... de polen, de polen —rectificó Daniel rápidamente, ante la cara de estupor de Diana.

—Es maravilloso. Todo eso es maravilloso —exclamó Diana, recordando las falsas, engañosas y exageradas fichas de MÉTHER.

—¡Hum!, bueno, resulta halagador que te gusten tanto mis defectos y mis alergias, pero... —empezó a decir Daniel antes de ser interrumpido por Diana.

—Me encanta la gente normal.

Durante un instante, que a ellos les pareció de una duración entre interminable y eterna, pero que en realidad solo fue el tiempo necesario para que el ascensor subiera del tercero al cuarto piso, se hizo el silencio. No fue un silencio incómodo, no; solo uno de esos en los que no había palabras ni tampoco eran necesarias. Un silencio de los buenos.

—Toma —dijo él, sacando del bolsillo de los pantalones una cajita de cartón y entregándosela cuando el ascensor se detuvo en la cuarta planta; la de ella.

—¿Qué es? —preguntó Diana, extrañada.

—Creo que el otro se te cayó al suelo en nuestro accidental primer encuentro y se hizo añicos.

Diana, algo avergonzada, abrió la caja con sumo cuidado y de su interior sacó un llavero con forma de zapato.

—Es muy parecido al que me rompiste —dijo Daniel poniendo falsa cara de dolor y señalándose el pie derecho.

Diana observó el llavero, sonrió como hacía mucho tiempo que no lo hacía, volvió el rostro hacia Daniel y lo besó en la boca.